LOS VERSOS ÁUREOS DE PITÁGORAS
-LOS SÍMBOLOS Y EL HIEROS LOGOS-

Josefina Maynadé

Consagrad un culto a la armonía celeste.

PITÁGORAS

La Grecia de Pitágoras, con su matemática y su música, su orden y su armonía, tienen un mensaje para tas naciones modernas, desorientadas y discordantes. Este mensaje, puede advenir mejor a través de aquellos cuya naturaleza se halla sintonizada, por proceso generativo, con la sabiduría pitagórica.

ANNIE BESANT

Contenido

PRIMERA PARTE

PRESENTACIÓN
INTRODUCCIÓN

1 PITÁGORAS, LUZ DE OCCIDENTE
Poesía de las grandes vidas — El secreto de la aproximación — Presencia de Pitágoras — La profecía — Los padres — Un niño excepcional — El pedagogo de Siros — Vislumbre de la misión futura — Mileto, la sabia — Matemática del Universo — El secreto del mundo — Egipto, cuna de la sabiduría — Las pruebas de la iniciación — Escuelas sagradas del saber — Invasión de Cambises — Camino de Oriente — Encuentro con Buda — *Yavanacharya* — Parsis y fenicios — Estancia con los caldeos — La "Sagrada Ciencia" — Samos bajo la tiranía de Polícrates — Creta — La cripta de Zeus en el monte Ida — Catarsis — Ritual danzado — Del poder sobre los elementos — La diosa Atenea — La Vía Sacra — Eleusis — Las grandes diosas — Delfos y el Manteion oracular — El Sol interno — Recuerdos — Las anfictionías — Hacia la magna Grecia — El golfo de Tarento — Cretona, la predestinada — La escuela pitagórica — Exámenes — Un plantel de selección — Resortes — La contraparte divina — Liberación — Base permanente — Como la luz del primer día — Superación del caos.

2 LOS VERSOS ÁUREOS
Aportación del pitagórico Lisis al conocimiento de los VERSOS ÁUREOS de Pitágoras.

3 COMENTARIOS A LOS VERSOS ÁUREOS
Los comentarios de Hierocles, pitagórico del siglo V d. C. — Comentarios de la autora.

4 LOS SÍMBOLOS INTERPRETADOS
La sabiduría pitagórica en imágenes — Una pedagogía de sugerencias y analogías — Finalidad de los "símbolos" — Un lenguaje cifrado— Mención selectiva de los mejores— (Auténticos) "símbolos" —Correlación de los respectivos comentarios.

5 LA HERENCIA DEL FILÓSOFO DE SAMOS
Síntesis histórica de la tradición pitagórica a través de los grandes filósofos — Preceptos pitagóricos de Platón-— Preceptos de Jámblico — Preceptos de Demócrito-—Preceptos de Demonio—Preceptos de Sexto — Preceptos de Estobeo — Preceptos de Arquitas — Preceptos de Apolonio.

SEGUNDA PARTE

1 ORIGEN Y TRADICIÓN DEL PITAGORISMO
La tradición oral — Poesía gnómica — Los himnos y los *cresmes* órficos — Divina tradición — Clave transmitida — Fuerzas estelares — El "número de oro" —Éxodo de los sagrados himnos —La sabia Babel del mundo antiguo — Sincretismo alejandrino — Vinculación del *Hieros-Logos* (Palabra sagrada de los pitagóricos) — Damo, heredera espiritual del maestro — El guión de la escuela — Testimonio de Diógenes Laercio — Archivo secreto— Los "diálogos" platónicos — Llenedumbre de divinidad -— La *Moira* y la Metempsícosis — Bajo el velo de la leyenda-— Advocación — Los filósofos de la academia — Importancia de los "símbolos" — Los epígonos del pitagorismo.

2 LA MÍSTICA RAÍZ DEL HIEROS LOGOS
Clave numérica de las palabras — Vibración fonética y astral-—Nos hemos desconectado de las estrellas — El *Logos* — El silencio, purificación de la palabra — El vocablo sagrado —Definiciones de la Deidad — La voz del silencio — La "Gran Ave" — Los "Ignotos" — Tríada y Cuaternario — De la pronunciación — Septenario celeste — Las siete vocales griegas — Unidad del Universo — Invitación al vuelo — Medios seguros y deleitosos — Ética pitagórica — De la pureza integral — Ritmos de eficacia — Objetivo básico — Ideal de la vida armónica — El privilegio de la palabra.

3 EL TRIÁNGULO PITAGÓRICO
El lema de la escuela — Tratado trascendente —- Claves de interpretación — Antropogénesis y cosmogénesis — Las ideas madres — Trinidad cualitativa —- Proyección universal — Desconexión cíclica — Cuaternario y septenario — La década inscrita — Matemática del espíritu — Códice primigenio — Simbolismo de los diez puntos inscritos en el triángulo — Un tratado de sabiduría eterna — Los divinos avatares — Mensaje de la Nueva Era — Trascendentalismo de la *tetractys* pitagórica — La "fuente de la naturaleza"—Los maestros de la humanidad — El signo que comienza — De la Cruz Cardinal del Zodíaco — Archiva de sabiduría.

4 EL SIMBOLISMO DE LOS NÚMEROS
El mito griego — Los juguetes de Dionysos — Ciencia profana y ciencia sagrada — Dioses y números — Aritmancia — Teoría cosmológica — Materia y espíritu — Los números vivientes —"Matemáticas" y "Acusmáticos" — Nacimiento de la palabra — La mística órfica — "Las formas son números" — Simbolismo del círculo — Ideogramas — La década — Significado de la Mónada — De la Dúada — De la Tríada — De la Tétrada — La *Tetractys,* "inmenso y puro símbolo" — Las cuatro pruebas — Juegos olímpicos — Las grandes panateneas — Clave numerológica—El número de perfección-— Origen y fin — Genealogías — El primer hombre celeste.

5 LA MÚSICA DE LAS ESFERAS
Poesía, música y danza — La lira heptacorde —Purificación por la música y el himno — Las divinas leyes — Fundamento de la pedagogía perenne — Recitación melódica y mágica de los VERSOS ÁUREOS — Frente al mar azul, Auroras y crepúsculos consagrados — Preceptos estelares — Genios alados — Instrumentos — El *ethos* griego — Base sonora— Arpas eólicas — La voz de la naturaleza — Trascendencia de la música — El "órgano de Cortí" — Verdaderos *mantrams* — Pitágoras, sanador — Terapéutica musical — La gran aliada del maestro de Samos — Los Asclepíades — Armonía de los espacios — Doble taumaturgia — Rayos telúricos— Noches serenas — Comunión vibratoria — Al amor de las estrellas — Éxtasis — El concierto de los mundos — Ideas eternas — Nuestro patrimonio espiritual.

6 LAS LEYES DE LA ARMONÍA
La leyenda de Anfión — Los muros de Tebas— La danza de Brahma — El músico supremo — Pedagogía integral — Potencial cósmico del hombre — Invocación al arquetipo —Dio-tima de Mantinea — Amor celeste — La musa Urania — La ciencia del amor—Móvil de las leyes biológicas — El "Timeo" — Platón y las prácticas — Ritmos de la historia— Las cuatro formas vivientes — Estructura humano-solar — El conocimiento por el corazón — El "número de oro" — Tras el velo — Los poliedros regulares— Correspondencias siderales — *Ars Magna*— Al éxtasis por la armonía— Alquimia estética— Influjo del medio — Filosofía idealista Hacia una nueva civilización.

7 LA MÍSTICA "TETRACTYS" DE LOS VERSOS ÁUREOS
La tetráctica "fuente de la naturaleza"—'La cruz astrológica del año —El celestial "vehículo de purificación" ~ Pureza del lírico símbolo— Alma inmortal — En el palacio del rey Minos — La esfinge de "cuatro cabezas" — Fiestas de exaltación — Alegría y esplendor —Importancia de las lunaciones — Vínculos de purificación — De la tradición divina — Dion Crisóstomo— El ritual de Eleusis — Principio hermético — La Gran Madre— La diosa del amor — Los signos complementarios — Fiestas de vendimia — Nacimiento del Sol — Actos rituales— La divina *epinoia* — *Dianoia e Hilé* — La divina plegaria — Comunión con el Universo.

8 PEDAGOGÍA DE LA BELLEZA
Incorporación al arquetipo — El internado crotonio — De la cultura armónica — Las cuatro etapas de la meditación pitagórica— La magna Grecia — Injerto humano — La belleza como método — Dictados cósmicos — Resortes de crecimiento — Ejemplares de humanidad — El lema de la elegancia — La música de la expresión— El cultivo de la voz—“El "Hijo del Silencio" — Hermosura ambiente — Contemplación del mar — Jardines armoniosos — La danza espontánea — Renacer del pitagorismo en el mundo — Grecia eterna — La "divina proporción" — Sabiduría pitagórica.

Presentación

A Pitágoras se le define, muy certeramente por cierto, como la lumbrera del mundo occidental, más propiamente podríamos decir, de la tradición sagrada de Grecia o de la Europa primitiva.

En verdad, fue el gran maestro de Samos quien fundara en Crotona, Magna Grecia, a orillas del Mediterráneo, la primera escuela-internado del mundo. Educado Pitágoras en el orfismo, conocedor de las enseñanzas que se impartían en las escuelas anexas a los santuarios de iniciación del antiguo Egipto vertió, adaptándolo, todo el caudal de la sabiduría adquirida, a la juventud de aquella Grecia que tanto había de significar para la cultura del mundo occidental. Conocido es el epitafio de su profesor Ferécides de Siros proclamado en pétrea leyenda: "Pitágoras fue el primero de los griegos."

No creíamos que bastara, sin embargo, al escogen esta insigne figura para nuestra colección, TRADICIÓN SAGRADA DE LA HUMANIDAD, esbozar simplemente su vida por interesante que haya sido; consideramos que había que citar y comentar sus VERSOS ÁUREOS, eternamente presentes como todo lo clásico, estos versos que recitaban los alumnos de la escuela de Cretona en todo amanecer, a la salida del sol, al compás de la lira.

Aunque menos citados y conocidos, hemos tratado asimismo de interpretar los más destacados SÍMBOLOS, con los que el maestro trataba de envolver, en lenguaje figurado, la" más profundas verdades y los preclaros ejemplos interpretados por cada alumno, como pasatiempo y juego muchas veces, especialmente al finalizar las famosas *andrias* o comidas colectivas.

Los VERSOS ÁUREOS y los SÍMBOLOS han constituido los temas básicos para todo investigador del pitagorismo, y han sido origen, en el transcurso del tiempo, de los más valiosos comentarios de aquellos insignes pitagórico» que trataron de vivir sus enseñanzas.

Además de los VERSOS ÁUREOS y los SÍMBOLOS comentados que integran la primera parte de este libro, ofrecemos una segunda consagrada al HIEROS-LOGOS, la palabra sagrada de los pitagóricos. Esta segunda parte es generalmente desconocida: corresponde a la tradición viva, al secreto Guión que sirvió de pauta al propio Pitágoras para sus más profundas lecciones. Después de su muerte quedó responsable de velar por esa tradición, su hija Damo, adicta discípula del maestro.

Así, tras muchas generaciones, pudo perdurar el espíritu de Crotona en todas las escuelas pitagóricas del mundo, manteniéndose de esta manera incólume la enseñanza oral del maestro, así como sirvió de base, posteriormente, a cuantos pedagogos quisieron seguir la elevada pedagogía integral y armónica preconizada en aquella escuela para orientar y rectamente conducir a la juventud, fase la más delicada de la vida del hombre.

Ojalá que este libro rinda la eficacia que corresponde a su luminoso contenido; ojalá asimismo que la palabra sagrada que, a través de Pitágoras, tan hondamente penetró en el corazón y la inteligencia de la juventud griega, pueda convertirse, en una etapa de inquietud y caos por hallarse el mundo en búsqueda de un nuevo camino, en auténtico mentor de otra juventud, también empujada hacia un magno destino.

JOSEFINA MAYNADÉ
MARÍA DE SELLARES

Introducción

Desde su primera juventud, estuvo Pitágoras sometido a una severa formación catártica bajo las prescripciones de su maestro Ferécides de Siros.

A través de este maestro, su preceptor en la isla de Samos, conoció los periodos propicios y las prácticas de las purificaciones periódicas, su definición filosófica y astrológica, así como los superiores alcances a ellas debidas.

Esos tempranos endurecimientos y estructuras del carácter a que se sometió en su primera juventud, junto con la hondura de sus conocimientos, constituyeron después para el maestro de Samos, una eficacísima base de preparación para arrostrar las disciplinas que regían y a las que se supeditó en los centros iniciáticos y culturales de Egipto, Babilonia, la India, Fenicia y la misma Grecia continental.

Sabido es que la finalidad última de los misterios antiguos para aquel que se hallaba en posesión de las siete claves vivas de la vida superior, era conducir al epopto *—iniciado del último grado —a la investidura del "Áurea de Fuego" o Cuerpo Solar, según los llamó Virgilio, y denominó* Astroeides, *o principios cósmicos del hombre, el esoterismo pitagórico.*

La senda para su logro no podía ser otra que los procesos místicos o purificaciones rítmicas de acuerdo con la cruz anual solar sobre los cuatro signos cardinales del zodíaco, mencionados en los versos áureos *como la tetrada sagrada, inmenso y puro símbolo.*

Tales prácticas catárticas y de crecimiento y purifícación integral, se acordaban con los procesos de la naturaleza, ya que significaban el inicio de las cuatro estaciones con sus cuatro oleadas de vida.

Estas observancias rítmicas poseían, en verdad, una altísima finalidad teléstica y teúrgica.

La prosecución armonizada de todas estas prácticas y entrenamientos, desembocaba en la llamada anastasis *o "conciencia continuada". Una vez conseguida la suprema finalidad de los misterios, el* epopto, *podía penetrar en los otros mundos sin perder la continuidad de la conciencia, lo que equivalía a anticipar los estado posmorterm del alma, o sea, lograr el desdoblamiento voluntario manteniendo la misma lucidez fuera, que dentro del cuerpo. A pesar del secreto impuesto, Plutarco y Cicerón dan fe de ese experimento iniciático cuando afirmaban: "Sólo puedo decir que, desde ahora,* no temeré a la muerte."

De este modo lograba el epopto *la facultad de atravesar las fronteras del más allá,* y *así permanecer consciente en los planos sutiles del Cosmos, y conocer experimentalmente todos los estados de la siquis sin sufrir los temporales letargos y turbaciones que le acompañan.*

Pitágoras adaptó al método pedagógico de su escuela de Crotona (el primer internado de enseñanza integral del mundo) las pruebas, entrenamientos y conocimientos recibidos en las escuelas iniciáticas y en los santuarios de África, de Asia y de la naciente Europa.

Mas el gran pedagogo y filósofo, conocedor como nadie de la naturaleza humana y de los requerimientos estelares de su momento histórico, tuvo en cuenta las condiciones impuestas por la tradición, sobre su raza, su signo dominante y las costumbres heredadas. Y concibió una acertada aplicación de los propios principios asimilados de

desenvolvimiento integral y armónico, al ambiente característico de la juventud y de la vida griega. Sobre todo, tuvo Pitágoras en cuenta las directrices del signo predominante y el lema espiritual de los helenos: su sensibilidad, su sentido estético y su culto a la belleza.

Así, la excelencia del método de desenvolvimiento del centro pitagórico de Crotona se basó en el valor de las prácticas catárticas sintonizadas con los movimientos solares y planetarios, llevadas a cabo casi en forma de juego, pero juego consciente que permitía a los jóvenes acogidos a la escuela, someterse a estudios y disciplinas que cultivaban una humanidad integralmente bella, sabia y buena. Con este lema, las juventudes pitagóricas trascendieron inmunes los peligros de una realidad tan decadente, las posibles crisis y desviaciones de la personalidad, las oscuras tendencias del subconsciente. Ya que el maestro, con su sabio sentido de comprender y su capacidad de captación, no dejó de observar entre los núcleos ciudadanos de la magna Grecia, y en los altos sectores de la ciudad tarentina de Crotona que le protegieron y donde pudo establecer su refugio ideal, la lenta penetración de los vicios, de las muelles costumbres; las demasías y los vanos lujos de los ciudadanos, de Sibaris, la urbe vecino.

De este modo pueden valorizarse las prácticas catárticas aplicadas en la escuela para conducir a los elementos que la integraban hacia la purificación e integración de sus cuerpos invisibles, o sea, de sus envolturas cósmicas.

Con este objeto, el alimento espiritual de las almas, así como toda línea de conducta, se basaba en las enseñanzas del maestro, en su HIEROS-LOGOS O *Palabra Sagrada, guión espiritual de la escuela; en el contenido comentado de sus* VERSOS ÁUREO *y sus* SÍMBOLOS *interpretados, y en la penetración filosófica derivada del índice superior de vida del pitagórico.*

Esas lecciones, intercambios y discriminaciones derivadas, constituían en el decurso de tas purificaciones o después en los banquetes comunales de conmemoración, una forma compartida de enseñar y de deleitar al mismo tiempo, estimulando la imaginación, el discernimiento, la comprensión y la conciencia de la vida superior integral y armónica, meta de todo pitagórico.

De cada breve periodo de purificación, salían los discípulos de Pitágoras limpios de cuerpo y purificadas la mente y la emoción, es decir, en condiciones para que el principio solar o divino se reflejara en ellos cada vez mejor.

De acuerdo con la tetráctica estructura telúrica celeste, consideraba Pitágoras la sintonizada constitución humana en la forma siguiente:

1. Nous: *Mente superior o intuitiva.*
2. Psiche: *Alma individual.*
3. Eidolon: *Doble astral.*
4. Soma: *Cuerpo o envoltura física.*

Armónica y progresivamente, de acuerdo con el plan pedagógico de la escuela, despertaba el alumno a su naturaleza integral, experimentando una cada vez más acentuada influencia celeste, un a modo de comunión directa con entidades superiores.

La prosecución de estos ritmos estelares de purificación, fueron creando una especie de cambio placentero en tas costumbres, no sólo entre los afiliados al centro pitagórico, sino en la sociedad griega de su tiempo. Así se fue afirmando el hábito de la

pureza, se estructuré una moral Superior, el cultivo del pensamiento, el entusiasmo por el estudio, la norma del embellecimiento integral, logrando así la distinción que caracterizó a todo pitagórico y que lo destacó por doquiera.

Todas las artes, en la forma en que las concebían los antiguos griegos, respaldadas por su significado universal y esotérico, tenían acogida en la escuela, con la exégesis trascendente del símbolo de cada musa y de su arte respectivo. La música, como idioma de las estrellas, el canto, la danza, la recitación o el himno y las artes plásticas, hallaban su comunión de vida en la famosa meditación pitagórica, en el proseguido callar de los "Acusmáticos", en la forma sabia y atinada de hablar, en el arte del bien y del buen decir. Y sobre todas esas prácticas altísimas de formación y convivencia, la palabra de Pitágoras, la mayor bendición de la escuela que descendía sobre el mundo para impartirle la gracia de su regeneración, de su purificación y de su sabiduría.

Hoy como ayer, las doctrinas y los ideales de Pitágoras representan para nuestro mundo en crisis y para las juventudes desorientadas, una fórmula de resurrección y de salud integral. Significan el conocimiento y también la paz. Por ello, las ofrecemos como una contribución al realzamiento de la sociedad y a la alegría de la tierra.

……

El pitagorismo en la forma aquí expuesta, contiene todos aquellos elementos que requieren el mundo y las leyes de la evolución, para salvar la honda crisis espiritual de estos momentos de traspaso de un ciclo histórico que fenece, a otro que comienza, y aspira a contribuir a que el mundo occidental recobre toda la maravilla de su tradición, empalmándola con sus idóneas posibilidades presentes y futuras.

La revelación de los conocimientos y las prácticas en que se basaba la vida pitagórica en la escuela del maestro de Samos, proviene de las mismas fuentes iniciales: el HIEROS-LOGOS *o* PALABRA SAGRADA *que fundamentaba sus doctrinas y animaba su filosofía. Al morir el maestro, legó el guión a su hija Damo, su sucesora, lo que le permitió mantener el mismo sistema de enseñanza en los otros centros pitagóricos de la magna Grecia, Sicilia, Grecia Continental e Insular, e incluso de Egipto, al quedar destruida la escuela de Cretona. Más tarde, el* HIEROS-LOGOS *pasó, a través de algunos pitagóricos, a manos de Platón, quien aprovechó sus básicas enseñanzas para su propia filosofía, y así se fue transmitiendo de mano en mano para vitalizar los sucesivos avatares de la primitiva escuela y los doctos centros que animaba su sabiduría. A través de los siglos, esta palabra ha alumbrado el pensamiento mediterráneo y ha sido la madre de la cultura occidental.*

El estudio astrológico y esotérico de los grandes ciclos de la historia, conduce al convencimiento de que el pitagorismo, como norma completa de vida integral y armónica, como sistema didáctico y pedagógico, constituye el puente de salvación sobre la sima que supone la crisis de traspaso de una civilización a otra, entonces ciclo de Aries-Piscis, ciclos determinados por el lento movimiento del sol en la precesión de los equinoccios.

Merced a la aportación del ensayo pitagórico de la escuela de Crotona en la magna Grecia, el primer gran filósofo y pedagogo de Occidente, dio las directrices más inteligentes, eficaces y valederas para la vida individual y social, así como las claves de su significado, aplicables a todos los tiempos.

Como sea que la civilización occidental es hija espiritual de Grecia, los sucesivos avatares del pitagorismo fueron engendrando, en la historia de Europa, los subciclos de

realce de su misión original.

Señalemos, al respecto, unos hitos: la famosa escuela construida en la cima del Monte de las Musas, junto a Crotora y la excelencia del método pedagógico de Pitágoras educando a la más eficaz selección de la juventud de su época, transformadora de la sociedad dé su tiempo; la cumbre a que llegó poco después la civilización griega en el esplendor ático de los tiempos de Pericles, y el auge de la Academia de Platón, el primero de los pitagóricos; su siembra ideológica y artística en el esplendor de Roma; su florecimiento sincrético en Alejandría en el periodo tolemaico; su parcial resurgir en el ocaso de Atenas en el siglo V de nuestra era; la reserva que para el mundo significó Bizancio, archivo en el próximo Oriente de la cultura griega y su destacado valor en la civilización árabe de España; su empalma, andando los siglos, con el Renacimiento italiano en la época medicea, inicio de la civilización moderna.

Pitágoras fue el primer gran maestro que, en los albores del traspaso cíclico anterior, sintetizó y adaptó a la mentalidad y a la sicología europea y americana, las grandes verdades y el contenido de la sabiduría antigua mantenida secreta en el ádito de los santuarios.

Fue también Pitágoras, sabio estructurador de la biología como ciencia apta para las más altas y sutiles manifestaciones de la vida; terapeuta y develador de facultades y conciencias; ordenador de los poderes internos inherentes al individuo superior, el que adoptó la sicología a la enseñanza fundamentándola en la ciencia de su tiempo, y así la convirtió en el más alto magisterio: el de plasmar el dios o diosa —el arquetipo— que duerme en todo ser humano. Ya que, a través de su escuela, creó Pitágoras aquella inigualada selección de almas que fueron sus discípulos y que constituyeron, para Grecia y para todo el mundo antiguo, una aristocracia auténtica surgida de todos los sectores sociales, sin reconocer más heráldica que la belleza y la elegancia integrales; la inteligencia, las facultades morales, el saber y la conducta ejemplar.

Durante los periodos de traspaso cíclico se efectúa una aceleración enorme del pensamiento, ocurre como una súbita madurez de las almas, aunque no aflore el fruto en la superficie en medio de la desorientación y el caos reinantes. Sólo aquellos egos conscientes de tal proceso, cuyo desarrollo y sensibilidad les permite otear desde una altura serena el curso de los acontecimientos, pueden darse cuenta de su oculta significación, y asimilar la poderosa energía espiritual que, en tales periodos, se derrama sobre el mundo. Ya que, si bien en el aspecto externo, esta confluencia de dos signos zodiacales de entrefundida órbita, conlleva una alteración de todos los valores morales y una subversión del orden vital con la pérdida aparente de las conquistas tradicionales y el agobiador incremento del materialismo, del descoyuntamiento, las diversas desviaciones de la naturaleza humana, la angustia y el descontento, en el aspecto superior representan una dádiva mayor de posibilidades a nuestro alcance, si logramos considerar el proceso de la humanidad desde la altura de los necesarios conocimientos y tratamos de interpretarlos con esta simple clave cíclica. Lo que significa, que vivir en la época actual es un inapreciable privilegio.

Pero, ¿cómo transmutar el desequilibrio en armonía el miedo en seguridad, la ceguera de lo superior en visión guiadora que nos emancipe de lo que parece fracaso de las más nobles conquistas humanas?

Pitágoras nos ofrece la clave segura de una transmutación. Él, que conocía como

nadie los resortes de este proceso, nos dio la norma básica, inalterable, de todos los comienzos: seleccionar las minorías más conscientes y bien dotadas, ofrecerles un medio adecuado de desenvolvimiento, y articularlas mediante un ideal integral y armónico, conectando las almas predispuestas con la fuente de la vida infinita.

Consideremos que, más que nunca, se requieren ahora hombres y mujeres de signo pitagórico; individuos conscientes, armónicos, responsables de la hora que les ha tocado vivir; idealistas prácticos dotados de un gran sentido de humanidad que, agrupados en pequeños sectores, por afinidad temperamental e ideológica, actúen como minorías rectoras.

Hoy, como en tiempos de Pitágoras, es precisa la formación de una aristocracia de las almas como aquella que correspondió en su época, al más noble injerto de la decadente sociedad antigua. Pensemos en lo que significaría que, a semejanza de aquel periodo de la vida griega, se destacaran hombres y mujeres ejemplares, armoniosa e integralmente desenvueltos, bellos, entusiastas y serenos, conscientes de su misión, libres de codicias, y de ambiciones personales; puros, intuitivos, radiantes, sintonizados con las cualidades ecuatorianas del signo que comienza. En verdad, brillarían como focos luminosos en medio del oscuro páramo espiritual del mundo, donde se mantiene adormecida la inmensa mayoría de la humanidad.

Acaso algunos lectores puedan aquí objetar que, paro el éxito y la eficaz labor de grupos de tal categoría, fuera necesaria la presencia del maestro. Más a ello hemos de responder que el signo que amanece no es de tipo mesiánico, sino intuitivo y autocreador por excelencia de un revolucionarismo que hace al individuo capaz de conectarse por sí mismo con los requerimientos internos del ciclo naciente, con lo que los pitagóricos llamaban el arquetipo individual y colectivo de la humanidad, que constituye aquel augoeides, *principio luminoso consciente que debe presidir toda etapa provechosa experimentalmente, así en el individuo como en la colectividad.*

Además, no olvidemos que la herencia espiritual de Pitágoras, el HIEROS-LOGOS, *es ahora más vigente y eficaz que nunca. Por vez primera en el decurso de toda la gran rueda zodiacal de la precesión solar en la que nos hallamos, el signo inicial de rueda — cuando Leo, el trono zodiacal del sol*[1] *presidía el signo de primavera del mundo— ocupa al presente, merced a una ley cíclica, el signo opuesto y completamente al de la precesión de primavera: Acuario y Leo. Bien saben los astrólogos familiarizados con la astrología cíclica, que los signos opuestos y complementarios presiden la tónica de cada época. En la nuestra es Leo el signo que caracteriza la nueva edad*[2] *característica eminentemente solar.*

Retornando al tema, como sistema integral de vida, tiene la filosofía pitagórica la ventaja de poseer una firme estructura pedagógica, especialmente válida para la integración y armonización de todos los aspectos de la personalidad humana.

La pedagogía pitagórica concilia el estudio con el juego, el desenvolvimiento mental, del sentimiento y de la voluntad, con la gran fuente universal de vida, cosa

---

1 En realidad los signos iniciales son dos, Leo y Cáncer, padre y madre del Zodíaco, representados ambos por la esfinge de Egipto.

2 Remitimos al lector, para una más completa definición de tan importante fenómeno celeste en nuestros días, a la obra de la misma autora *El Horóscopo del Mundo* (la clave astral de la historia y la era de Acuario que comienza). Editor Costa-Amic. México.

esencial en estos momento críticos, ya que, merced a esa ley de ritmo biológico, nos constituimos en herederos legítimos del tesoro del pasado del que Pitágoras fue tan alto y noble representante.

En el mundo del pensamiento —Acuario es signo de aire o de mente— tendrá lugar el eje de transformación básica acuariana. Las ideas madres —aquellas en que se fundamentó la obra pitagórica— resurgirán adaptadas a las nuevas características del signo en toda su pureza y profundidad.

Y que nadie se imagine que, al invocar como doctrina esencial en esta época al pitagorismo, pretendemos regresar al pasado. Somos conscientes de lo que significó el ensayo pitagórico, en la época de su florecimiento: simplemente el puente por el que pasó sobre la sima abierta del caos existente, la sabiduría de los siglos y de los milenios; el áncora salvadora, la palabra perdida y recobrada, la institución maestra que vivificó todos los estamentos sociales y dio el índice de transformación de los mejores individuos de su época.

Paralelamente al esfuerzo investigador científico, a la depuración y reafirmación religiosa, a la búsqueda artística, a la inquietud filosófica, los hombres y mujeres sellados por el signo acuariano que amanece, deberían urgar en los fenómenos —tan cerca en dimensión espiritual de los ámbitos y misterios espaciales que al mundo inquietan— del supermundo que nos compenetra, el futuro campo de experimentación de quienes se destaquen en intuición y clarividencia, comprensión y amor auténtico.

La conquista de las fuerzas ocultas de la naturaleza —hoy tan en juego— deben emparejarse con el esfuerzo de la autoperfección y de la autopurificación. Y también con la búsqueda imparcial de la sabiduría eterna o de la espiritualidad dondequiera se halle.

Nosotros ofrecemos el ensayo formal del neopitagorismo, como contribución al glorioso establecimiento de la nueva edad. He aquí la aportación menos conocida del pitagorismo en nuestros días: el HIEROS-LOGOS, *o sea, su doctrina esotérica, dentro del sistema pedagógico integral que caracterizó su escuela. Bajo el lema poético del Aguador Celeste, que vierte ya sobre el mundo el Agua de Vida de su ánfora llena, se incorpore todo idealista auténtico, lavado de prejuicios y de odios, a la investidura solar del espíritu universal naciente.*

JOSEFINA MAYNADÉ

Primera parte

LOS “VERSOS ÁUREOS" COMENTADOS, Y LOS "SÍMBOLOS", INTERPRETADOS

I
Pitágoras, luz de occidente

Da fin en mí toda sabiduría.
Y si más a Pitágoras se debe, es porque
fue el primero de los griegos.

Epitafio de FERÉCIDES DE SIROS
(Citado por DIÓGENES LAERCIO)

Con la perspectiva de los siglos, la poesía dora y exalta las grandes vidas.

Corno el epíteto de los mismos versos, la vida de Pitágoras merece también el calificativo de *dorada.*

La biografía del maestro de Samos deberíamos en verdad catalogarla entre aquellas primerísimas y excelsas, que podríamos llamar *vidas asimiladas,* cuyos postulados y virtudes se ha ido incorporando la humanidad a través de los siglos, las lecciones y las sucesivas etapas de la conciencia.

Pocas veces ocurre el fenómeno siguiente: que la distancia en el tiempo opere una creciente aproximación entre una vida alejada veinticinco siglos, y nosotros.

El secreto de la proximidad se halla en la sintonización cíclica. Al cerrarse la curva de un gran ciclo de civilización, el momento en que vivió Pitágoras y el presente por que atraviesa el mundo, se asemejan.

Si sobre esas excelsas vidas, la devoción ha tejido el brocado maravilloso de la leyenda, su verdad no sólo permanece, sino que se incrementa, se desvela, se nos acerca, merced a ese espejismo seductor de las constantes históricas.

A medida que el fenómeno de aproximación y asimilación se efectúa, se glorifica de Pitágoras no sólo lo que fue, sino lo que quiso ser. Se revive, en suma, la vida y su doble: el hombre y su ideal proyectado sobre un cúmulo de indefinidos requerimientos presentes.

He aquí su dádiva completa a la posteridad, con la aportación actual de aquel filósofo, pedagogo y taumaturgo que fue Pitágoras, el maestro de la Armonía por antonomasia.

Según las crónicas, ya antes de nacer, fue anunciada esa vida preciosa, por la *Pytia* de Delfos.

Sus futuros padres, Partenis y Mnesarco fueron desde la isla de Samos, su patria, a consultar al oráculo después de sus bodas, al tiempo que ponían a los pies de la divinidad solar, el esperado fruto de sus amores.

En el santuario de Delfos quedó delineado su destino: "Os nacerá un ser de naturaleza divina. Tendrá por atributos la hermosura y la sabiduría. Enseñará a la humanidad y será invocado a través de los siglos."

En Samos, en la isla griega de la comunidad jónica, Mnesarco allegó fortuna. Y nació el anunciado. Esto ocurría hacia la cuarenta y siete olimpiada "año 586 de la pasada era". Como consagración a Apolo Pírico, sus padres le impusieron al niño el nombre de Pitágoras.

Según sus biógrafos, desde su más tierna infancia se reveló Pitágoras como un ser excepcional, conforme predijera el oráculo. En todos sus actos y palabras se traslucía la

elevada condición de su *ego* y sus excepcionales facultades. Dice Jámblico al respecto que, desde niño, tenía su persona una singular prestancia y que su-rostro de rasgos purísimos reveló siempre una inalterable serenidad. Eran tales su hermosura, su elegancia y su sabiduría, que todos lo reconocían como un mediador entre los dioses y los hombres.

A su paso, dice el biógrafo que muchos exclamaban: "Es un ser divino, una manifestación de Apolo Hiperbóreo."

Le procuraron sus padres una esmerada educación, confiada a los más sobresalientes pedagogos de su época. Pronto, sin embargo, demostraba tal discípulo superar en conocimientos a todos sus preceptores. Sin embargo, de Hermodanas, su primer tutor, aprendió la cultura básica y especialmente los grandes poemas épicos, recitados al compás de la lira.

Su excepcional interés por la filosofía y la mística trascendentes, le pusieron en relación con Ferécides de Siros y, a través de este famoso maestro de la antigüedad, fue Pitágoras, apenas trascendida su adolescencia, iniciado en los misterios órficos, que constituían una síntesis, adaptada a la tónica occidental, de la profunda sabiduría de los templos de Egipto. Las reglas de vida de los órficos eran de un severo ascetismo y su ritual solar se basaba en el conocimiento integral del hombre y del universo.

El desenvolvimiento de sus facultades, tanto externas como internas, le permitieron pronto entrever cual era su misión en el mundo.

A tal fin decidió ir en busca de más amplios horizontes y más profundas experiencias. Renunció a todo lazo de familia y a todo convencionalismo social. Y después de recibir la bendición de sus padres y maestros, embarcó rumbo a Mileto, la sabia meca del mundo griego. En la famosa y floreciente escuela milesia y bajo la enseñanza directa de su mentor, el filósofo Tales y de Anaximandro, famoso matemático conocido en todo el mundo antiguo, aprendió el valor abstracto de los números y su significado filosófico, así como la matemática del universo, lo que aquellos maestros llamaban el '"secreto del mundo".

Una vez saturado de todo cuanto podía enseñarle el centro cultural jónico, se dirigió a Egipto en busca de mayores conocimientos, con el secreto anhelo de ser admitido en el seno de sus severos misterios.

En el milenario país de los faraones, fue sometido a largas y terribles prueba. Pero, al fin, logró lo que anhelaba ser admitido en las secretas comunidades egipcias y alcanzar el máximo grado de su iniciación, así como el nivel más elevado a que podía aspirarse en la escuela anexa de sabiduría.

Al cabo de veinticinco años de permanencia allí, ya en plena madurez, sazonado de sabiduría, la invasión de Egipto por Gambises. Le obligó a emigrar, de África a Asia. Recorrió entonces el Lejano Oriente y la India y se afirma que allí estuvo en contacto con el propio Buda. La tradición conserva el paso por la India de Pitágoras al que se de el nombre de Y*avanacharya.* En Oriente como en Occidente, se le reconocía como el más grande de los matemáticos, geómetras y astrónomos de su tiempo. Sus teorías como pedagogo integral y corno filósofo de la vida armónica llegaron a los más extremos lugares del mundo civilizado.

Más tarde halló entrañable acogida entre los sacerdotes parsis y fenicios. Fraternalmente hospedado por los magos caldeos del templo de Baal, perfeccionó especialmente allí sus conocimientos de astrología esotérica "la ciencia madre de todas las ciencias".

En su *Vida de Pitágoras* nos dice Jámblico: "Desde que Pitágoras fue iniciado en los misterios de Byblos y de Tiro, en las sagradas operaciones de los sirios, en los misterios de los fenicios y que pasó veintidós años en el *adytum* de los templos de Egipto y de sus escuelas de sabiduría; que se asoció con los magos de Babilonia y fue por ellos instruido en la sagrada ciencia de los astros, nada tiene de maravilloso que conociese la magia y la teurgia y fuese capaz de llevar a efecto cosas que sobrepujan los habituales poderes humanos."

Siguiendo las directrices de su horóscopo, bien posesionado de su misión, volvió a Samos, a la sazón sometida al gobierno despótico de Polícrates. Tuvo la alegría de abrazar a su anciana madre, ya que su padre había partido del mundo físico hacía ya varios años.

Hizo allí Pitágoras cuanto pudo por difundir sus conocimientos. Trató de convencer al tirano Polícrates y sus secuaces para volver por los derroteros del buen gobierno democrático, los destinos de su amada isla. Todo fue en vano. Coerciones y amenazas le obligaron a emigrar entonces a Creta.

De la antiquísima civilización minoica aprendió las sabias leyes, la magia natural, el arte depuradísimo y la tónica científica de su religión. Fue iniciado en los misterios de Zeus en la cripta subterránea del padre de los dioses, al pie del Monte Ida, coronado de nieves eternas. Bajo la guía de Epiménides conoció la tradición oculta del país, el método de las catarsis, de las curaciones ocultas y el ritual danzado de los sacerdotes idanos. Su preceptor y guía le confirió ciertos secretos para el dominio de los poderes terrestres y para obtener la colaboración de los espíritus elementales; le enseñó a poner en juego su voluntad para que las fuerzas de la naturaleza le sirvieran, ya que tenía fama Epiménides de ejercer poder sobre los elementos, y de ello se relataban peregrinas anécdotas.

Ya en posesión de tales poderes y nuevos conocimientos, viajó nuestro filósofo por toda la Grecia Continental, desde la sobria y dura Esparta, hasta la sabia Atenas. Fácil le fue llegar al ádito secreto del templo más bello del mundo, el de la diosa Palas Atenea, la de los verdes ojos, patrona de la inteligencia divinizada.

De Atenas se dirigió a Eleusis por la Vía Sacra y por su calidad de alto iniciado en Egipto, fue introducido en el corazón de los misterios eleusinos. Es una verdad que vela poéticamente la leyenda, que allí, en forma consciente y merced a los poderes adquiridos, descendió desde el santuario de las grandes diosas, Demeter y Perséfona, a los infiernos, o sea, al Hades, llamado pollos orientales "plano astral".

Según sus biógrafos, fue entonces Pitágoras coronado por los dioses" en cuya presencia "bebió las Aguas de Vida". Después de esta suprema experiencia, podía manifestar que "todo cuanto existe en la tierra es semejanza y sombra de lo que existe en otras esferas".

Después de diversas experiencias se encaminó a Delfos, el "ombligo del mundo". En el *Manteión* profético, consultó de nuevo a la Pitya, la sucesora de aquella que perfiló clarividentemente antes de que naciera, su posterior destino. Entonces, ya en plena sazón, ofrendó su alma y su vida al Señor de la Luz, al Sol Interno, el divino Apolo.

Allí recordó una de sus vidas pasadas y cuenta su biógrafo Laercio que incluso reconoció el enmohecido escudo que, en una existencia anterior, contemporáneo de la guerra de Troya, brindara al dios de la luz como trofeo.

Aprovechó Pitágoras aquella feliz coyuntura para estudiar las excelencias de la organización federal y democrática de los Estados griegos que tenían en Delfos su sede

político-religiosa. Allí se reunían periódicamente, bajo la advocación suprema de Apolo, todos los representantes de las Anfictionías, las asambleas griegas y se resolvía a base de verdadero estudio y amplia deliberación, toda índole de problemas y mejoras concernientes a los Estados asociados.

Con tal motivo, acudían las más destacadas personalidades del mundo antiguo. Delfos era, no sólo un lugar sagrado de fama mundial, sino un lugar de reuniones selectas, un punto de alta confraternidad en el que hallaba amistad y estímulo el peregrino, lauros el poeta, satisfacción el representante popular, al mismo tiempo que se señalaban las directrices del destino y los móviles de la historia, de los individuos y de los pueblos.

Enriquecidos sus conocimientos, sazonadas sus experiencias, prosiguió Pitágoras su camino bajo las insinuaciones del Hado.

Como buen filósofo, emprendió a pié sus jornadas, siguiendo la ruta del sol. Llegando al Golfo de Corinto en el extremo occidental de la península griega, embarcó un buen día rumbo a la península itálica, a la sazón colonia griega, llamada Magna Grecia.

Desde Sibaris siguió peregrinando por la curva amplia y abierta que dibujaba el mar azul en el Golfo de Tarento. En el decurso de ese recorrido, su espíritu quedó captado por la hermosura de la ciudad de Crotona y por sus maravillosos alrededores. Contribuyó a ello, en no poca medida, la amabilidad y la cordial acogida que le hicieron sus habitantes.

Allí decidió fijar su morada y desenvolver sus planes. Pronto fue reconocido en todos los estamentos como hombre sabio, prudente y bondadoso, dotado de excepcionales facultades. Practicó con éxito extraordinario sus dotes de sanador, realizando milagrosas curas. Actuó de maestro. El destino le deparó oportunidad de ejercer sus relevantes facultades de orador. Todo ello, unido a su natural don de gentes y a sus facultades de sicólogo y de mentor, contribuyó a destacar su figura en aquel medio, propicio al reconocimiento de la grandeza.

A requerimiento de discípulos y amigos, comenzó a delinear su misión a favor de un clima que estimó propicio para su obra.

Resaltó con tan maravillosos colores, con tan decididas perspectivas su sueño de establecer un centro pedagógico ideal donde formar armónicamente a las joven, generaciones que, vencidas por fin las naturales reservas de algunos gobernantes suspicaces, sentó las bases, con el general consenso y múltiples ofertas de colaboración, de su futura escuela.

En la cima de un montecillo poblado de pinos y de encinas próximo al mar y emplazado en los mismos aledaños de Crotona, fue derivando en realidad sus sueño. Allí se llevó a cabo la construcción del que sería famoso instituto Pitagórico, conocido y admirado en todo el orbe antiguo y de donde habría de brotar el primer ejemplo práctico de la pedagogía integral y armónica y de un internado basado en un conocimiento completo del individuo derivado de las enseñanzas de los misterios hasta entonces vedados a la luz pública.

El anhelo vehementísimo de Pitágoras era ya una realidad. Aquel núcleo selecto de jóvenes de ambos sexos, surgidos de todos los sectores sociales, sometidos de antemano a un examen completo y minucioso de capacidad física, moral, intelectual y síquica, se convertiría, andando los años, en una pléyade de ciudadanos de superior

categoría, en una nueva aristocracia de las almas que serviría de injerto para elevar el nivel de la sociedad.

Los pitagóricos contribuyeron en alto grado a articular el mensaje de la civilización griega basada en la leyenda y en la sabiduría. Así ofrecería Grecia su inestimable dádiva al presente y al futuro de la humanidad. Las juventudes educadas en el instituto de Pitágoras representaban la levadura humana capaz de hacer fermentar la masa, capacitarla al máximo, y elevarla a la mayor posibilidad de su destino histórico.

Trasplantado este núcleo de selección al área social de la Grecia antigua, se le brindó los mejores legisladores, los más sabios juristas, los más capacitados pedagogos, los más grandes filósofos, artistas y patriarcas dotados de todas las virtudes cívicas, noble dechado de una civilización que fue, y sigue siendo, la sabia mentora del mundo occidental.

A pesar de los siglos transcurridos, la obra que llevó a cabo el filósofo de Samos a través de su famoso instituto, no sólo no ha sido superada, sino tan siquiera igualada. Ya que la educación que en ella se obtenía no era sólo mental y física, no era sólo de ejemplaridad externa y de instrucción, sino que allí desenvolvía el alumno otras capacidades de índole superior, siguiendo las enseñanzas directas del maestro.

En el instituto pitagórico se desenvolvía como un todo armónico, el elemento subconsciente y el superconsciente, la contraparte humana, cósmica o divina de nuestra maravillosa naturaleza.

Los resortes pedagógicos, las claves dialécticas que poseía Pitágoras, no se hallaban al alcance de los no iniciados. Era aquí la base permanente, insobornable, de su herencia a la humanidad de todos los tiempos.

Por eso dijo de él la maestra H. P. Blavatsky: "Si la metempsícosis de Pitágoras pudiese ser completamente explicada y comparada con la teoría moderna de la evolución, se vería que proporciona todos los eslabones que faltan en la cadena de ésta. Pitágoras, el filósofo puro, profundamente versado en los más ocultos fenómenos de la naturaleza, el noble heredero de la antigua ciencia cuyo gran designio era librar al alma de la ignorancia de las cadenas de los sentidos y obligarla a manifestar sus poderes, debe vivir eternamente en la memoria de los hombres."

En el doble sentido de su persona y de su obra, fue Pitágoras la luz precursora que señaló el camino a todo el Occidente. Luz alzada sobre el futuro desde los orígenes articulados de nuestra civilización y que proyecta sus potentes rayos con la claridad del primer día; y que ofrece posibilidades de renovación inéditas porque la orientación de su obra está por encima del tiempo, del lugar y de la anécdota.

Con su sonrisa paternal y su expresión serena, todavía Pitágoras nos muestra el camino —camino sin tiempo ni distancias—, que puede conducirnos a la superación del caos y la desarmonía presentes, sirviendo al establecimiento de la nueva era que comienza.

II
Los Versos áureos

Honra ante todo a los dioses inmortales
según establece la ley. Respeta la palabra dada.
Honra luego a los héroes glorificados, y consagra por fin
a los genios terrestres, rindiéndoles también debido culto.
Honra a tu padre, a tu madre y a tus próximos parientes.
Escoge por amigo al más destacado en virtud,
atiende sus dulces advertencias, y aprende de sus ejemplos.
Discúlpale sus faltas mientras puedas,
evitando todo juicio severo; ya que lo posible
se halla cerca de lo necesario. Sé razonable.
Acepta las cosas como son. Acostúmbrate a vencerte.
Sé sobrio en el comer, activo y casto.
Nunca cometas actos deshonestos de los que puedas luego
[avergonzarte,
ni en privado ni en público. Ante todo, respétate a ti
[mismo.
Observa la justicia en acciones y palabras.
Nunca te comportes si-n regla ni razón.
Piensa que el Hado ordena a todo morir,
y que los fáciles honores y bienes de fortuna son inciertos;
que las pruebas de la vida vienen por voluntad divina.
Sea adversa o favorable, alégrate siempre de tu suerte,
mas trata con noble tesón de mejorarla.
Piensa que el destino es más benévolo para los buenos
que comprenden y a sus designios se ajustan.
Mucho se habla y mucho se enjuicia sobre diversos temas.
No los acojas con admiración ni tampoco los rechaces.
Más si advirtieres que el error triunfa,
ármate de paciencia y de dulzura.

Observa estas razones en toda circunstancia:
Que nadie te induzca con palabras o actos
a decir o a hacer lo que no te corresponda.
De insensatos es hablar y obrar sin premeditación.
Consulta, delibera, y elige la más noble conducta.
Trata de edificar sobre el presente
lo que ha de ser realidad futura.
No alardees de lo que no entiendas,
pero aprende siempre y en toda circunstancia,
y la satisfacción será su resultado.
Jamás descuides la salud del cuerpo.
Dale con mesura comida, bebida, ejercicio y descanso,
ya que armonía es todo aquello que no perjudica.
Habitúate a vivir sencilla y pulcramente.
Evita siempre provocar la envidia.
No realices dispendios excesivos
como aquellos que ignoran la medida de lo bello.
No seas avaro ni mezquino, y elige en todo
un justo medio razonable.
No te empeñes en hacer lo que pueda perjudicarte.
Reflexiona bien antes de obrar.
No permitas que cierre el dulce sueño tus párpados
sin analizar las acciones del día.
¿Qué hice? ¿En qué falté? ¿Qué dejé de hacer que de-
[biera haber hecho?
Y si en el examen hallas falta, trata de enmendarte;
mas si has obrado bien, regocíjate de ello.
Trata de practicar estos preceptos. Medítalos y ámalos,
que ellos te conducirán por la senda de la virtud divina.
Lo juro por Aquel que ha transmitido a nuestra alma
la Tetrada Sagrada, inmenso y puro símbolo,
fuente de la naturaleza, de curso eterno.
No inicies obra alguna sin antes rogar a los dioses
que en ella colaboren. Y cuando te hayas familiarizado
con estas costumbres, sondearás la esencia de hombres y
[dioses
y conocerás, de todo, el principio y el fin.
Sabrás también oportunamente
la unidad de la naturaleza en todas sus formas.
Nunca entonces esperarás lo inesperable,
y nada te será ocultado.
Sabrás también que los males que aquejan a los hombres
han sido por ellos mismos generados.
En su pequeñez, no saben ver ni entienden
que tienen muy cerca los mayores bienes. Pocos conocen
e1 secreto de la felicidad, y ruedan como objetos

de acá para allá, abrumados de múltiples pesares.
La aflictiva discordia innata en ellos limita su existencia
sin que se den cuenta. No conviene provocarla,
sino vencerla, a menudo, cediendo. O Zeus inmenso, padre de los hombres!
Tú puedes liberar a todos de los males que les agobian
si les muestras el genio que les sirve.
Mas ten valor, que la raza humana es divina.
La sagrada naturaleza te irá revelando a su hora,
sus más ocultos misterios. Si te hace partícipe de ellos,
facilmente lograrás la perfección.
Y sanada tu alma, te verás libre de todos los males. Ahora abstente de carnes, que hemos prohibido en las purificaciones. Libera poco a poco tu alma, discierne lo justo, y aprende el significado de las cosas. Deja que te conduzca siempre la inteligencia soberana, y cuando emancipado de la materia seas recibido en el
[éter puro y libre,
venceras como un dios a la muerte con la inmortalidad.

III
Comentarios a los Versos áureos

Esos VERSOS ÁUREOS constituyeron la arquitectura moral de la antigua escuela pitagórica de Crotona, en la Magna Grecia.

Se recitaban allí colectivamente, al compás de la lira, a la salida del sol, y al ponerse el astro de día. Constituían el tema básico de la meditación de los pitagóricos durante las introspecciones de la jornada. Y en la autodiscriminación nocturna, al analizar los actos del día, confrontaban los afiliados a la escuela los actos cumplidos con la áurea línea de conducta diseñada en las distintas etapas de formación interna que los didácticos "Versos", como norma y actitud moral, tendían a presidir y siempre a ejemplarizar.

Constituían por tanto, la línea insobornable de conducta, la razón y la guía de aquella institución modélica. Cada una de las cuatro etapas que estructuraban el sistema completo del instituto pedagógico, tenía por divina la fracción correspondiente de los VERSOS, así como su exégesis y comentarios de tipo creador servían de base a una de las más interesantes modalidades de la formación del educando.

De esa práctica discriminativa y comentada, se derivaba otro de los grandes resortes éticos y estéticos de la enseñanza: la constante amplitud de su ámbito asimilativo, su contagio y su estímulo creciente a través del diálogo, la exposición y la controversia amigable entre los pitagóricos.

Respecto a sus claves ocultas, progresivamente se iban confiando al alumno, a medida de su merecimiento y comprensión. En las últimas etapas de ese ejemplar sistema pedagógico, los VERSOS ÁUREOS eran ya vida e identificación, plegaria íntima, razón culminada, constancia de arquetipo, ritmo, desenvolvimiento, elegancia y perfección. Porque la vida toda de los pitagóricos giraba en torno a ese eje de oro.

Esa joya ética y lírica que son los VERSOS ÁUREOS, ha llegado a nosotros merced a los últimos destellos de la escuela pitagórica de Alejandría y de Atenas, en los primeros siglos de nuestra era.

Los más adelantados discípulos del maestro y más tarde sus sucesores, tuvieron por costumbre realizar sus propios comentarios a tales VERSOS y ofrecer, como alimento espiritual de superación y como norma de conducta, sus propios comentarios a esos tradicionales poemas gnómicos.

Así han llegado hasta nosotros, sin duda adulterados, como todo el pensamiento antiguo, a través de las transcripciones y los siglos.

De esos antiguos comentarios de los VERSOS sólo han llegado hasta nosotros, en forma más o menos completa, los de Hierocles. Tales comentarios servían a ese destacado epígono del pitagorismo, de guión en las pláticas y lecciones de su aula cultísima de Atenas, en las últimas luces de la escuela, durante el siglo V de nuestra era.

Se sabe de Hierocles que enseñó pitagorismo también en Alejandría, en aquella memorable tribuna colectiva, último baluarte de la filosofía griega.

De aquel postrer centro de la cultura ática de Atenas, llevó Hierocles a las aulas alejandrinas la síntesis gloriosa del sincretismo filosófico constituido por la fusión del orfismo primitivo, el pitagorismo, el peripatetismo, el estoicismo y el platonismo. Por ello se ha llamado con razón a aquella escuela "la más grande maravilla del mundo del pensamiento."

Fue maestro de Hierocles, Plutarco de Atenas.[1] Se interesó desde su juventud por las tradiciones místicas de Oriente y creyó su misión divulgar, mediante sus destacados dotes oratorias, una forma de pitagorismo que sumara al movimiento de la escuela Ecléctica de Alejandría, las corrientes espirituales de Oriente junto con las de Occidente, cuya armonía y profunda síntesis iniciaron Ammonio Saccas, Plotino, Porfirio y Jámblico, biógrafos, éstos últimos de Pitágoras.

Compañeros y colaboradores de Hierocles, oriundos de la escuela filosófica de Atenas, fueron Proclo, el destacado pitagórico, Damascio, Olimpiodoro y Simplicio.

Ofrecemos a continuación, como corolario a nuestra glosa de los VERSOS ÁUREOS, algunos fragmentos de los comentarios de Hierocles:

"Honra ante todo a los dioses inmortales según establece la ley..."

Los griegos, a través de sus misterios, honraban a los dioses como representaciones de la jerarquía zodiacal y planetaria y como poderes ocultos y actuantes de la naturaleza del cosmos. En su forma antropomórfica representaban también la contraparte arquetípica o divina en el hombre y en la mujer.

Para ellos, pues, esa triple dignidad sideral, cósmico-natural y superhumana, abarcaba todos los acicates de la vida, desde el aspecto de reconocimiento de nuestros Padres Celestes y la veneración a ellos debida, hasta la obediencia a las leyes de nuestro mundo, a los regentes de sus sucesivas esferas. Y a ese fenómeno de identificación, a través de la fe, con la belleza con que eran los dioses representados.

Hierocles dice al respecto: "Conocer y honrar a los dioses según el orden en que el Gran Ordenador y Padre les ha colocado, es deber de aquellos que quieren ajustarse a la ley divina."

Los dioses tenían, en los misterios, su contrapartida subjetiva; del mismo modo que jerárquicamente regían los planos del universo y del mundo, tenían su directo influjo y correspondencia en los cuerpos o principios del individuo, imagen, asimismo, del cosmos. Así reconocía Pitágoras la divinidad en el ser humano y toda su enseñanza obedecía al plan último de manifestarla.

Al respecto, comenta Hierocles: "La ignorancia de lo que hay de mejor (en el hombre) sirve fatalmente a lo que de peor hay en él. De esa servidumbre hay que liberarse y su único medio es el retorno, por la empresa de la reminiscencia, hasta llegar a lo inteligible y a Dios."

Por lo inteligible, forma abstracta de la inteligencia, entendían los pitagóricos la superconciencia divina. El fragmento mencionado de Hierocles lleva implícito el reconocimiento de las vidas sucesivas o teoría de la metempsícosis, para la realización progresiva del dios interno que duerme en todo ser y es ideal de toda perfección finalmente alcanzada.

Menciona también ese famoso comentarista la ayuda que los poderes intermediarios, servidores de la evolución individual, prestan como mediadores para que alcance el hombre ese estado divino: "Es necesario —dice— que exista otra índole de dioses, más estimables que los hombres, pero menos elevados que los dioses inmortales, por mediación de los cuales se aproximan ambos extremos…

---

1 Conviene distinguir ese Plutarco, filósofo ecléctico, discípulo de Jámblico, del llamado gran Plutarco de Queronea.

Su estado de conciencia no cesa jamás. A veces se les llama héroes glorificados, y otras, genios terrestres."

En cuanto al sentido ético del VERSO, dice Hierocles: "Un corazón *divinamente* inspirado y sólidamente firme, nos une a Dios, porque es preciso que lo semejante atraiga a lo semejante... Todo aquel que hace de su alma una imagen divina, la prepara como un templo para recibir la divina luz. . . Dios no tiene sobre la tierra lugar más habitable que un alma purificada."

"... Respeta la palabra dada"

Ese básico axioma pitagórico, debía presidir, ante todo, la conducta del afiliado a su escuela. Debía poseer una integridad, una honestidad intachables. Su palabra, equivalía al mejor juramento. Por nada era capaz de traicionarla. Aquel que había recobrado en el segundo grado de la enseñanza pitagórica la palabra, después del prolongado, preceptual silencio, la estimaba en oro y hacía que los demás así la valoraran. Hablar, equivalía a dignificarse y a dignificar la escuela. La palabra del pitagórico era la piedra angular de su doctrina práctica, porque valía "más que el silencio mismo" para aquellos pitagóricos que tan altamente valoraban el silencio.

Dice Hierocles: "Nosotros llamamos juramento a la observancia de las leyes divinas... Sólo aquellos que practican sus virtudes pueden guardar santamente en la vida, la fe jurada, la religión del juramento... Conviene, sin embargo, guardar su utilización para las cosas importantes y necesarias, y para aquellas circunstancias en las cuales no aparece otra vía de salvación fuera de la testificación del juramento... Venera, pues, la ley y obedécela en el orden que sea establecida."

"Honra luego a los héroes glorificados..."

Comenta Hierocles: "Llámameles *glorificados* porque son benignos y constantemente luminosos. Se llaman héroes por su etimología de Eros, el amor, ya que ellos nos enseñan a amar y nos elevan y transportan a la mansión divina."

Los héroes glorificados eran los verdaderos protectores invisibles que siempre y de manera instintiva ha invocado y venerado el hombre. Los ilustres antepasados, los grandes legisladores, padres de la patria, bienhechores de la humanidad, y todos aquellos desencarnados que por su superior calidad humana "nos aman, nos elevan y transportan a la mansión divina", constituyen para la humanidad un escudo protector, una permanente guardia espiritual, una protectora cohorte angélica consagra da a nuestro cuidado.

"... consagra por fin
a los *genios* terrestres
rindiéndoles también debido culto."

Los *genios* terrestres de los VERSOS eran los espíritus de la naturaleza o elementales, mediadores de toda dádiva, los que guardan los arcanos de la Gran Madre del Mundo y los secretos de la naturaleza.

"Los llaman *terrestres* —comenta Hierocles— para dar a entender que pueden mezclarse en los asuntos humanos, introducirse en cuerpos perecederos y habitar sobre la

Tierra." No imaginemos que ese VERSO prescribe honrar a *genios* de índole inferior. Ninguno de los seres inferiores debe ser honrado por el hombre que ama a Dios y que posee el sentimiento de su dignidad. Más, ¿qué honra debemos a esos *genios terrestres?* "La de cumplir todo aquello que concierne a sus leyes."

No se puede realizar ningún ritual; no se puede operar ninguna obra de magia —entiéndase magia blanca o teurgia— sin la intervención de esos genios elementales. El antiguo comentarista se refiere a ese punto cuando menciona que su intervención sólo debe servir "para todo aquello que concierne a sus leyes" o sea, a los principios superiores del hombre. Por la intervención de estos seres elementales se llega a poseer el dominio de las fuerzas terrestres y de los poderes que otorgan. A través de ellos se desdobla el significado de los mismos elementos hasta alcanzar su más elevado sentido místico.

"Honra a tu padre, a tu madre y a tus próximos parientes"

Nuestros padres son imagen, en la tierra, del gran padre y madre celestes. Por ello, manda Pitágoras honrarlos como símbolos trascendentes y como significación humana, como progenitores a los que debemos el sacrificio —acto sacro— de otorgarnos el cuerpo, vehículo de experiencias, templo en que debe morar la divinidad, oportunidad de que el alma crezca. Ellos —los padres— son también imagen encarnada de las huestes angélicas por el amor y la constante proyección benéfica que nos dispensan desde nuestro advenimiento a la vida. Esa entrañable cadena de amor, la consideraba Pitágoras de primera categoría en una sociedad bien constituida, fundamentada en el respeto y en el mutuo reconocimiento.

"Si es bello obedecer a Dios —dice Hierocles a propósito de la mencionada estrofa— lo es también obedecer a los padres. Y si la obediencia debida a Dios y a los padres encamina a idéntico fin, es una gloria que no nos cuesta ningún combate... Al amar, atender y servir a los padres, cumple el hombre la ley de la virtud y paga el tributo que la naturaleza exige."

"Escoge por amigo al más destacado en virtud"

"Si por un lado nos exhorta el maestro —prosigue el comentarista— a honrar a padres y parientes, nos incita, por otro lado, a la selección en cuanto a la amistad.
La persona de un padre o de un hermano debe requerir nuestro respeto. Pero a los demás mortales, sólo la virtud los hace respetables."

En la elección de amigos, por tanto, actúa la discriminación, la autoelección; la norma impuesta y el libre albedrío. La posesión de un amigo representa, en cierto modo, un acto creador, un producto de nuestra voluntad. Cuando más alto y excelso sea nuestro ideal de la vida, la afinidad electiva se hallará en consonancia con esa unión maravillosa y formativa de seres de índole superior.

Sin embargo, el consejo del maestro y el comentario del discípulo, no pueden trazar una línea absolutamente condicional a la amistad. De los comentarios de otros discípulos directos, se infiere el consejo del maestro de que, una vez establecida una amistad, se debe escribir en la arena las faltas posibles del amigo. O sea que, al mismo tiempo que disculpamos sus errores, debemos ayudarle a superarlos. El amigo verdadero

constituye el mayor privilegio, el mayor tesoro que la vida puede ofrecernos. Los pitagóricos han sido los que más altamente han valorado la amistad.

> "Atiende sus dulces advertencias y aprende sus ejemplos. Discúlpale sus faltas mientras puedas evitando todo juicio severo; ya que lo posible se halla cerca de lo necesario."

Confirman estos VERSOS el comentario anterior. Dice Hierocles al respecto: "Cuanto de mejor poseas, debes ofrendarlo en bien de la comunidad. Cede con dulzura a las sabias insinuaciones de los amigos, ofreciendo a los que ames los verdaderos bienes que te pertenecen. Que ni riquezas, ni glorias ni ninguna cosa perecedera, sea nunca motivo de desunión... Nunca debes, por tanto, juzgar a los amigos con rigor inflexible, sino mostrarte paciente y tolerante siempre. Guarda la ley de la justicia, no solamente con respecto a los que se comportan con equidad, sino, más aún, con aquellos que nos tratan injustamente, con el fin de evitar sus desvíos. Daremos, por tanto, a la amistad toda la categoría que ella exige."

> "... Sé razonable.
> Acepta las cosas como son. Acostúmbrate a vencerte.
> Sé sobrio en el comer, activo y casto."

"Tales son las cosas —glosa Hierocles— de las que es necesario reprimir los excesos, situándolas en su propio rango, a fin de que no turben nuestra razón. Esforcémonos, pues, y mediante una estricta disciplina, sometamos a orden todo lo razonable."

Esa era en todo la divisa pitagórica. Que todo ocupara su lugar, que nada faltara en el individuo completo, pero sometido a orden dentro de las leyes de la armonía. De todo, la medida. Y especialmente, que nunca avasallen la manifestación de lo superior aquellas necesidades de orden físico. La disciplina de tales necesidades hará que el hombre aproveche a la par la salud y el dominio conquistado sobre sí mismo.

"El conocimiento de nosotros mismos —añade el pitagórico—• y el respeto que de ello resulta, nos conducen a apartarnos de todo acto indebido."

> "Nunca cometas actos deshonestos de los que puedas luego avergonzarte, ni en privado ni en público. Ante todo, respétate a tí mismo."

El sentido de la dignidad que se deriva de esos VERSOS, da el tono de la pureza de los pitagóricos. Una pureza integral que, basándose en el dominio de los pensamientos, sujetaba el impulso irreflexivo de las emociones y hallaba su encauzamiento en el precepto filosófico del "Verso" gnómico del maestro.

A esta invitación a la recta conducta privada, añade el comentarista: "Que jamás la soledad te conduzca a la realización de actos indignos, y que nunca la sociedad te conlleve a excusar fácilmente tus propias faltas... Si adquieres el hábito de autorrespetarte, tendrás contigo en todo lugar y momento una guardia íntima."

Séneca, ese filósofo español de formación pitagórica, decía al respecto:

"Conviene que nos respetemos a nosotros mismos, ya que nuestra alma es una

chispa divina."

"Observa la justicia en acciones y palabras.
No te comportes nunca sin regla ni razón.
Piensa que el Hado ordena a todos morir,
y que los fáciles honores y los bienes de fortuna son inciertos."

El hábito de la introspección maduraba la conciencia de los pitagóricos. "No te comportes nunca sin haber reflexionado" era norma básica en la conducta de aquellos que aspiraban a realizar la armonía en su vida como camino de perfección.

Dice Hierocles: "Todo aquel que sabe, merced a la prudencia, usar sanamente la razón, obtiene por aliado el valor en los momentos difíciles. En los agradables le inclina a la temperancia. Y en todas las circunstancias posibles, a la justicia... La prudencia, la primera virtud mencionada, nos otorga la perfecta disposición de la esencia de nuestra condición razonable y, por ella, reina el buen orden en todas nuestras potencias. Así, el arrebato se transforme en voluntad y esfuerzo, la codicia en espíritu de renuncia, la justicia en una alta forma de mesura y por ella, en fin, nuestra humanidad perecedera se engalana con esa abundante profusión de virtudes inherentes a la inmortal humanidad... No somos, en verdad, dueños de conservar aquello que no depende de nosotros: ni el cuerpo ni los bienes de fortuna, o sea, todo lo que no entra en el ámbito de nuestra esencia racional. Pero sí podemos, con virtud, recibir esos bienes y deshacernos virtuosamente de ellos cuando se nos quiten. Ello depende de nosotros. La prudencia nos aconseja servirnos del cuerpo y de las riquezas para embellecer nuestra alma y emplearla en el servicio de la virtud. El solo medio de manifestar la reverencia hacia los dioses y la justa medida de la práctica de la justicia, es habitual la razón a saber usar, mediante la virtud, el bien en todas las circunstancias... Llega un momento en que, aun en aquello que nos sobreviene en forma aparentemente casual y sin orden, no nos comportamos arbitrariamente, sino que nos damos cuenta, con exactitud y nobleza, de las causas que generan tales acontecimientos, y las soportamos sin acusar de ello a aquellos que nos conducen y que distribuyen a cada cual lo que por sus méritos requiere, no juzgando dignos de idéntica suerte a los que, en una vida anterior, no se hayan comportado debidamente... La Providencia da a cada cual según su merecimiento y ya que nuestra alma es inmortal, no debemos nunca imputar la causa de nuestras desgracias a los que nos guían y gobiernan, sino a nosotros mismos. .. Por los altos métodos de vida y por las juiciosas representaciones que de nosotros hagamos, conduciremos nuestra alma hacia mayores alturas."

"... Que las pruebas de la vida vienen por voluntad divina.

Sea adversa o favorable, alégrate siempre de tu suerte, más trata con noble tesón de mejorarla. Piensa que el destino es más benévolo para los buenos que comprenden, y a sus designios se ajustan."

Dice a este respecto el comentarista alejandrino: "Si Dios, que nos protege distribuye a cada cual, según su dignidad, lo que más le conviene y siendo Él ajeno a las causas que nos hacen dichosos o infelices, se infiere que ÉL, el supremo maestro, nos

otorga, conforme a las leyes de la justicia, las merecidas retribuciones... Dios, en efecto, no se obstina nunca en recompensar o castigar a un hombre con preferencia a otro, sino tratarlo conforme él mismo se ha hecho. Y esa causa, está en nosotros... Si no hubiera providencia divina, no habría orden en el mundo. Y ese orden se llama destino" *(moira* o *karma).*

En otro lugar, afirma: "Las afanas de los hombres han salido de la misma cratera que los dioses cósmicos, que los genios y los héroes glorificados... Todo ello nos enseña que hemos de soportar con dulzura todo incidente de la vida, y es necesario, en lo que esté en nuestro poder, tratar de remediarlo dándonos cuenta de sus causas a través de atentas reflexiones... Pensemos que el alma no muere al morir el cuerpo. Prevaleciendo, pues, sobre nuestro nacimiento y nuestra muerte, se deduce que ella es de otra naturaleza que el cuerpo mortal, y de constitución eterna... Es evidente, pues, que ya existía antes de venir a la vida física. Es, pues, el alma humana una de las obras imperecederas de Dios que la ha creado y de su divino origen se deriva su acercamiento a la divinidad."

Esos notabilísimos comentarios al gran Pitágoras, patentizan, de manera bien clara, la doctrina de la metempsícosis o palingenesia, llamada posteriormente reencarnación, y de la *moira o karma,* así como la naturaleza divina del alma humana, su evolución infinita y su constitución cósmica.

La virtud la entendían los pitagóricos como manifestación creciente de la armonía, vehículo del gran orden universal dentro del tiempo o manifestación. La ética pitagórica es armonía, como lo es su estética, su mística y su filosofía. Como lo es su obra en un punto de la historia y en su proyección posterior.

Por tanto, cuanto más nos acercamos por la armonía del pensamiento, de las voliciones y del equilibrio físico, a ese orden que es ley del universo, más nos aproximamos, por gravitación vibratoria, a nuestra perfección, a ese *estado divino* de que habla Hierocles. La maravillosa arquitectura doctrinal de los pitagóricos, es permanente e inviolable, como inviolable son las leyes directas de que derivan.

"Mucho se habla y mucho se enjuicia sobre diversos temas.

No los acojas con admiración ni tampoco los rechaces. Más si advirtieres que el error triunfa, ármate de paciencia y de dulzura."

La misma actitud serena y confiada que se infiere del comentario anterior, halla su aplicación en esa moderada disposición que el maestro Pitágoras preconiza en sus VERSOS. No hay que impacientarse ni indignarse ante la falsedad, de la índole que sea. Hay que mantenerse dúctil, sin cristalizarse ni fanatizarse, aun al considerar transgredidas esas verdades esenciales. ¿Quién sabe lo que finalmente puede reservarnos el destino?

La tolerancia era, entre los pitagóricos, consecuencia de esa elegancia interior que hacía que nunca se descompusiera el equilibrio en el orden manifestativo del individuo acogido a su escuela. El conocimiento de la sicología humana, derivado de la astrología y otras ciencias relacionadas con el individuo integral, otorgaban esa índole de tolerancia que otorga el interés hacia los demás, la indagación de las causas de sus actos, de los aciertos y los errores, y esa actitud generosa, natural en toda alma superior.

Dice Hierocles: "Acostumbrémonos a servirnos del amor a la palabra con perfecto discernimiento a fin de que, si nuestra avidez de escuchar nos lleva a soportar cierta

índole de discursos, nuestro juicio nos haga repudiar los malos. Escuchemos con indulgencia las falsedades, y aprendamos, a través de esta experiencia, de cuantos males nos hemos purificado."

"Observa estas razones en toda circunstancia:
que nadie te induzca con palabras o actos
a decir o a hacer lo que no te corresponda."

"Aquel que ha aprendido a respetarse a sí mismo —dice el comentarista— y no osa cometer, solo ni en compañía, actos deshonestos; y no sólo éstos sino que es capaz de alejar de sí hasta el pensamiento de ellos, logra, en razón del guardián que hay en sí mismo, hallarse en condiciones de comprender esos preceptos. Aquel que se halla impuesto de su propia dignidad, jamás se deja seducir por el halago, ni envilecer por el temor. Así pertrechado, nadie en el mundo podrá jamás inducirle a proferir palabras o a realizar actos que no se ajusten a su recta razón... Todo acontecimiento exterior tiene por finalidad el convertirse en instrumento del alma... Si conoces tu misma esencia, conocerás todo aquello que por naturaleza te es afín y tendrás buen cuidado de no apartarte de esa similitud."

La ley de las afinidades electivas o de las simpatías naturales tienen relación directa con las leyes de atracción y ritmo de las fuerzas universales. Ese conocimiento era fundamental entre los pitagóricos. Así, que el estudio completo de nuestra naturaleza regía su moral y conducta, que era consecuente al estudio de esas concomitancias armónicas entre el ser humano y el cosmos del que formamos parte. Porque todo constituye, en último término, una maravillosa unidad.

"De insensatos es hablar y obrar sin premeditación.
Consulta, delibera y elige la más noble conducta.
Trata de edificar sobre el presente
lo que ha de ser realidad futura...

"Habituada al goce de las cosas bellas —dice Hierocles en sus comentarios— nuestra alma, curtida en toda índole de combates, conserva intacta su determinación."

Los pitagóricos traducían siempre la virtud en belleza merced a esa pedagogía estética que constituía la entraña misma de su ideal. Era como el arte viviente que tenía por técnica todas sus manifestaciones. Todo era para ellos tema de elegancia. La hermosura de la actitud interna, corría parejas, entre los pitagóricos, con su ahincado tesón de ser y de aparecer bellos por dentro y por fuera. Así cumplían en su integridad la ley divina. "Cuando el alma goza de iluminación —añade el comentarista— no desea más que aquello que es idóneo a la ley de los dioses. Al ajustarse a su naturaleza, alcanza a vivir con la divinidad, unificando su visión a la suya."

"No alardees de lo que no entiendas,
pero aprende siempre y en toda circunstancia,
y la satisfacción será su resultado."

Esa fórmula que luego hicieron suya en cierto modo los epicúreos, sirvió a Hierocles para comentar: "Los mejores placeres son consecuencia de las más justas acciones."

Indudablemente, una índole superior de goces recompensa a aquel que comprende la ley y a ella ajusta sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos. Es la música de la vida. Es aquella corona del éxtasis que se ciñe el resplandeciente y la que loan las altas potestades invisibles. Ese placer, pues, que contaba Pitágoras en sus VERSOS, diferenciaba a los pitagóricos de aquellos otros filósofos estoicos o místicos o de fórmula teórica que, en virtud de ciertas prácticas, habilidades o autodominios cercenaban su propia naturaleza. Para los pitagóricos, el gozo de vivir matizaba, aterciopelaba y enriquecía, la significación de los acontecimientos, intensificaba el valor de la vida como dádiva, y alcanzaban a gozar de ella como del más maravilloso de los espectáculos. Y no era esa una actitud de pura extraversión, aun de índole estética, sino que el pitagórico se complacía asimismo en la autocontemplación y en la contemplación del alma ajena, como una extensión de la suya propia. En esa forma altísima de goce, se hallaba una sublime expresión de gratitud, equivalente a una eficaz oración.

"Jamás descuides la salud del cuerpo.
Dale con mesura comida, bebida, ejercicio y descanso,
ya que armonía es todo aquello que no perjudica."

Dice Hierocles: "Este cuerpo que nos ha sido dado para manifestarnos sobre la Tierra, no conviene cebarlo con demasías ni agotarlo con un régimen insuficiente. Tanto un extremo como otro son perjudiciales y privan al cuerpo de servir eficientemente y de ser utilizado como es debido... Ante todo, conviene nutrir al cuerpo y desenvolverlo de manera que llegue a ser, en todo lo posible, un instrumento de sabiduría, intérprete dúctil y eficaz del alma... De ahí que no se nutrirá (el pitagórico) de cualquier índole de alimentos, sino sólo de aquellos que le sean convenientes. Hay que evitar la densificación del cuerpo, y la atracción de determinados influjos etéreos que inclinan al alma a las más bajas y materiales vibraciones... Al proscribir excesos y defectos, los "Versos" nos enseñan la medida en la nutrición. El justo medio, la "exacta proporción" pueden conducir a ese equilibrio que nos hace fácilmente domeñable la inclinación a la glotonería, al excesivo sueño, a la lujuria y a la cólera. Esto aleja toda inclinación a la tristeza, reprime todo arrebato, y aparta del camino de la vida todo aquello que puede distanciarnos de la inteligencia y de Dios."

Ese comentario del destacado pitagórico señala la importancia que concedía el maestro al régimen de vida en su escuela de Crotona. Prescribía formalmente el ayuno durante las místicas festividades de la *tetractys* o cruz cardinal del año, cuando ocurren los ingresos del sol en los solsticios y en los equinoccios. Esos ayunos eran de ritual en los misterios antiguos. Su observancia, qué se completaba con abluciones, lustraciones y ejercicios, admitía, según la tradición, bebidas de hidromiel y esencias de plantas de determinadas virtudes, en concordancia con el predominante influjo de los astros.

Tales prácticas no dejaban de ser sabias medidas de higiene corporal y síquica. Entrañaban una eficacísima y metodizada profilaxis natural preventiva que desintoxicaba, por proceso rítmico, el cuerpo y el alma de las impurezas acumuladas.

Pero, aparte esos cuatro breves periodos anuales, el maestro tenía buen cuidado de

no caer en extremos de ningún género. "Observad en todo el justo medio razonable", aconseja en los VERSOS ÁUREOS.

La eficacia de esos regímenes estrictamente puros, tienen que ser rítmicos, no habituales. El hábito adormece, estratifica, anula. La prosecución hace el fin inerte. Todo en el universo está sujeto a ondas rítmicas. El secreto de esos ritmos se halla en la naturaleza y sus ciclos de revitalización. Se infiere, pues, de la lógica y del testimonio de los antiguos comentaristas y biógrafos del maestro Pitágoras que, como filósofo de la armonía, sabía que la salud perfecta depende de ese justo sentido del equilibrio que concilia la pureza con la fuerza, la sensibilidad con la resistencia, la capacidad de goce con el dominio de las pasiones.

Todas las actividades de la escuela se hallaban contrapesadas por esa ley astrológica de los ritmos: método, actividad, descanso, contactos directos con lo superior, identificación consciente con las leyes de la naturaleza y la magia natural derivada.

La pulcritud de los pitagóricos en todas las cosas era proverbial. Pero la limpieza no debía ser sólo externa, sino que del cuerpo y las costumbres, trascendía a los valores anímicos. Ya que, si las mencionadas catarsis tetrácticas purificaban la sangre de toxinas, reajustaban todas las funciones del organismo y rejuvenecían los órganos cansados, también prestaban lucidez a la mente, agilidad a la percepción y estimulaban las actividades del espíritu.

> "Habitúate a vivir sencilla y pulcramente. Evita siempre provocar la envidia. No realices dispendios excesivos como aquellos que ignoran la medida de lo bello. No seas avaro ni mezquino, y elige en todo el justo medio razonable."

Esa "justa medida" de que hablábamos, conducía a los pitagóricos a una vida gozosa, completa y llena de sentido. Todo en el instituto era bello, pero sencillo, regido por la "divina proporción" de los números y de la armonía. Y aquel ambiente de hermosura y de bienestar que allí se respiraba, no inclinaba a la molicie ni a la codicia. Su acción pedagógica era el complemento directo de la sabiduría de las enseñanzas dadas en el instituto.

Por ello, ese altísimo, sideral concepto de la belleza, lo mismo emanaba de las cosas de arte que ornaban la mansión —las bellas pinturas murales, los frisos en relieve, los símbolos, los muebles y utensilios, las estatuas alegóricas— y realizaban una especie de labra silente de los acogidos al instituto, así en su cuerpo como en su alma.

Eran, a la par, asignatura y juego, allí, la gimnasia rítmica, la danza —a través de todas sus expresiones glosadas, líricas o simbólicas, como las danzas planetarias—; la música, la oratoria, no en su modalidad tribunicia, sino como forma de bien decir; la recitación, las artes plásticas. No menos influían las asignaturas laborales, el cultivo de frutos y flores, poner acordes los chorros del agua de fuentes y surtidores, el amaestramiento del canto de las aves canoras. Y por fin, el influjo de aquel cielo y aquel mar y aquella naturaleza de privilegio, constituían un acicate creciente hacia toda forma de trabajo de perfección y de gozo. Era, pues, justa fama la que gozaban los pitagóricos, en tal medio y bajo tales preceptos pedagógicos, de elegantes y hermosos. El mismo Pitágoras era, según sus biógrafos, en toda edad, un ejemplar incomparable de majestad y de hermosura humana, semejante a un dios.

Hierocles dice, del ambiente del instituto: "Todo hacía progresar hacia la belleza."

"No te empeñes en hacer lo que pueda perjudicarte.
Reflexiona bien antes de obrar..."

"Es preciso, a propósito de este verso —dice el comentarista—, que aquellos que poseen el amor de los divinos bienes, cuiden con esmero de no dejarse arrastrar hacia prácticas no útiles, tratando de frenar toda posible inclinación a tener por el cuerpo un exceso de condescendencia, no permitirle la aflicción evitando caer en todo aquello que impida su vuelo hacia la filosofía y todo cuanto le dé motivo de arrepentimiento. Conviene pues, para evitar esos desagradables resultados, reflexionar bien antes de obrar a fin de que el examen que suceda a la acción nos deje un recuerdo dulce."

En otro lugar, añade: "Todo aquello que va contra la recta razón; todo lo que se opone al ejercicio de la ley divina; todo lo que nos impide parecemos a Dios, daña nuestra existencia verdadera."

"... No permitas que el dulce sueño cierre tus párpados, sin analizar las acciones del día.
¿Qué hice? ¿En qué falté? ¿Qué dejé de hacer
[que debiera haber hecho?
Y si en el examen hallas falta, trata de enmendarte,
más si has obrado bien, regocíjate de ello."

En esa práctica introversiva residía el motor de la acelerada evolución del pitagórico. Así se curaban de todo atisbo de remordimiento, como insinúa Hierocles, esa condición que tanto minimiza al individuo y le resta su integridad, su fuerza y su confianza en sí mismo. En esa fórmula diaria de autoconfesión, quedaba liberado de la ganga negativa del día, y su voluntad ejercida como vínculo del dios interno, le lavaba de toda mancha gravosa para la conciencia y quedaba limpio y fuerte, sano de cuerpo y de alma, con una optimista disposición para el nuevo día.

Al convertirse en juez de las propias faltas, poseyendo el secreto de su dominio en el propio pensamiento, atacando el mal en sus propios orígenes, cada pitagórico era un código viviente de moral insobornable: vida, no teorías, caracterizaba su conducta.

La evolución del pitagórico se basaba en una óptima pedagogía del hombre integral: así, la causa de sus faltas y debilidades no se achacaba a los cuerpos inferiores. Por ello, en el instituto pitagórico la disciplina era un simple juego, un método deleitoso. No existían allí los suplicios ni las mortificaciones, ni ninguna forma de estancamiento síquico en lo negativo. El propósito lo era todo. O sea, la liberación en la oportunidad próxima, la fe en el futuro. El propósito se generaba en la pureza de los deseos y en la arquitectura filosófica del pensamiento.

La belleza llenaba los ocios, la contemplación de la naturaleza los asuetos. Todo ello facilitaba esa utilísima costumbre de encontrarse a sí propio al fenecer la jornada, en el acto de introversión que realizaba cada pitagórico antes de rendirse al dulce sueño.

¡Qué remonte, luego, el del alba, qué paz en el espíritu, qué armonía en el pensamiento, qué gozo interior, sintonizado con la alegría de la gran alma del mundo!

"Al conllevar un juicio de todos nuestros actos —nos dice el comentarista— esos VERSOS nos ordenan la continua presencia de la ley que conserva y guarda intacta la

rectitud de nuestro juicio... Prontos a librarnos al sueño, apelamos al tribunal de nuestra conciencia. Ese examen es a modo de un cántico a Dios, a Él elevado. Entonces, si el examinado halla que ha transcurrido su jornada en armonía con las reglas dadas, se corona a sí mismo con los frutos de la alegría divina."

El pitagórico Diodoro Sículo, hace notar en sus comentarios, a propósito de esa utilísima práctica diaria, que el recuerdo de todas las acciones del día, desarrollaban en forma inusitada la memoria. Era un óptimo ejercicio de mnemotecnia, ya que obligaba a registrar en el espíritu la sedimentación de las experiencias todas del día, desde la mañana hasta la noche.

> "Trata de practicar estos preceptos. Medítalos y ámalos, que ellos te conducirán por la senda de la virtud divina. Lo juro por Aquel que ha transmitido a nuestra alma la tétrada sagrada, inmenso y puro símbolo, fuente de la naturaleza, de curso eterno."

Los exégetas del pitagorismo concuerdan en que esos últimos VERSOS, añadidos sin duda por los epílogos de la doctrina de la escuela de Atenas o de Alejandría, se refieren al propio Pitágoras, su maestro. Parece ser que, al darse exotéricamente al público muchas de sus verdades, se seguía la costumbre establecida en la escuela para los alumnos del primer grado —los *acustikoi* u "oyentes" de no nombrar al maestro, sino sólo aludirlo. En este caso, la palabra Aquel equivalía al nombre de Pitágoras, el que había transmitido al alma de sus discípulos la "tétrada sagrada", ese cuaternario simbólico que regulaba toda la vida de los misterios y el significado de los cuatro elementos de la naturaleza y el cosmos, la cruz cardinal del zodíaco en la que se encuadraban los cuatro rituales místicos del año. Sobre esa "tetractys" se desenvolvían las prácticas y los grados de la escuela pitagórica. A ellos hace alusión el último VERSO: "la Tetrada Sagrada, fuente de la naturaleza, de curso eterno."

> "No inicies obra alguna, sin antes rogar a los dioses que en ella colaboren."

Los pitagóricos interpretaban ese VERSO en una forma eminentemente práctica. Era para ellos una divisa de *virtud operante.*

Así lo afirma Hierocles: "No debemos contentarnos con simples fórmulas de plegaria sin aportar al ruego un positivo esfuerzo. La virtud, en sí misma, es ya imagen de Dios. Y toda imagen, para ser engendrada —o realizada— tiene necesidad de un modelo que, por sintonización, nos ponga en contacto con lo bello. Así, pues, los que quieran aplicarse a la virtud activa, nieguen. Y los que rueguen —como inmediata finalidad del ruego— traten de actuar para vivir prácticamente la virtud."

No queremos dejar aquí de citar unos comentarios interesantes a esos VERSOS, del gran pitagórico Proclo: "La plegaria no debería ser una invocación a los dioses para obtener favores, sino formularla pura de toda compensación divina, con el aliento del alma virtuosa hacia la fuente de toda perfección... La esencia de toda plegaria es una conversión del alma a lo divino; su inmediato efecto, la virtud; su finalidad suprema, la absorción en la divinidad. Los hombres se equivocan a menudo. Imaginan que Dios se aparta o se aproxima a ellos, y que el efecto del ruego es atraerlo y hacerlo descender hasta el nivel humano. Dios se halla siempre y doquiera presente, íntimo a nuestras

almas, o más bien nuestras almas se hallan en Él. Cuando creemos que se acerca a nosotros, somos nosotros quienes, por la virtud, el amor y la plegaria, nos aproximamos a Él, vinculándonos más estrechamente con su pura esencia, merced a la porción de nuestro ser que se le asemeja. Dios no desciende, sino que es el alma la que a Él se remonta."

> "…Y cuando te hayas familiarizado con esta costumbre, sondearás la esencia de hombres y dioses y conocerás, de todo, el principio y el fin."

La identificación con esa esencial captación de la doctrina, o sea, su lento proceso de asimilación hasta convertirla en una inalterable moral propia, era la finalidad de todo el aprendizaje y maestría asimilados en los cuatro grados en que se subdividía la enseñanza de la escuela pitagórica.

La naturaleza de los dioses, de la que se hace mención en esos VERSOS se convertía, al fin, en algo que el discípulo debía desvelar en sí mismo, ya que en todo hombre mora un dios posible. Evocarlo mediante el anhelo o la oración, era el primer requisito. O sea, darse cuenta del dios, aunque de momento no sea más que como una ideación, como una evocación externa, y establecer el vínculo de unión —la yoga de los orientales— con la entrevista divinidad. Así, poco a poco, se iba efectuando en ellos la incorporación viva del VERSO ÁUREO

La divinidad evocada como ser objetivo se iba descubriendo, revelando por la virtud, la sabiduría, el amor, «I sentido de la belleza, el valor de la filosofía y por las prácticas de la magia natural que constituían el ritual básico de los misterios. Era un objetivo seguro, un ideal sublime la meta a la que, por propio esfuerzo de superación, lograban los pitagóricos. Era el ideal insobornable que algún día todos deberemos alcanzar."

Entonces, la plegaria, en vez de demanda, se trueca en confirmación. Es el instrumento, en suma, de la unión entre la personalidad humana y su yo superior, entre el hombre-bestia (instinto-razón) y el hombre divino (intelección-espiritualidad). La plegaria para los pitagóricos era, pues, un consciente acto de magia, puesto que lo era de integración biológica del individuo armónico, completo, cósmico. Entonces la plegaria deja de ser fórmula aprendida, mecánicamente repetida, para devenir fuerza viva, palabra vínculo, enlace beneficíente, grato a los poderes que rigen el universo y el hombre.

> "Conocerás también oportunamente la unidad de la naturaleza en todas sus formas. Nunca entonces esperarás lo inesperable, y nada te será ocultado."

"La naturaleza, al modelar este universo aparente -dice Hierocles— sobre la divina armonía, la ha hecho doquiera, en virtud de esa identificación, diversamente semejante a sí misma, reflejando la divina hermosura a través de todas las formas en el mundo manifestado... Aquel que conoce los límites que el organizador del mundo asignó a cada ser que los conoce tal y como fueran creados (a los seres); que mide a través de Dios mismo su conocimiento, observa el ser con la máxima exactitud este precepto: Soy dios y conozco de todo la mejor medida."

Esta *medida* a la que hace mención el pitagórico alejandrino es aquella en la cual el maestro cifraba "el justo medio razonable" en todas las cosas, el tono del equilibrio interno y externo, acordado al diapasón de las estrellas. Este sentido de la medida se manifestaba en la vida, a través de la más alta y perfecta actitud filosófica. Ante la

maravilla de la manifestación, en el mundo y en el individuo mismo, el pitagórico se situaba en una actitud de espectador.

El pitagórico se hallaba exento de ese árido desprecio por las cosas materiales que caracterizaban al estoico, y de esa filosofía del placer en que cifraba su ideología, el epicúreo. El pitagórico, como ser armónico, mantenía; en toda circunstancia la capacidad de captación y asombro, de maravillamiento y de adoración por las cosas y los seres, que nos hacen aptos para dilatar y asimilar todo ámbito de experiencias, sean de orden ideológico como artístico, espiritual o moral.

Esta forma de humanismo integral de raíces divinas, convertía al pitagórico en un ser humano tolerante y completo ni renunciador ni sensual. Jamás se colocaba al margen de la corriente riquísima de la vida sino que, consciente de su rumbo, maestro de su timón, navegaba a merced de la corriente, gozoso de todos los dones que a su vista se ofrecían.

En posesión, pues, del conocimiento y razón de los acontecimientos y de las cosas, podía transferir a sus) pensamientos y a sus actos, una capacidad alerta y despierta para reconocer siempre la índole de su mensaje, el índice de su belleza y la superior categoría de todo.

Ello confería al pitagórico una noble seguridad ante toda circunstancia, un dominio absoluto del medio y de sí mismo, y una fe ilimitada en el curso divino de los días y en su don renovado. Ya que, conocedor como nadie de los resortes de la ley y de la evolución, sabía celar los síntomas que obedecían a toda causa oculta de la potencialidad celeste, o sea, el reflejo de lo universal en lo temporal. Porque, como dice el VERSO último comentado, al que tal actitud alcanza, "nada le será ocultado".

> "Sabrás también que los males que aquejan a los hombres
> han sido por ellos mismos generados.
> En su pequeñez, no saben ver ni entienden
> que tienen muy cerca los mayores bienes. Pocos conocen
> el secreto de la felicidad, y ruedan como objetos
> de acá para allá, abrumados de múltiples pesares.
> La aflictiva discordia, innata en ellos, limita su existencia,
> sin que se den cuenta. No conviene provocarla, sino
> vencerla a menudo, cediendo..."

Hierocles nos da la clave esotérica de estos VERSOS en la siguiente frase de su glosario: "Aquel que quiere, en efecto, escapar a los males, debe ante todo dejar a un lado su naturaleza perecedera, ya que no es posible que aquellos que con ella se confunden, puedan evadirse de sus maléficas consecuencias." Ello confirma que los que subyugan mente y deseos a su "naturaleza perecedera" o sea, a sus principios inferiores, atraen sobre sí esos males, puesto que se han colocado al margen de su propia divinidad, privándose de las excelencias de su relación con ella, en cuya intimidad viven los inmersos en la pura eclosión de su luz. Aquellos, en fin, que tienen los ojos y los oídos siempre atentos al recobro de los perennes bienes, por su facultad de propia elevación, se libran de los males atañentes al inferior estado.

Con ello, el maestro alejandrino pone de manifiesto ese "libre albedrío" que la filosofía pitagórica otorgaba a los educados integralmente en sus enseñanzas y en sus

principios. Ese concepto de liberación nos da idea de hasta qué punto la misma excelsa estructura de sus leyes, de fundamento universal, eran trascendidas— al ser por este mismo hecho incorporadas —por aquel que alcanzaba a ser, por su identificación con el corazón de la divinidad, *él mismo la ley.* A ello hace referencia esa oscura estrofa final: "vencerla, cediendo". O sea trascendiendo lo limitativo, superándolo. Porque el mal, en ciertas etapas de la evolución, deviene el mayor bien. El dolor, golpeando y dañando la tosca materia, plasma al dios oculto según el modelo arquetípico. Nadie como Plotino el maestro neoplatónico de Alejandría, ha llegado a plasmar tan poéticamente esa imagen de la doctrina esotérica, pitagórica al hablar de "la propia estatua que cada cual debe desbastar, pulir, rectificar y embellecer, hasta hacerla digna de ocupar el áureo trono de la divinidad."

"…¡Oh Zeus inmenso, padre de los hombres!
Tú puedes liberar a todos de los males que les agobian
si les muestras el genio que les sirve.
Mas ten valor, que la raza humana es divina.
La- sagrada naturaleza te irá revelando a su hora
sus más ocultos misterios. Si te haces partícipe de ellos,
fácilmente lograrás la perfección.
Y sanada tu alma, te verás libre de todos los males."

"Los pitagóricos —dice el comentarista— tenían la costumbre de honrar, bajo el nombre de Zeus, al creador y padre de todo el universo... Aquellos precursores que impusieron un nombre a las cosas con tan grande sabiduría, se esforzaban, a manera de excelentes escultores, en manifestar a través de los nombres, como de las imágenes, las virtudes mismas de las cosas expresadas."

En este concepto, deja entrever Hierocles el principia de la magia de la palabra, la misma raíz originaria, el *Hieros-Logos* de Pitágoras: "Los nombres poseen las mismas virtudes de las cosas expresadas." La invocación, pues —cuando se realiza mediante el vocablo total y exacto—, equivale a la misma presencia de lo evocado. La invocación a Zeus con que comienza el verso, implica, según esa teoría pitagórica esotérica, la sublime presencia del padre, lo que, en verdad, es operativo y viviente de su ley.

"Merced a ese oculto mecanismo —sigue diciendo Hierocles— es preciso ante todo buscar la exacta propiedad de los nombres en las denominaciones que sirven para designar las cosas eternas."

Con ello, sugiere el filósofo, aquello que todo iniciado debía callar: el orden y eficacia de las *palabras de poder* que sólo se confiaba a los discípulos de los superiores grados de la enseñanza. Entonces, al ser debidamente pronunciados, no eran *sólo nombres,* sino virtudes y auténticos poderes actualizados. Las acompañaba su propio trasunto vibratorio, su correspondencia con el ritmo universal. Ya que si las palabras no tienen su apropiada conexión con los astros; si no se entroncan a lo superior mediante el vínculo astral, no tienen auténtica efectividad. Esta es una de las más ocultas y eficaces claves de la pronunciación de la palabra, o sea, del *logos.*

"Ahora abstente de carnes, que hemos prohibido en las purificaciones. Libera poco a poco tu alma, discierne lo justo, y aprende el significado de las cosas. Deja que te conduzca siempre, la inteligencia soberana."

Hierocles hace hincapié en esa alta pedagogía de la escuela pitagórica y en la práctica de las purificaciones periódicas que hacían el cuerpo físico más dúctil, fino y permeable a esa inteligencia superior que resplandece sobre el doble luminoso. He aquí las palabras del comentarista: "Conviene desprenderse de toda mancha inherente al contacto con la materia física, mediante las purificaciones tradicionales y sagradas, y realzar entonces la fuerza que nos une a la divinidad para remontamos a las altas esferas."

Con referencia a esas purificaciones sagradas, habla de las preceptúales abstinencias en los periodos mencionados, diciendo: "Esos versos nos incitan a restituir a nuestra esencia humana, su plena forma perfecta." Es decir, que el cuerpo se halla sólo en armonía con su propio cuerpo resplandeciente cuando la esencia o los átomos permanentes físicos —la semilla inmortal de los cuerpos sucesivos de que habla la sabiduría oriental— se sintonizan con las leyes universales en las épocas astrológicas correspondientes y mediante las oportunas purificaciones o *catarsis.* Muchos de los preceptos rituales de tales sagrados periodos se revelan, aunque en forma velada, en algunos de los símbolos que hasta nosotros han llegado y que glosamos hasta donde es posible hacerlo en el capítulo siguiente.

Todos los filósofos pitagóricos, con Hierocles, hacen alguna referencia a ese cuerpo *vital o* intermedio llamado por nosotros vehículo síquico o del alma que, según la evolución del individuo, gravita hacia su parte divina o resplandeciente, o se encenega en las densidades de la materia. El valor fundamental de las purificaciones o *catarsis* periódicas, consistía en aligerar o diafanizar el cuerpo físico, haciéndolo menos denso y facilitando entonces la unión del vehículo intermedio con el sublime cuerpo sutil y solar, aquel que Platón llamaba el arquetipo o imagen de la divinidad.

Citamos al respecto esa frase del alejandrino: "(Las purificaciones) sirven para sanar radicalmente el «cuerpo vital» y obligarlo a desprenderse de la materia y gravitar hacia ese lugar del éter donde radica su originaria felicidad y su asiento propio... Así, alcanzando las purificaciones el alma, protegen también al *carro luminoso* (solar). Por ellos (por el cuerpo y por el alma) ese carro deviene alado."

En cuanto al régimen de alimentación de los pitagóricos, que algunos comentaristas opinan era estrictamente vegetariano, se infiere del desapasionado estudio de los primitivos biógrafos y comentaristas de las enseñanzas del maestro, que las prescripciones que prohibían de manera absoluta comer carnes de animales, se refería sólo a los mencionados periodos de purificación. El régimen era estricto cuando no se observaban rigurosos ayunos de precepto astrológico. A menudo se simultaneaban éstos con bebidas de hidromiel en las que se mezclaban esencias de peculiar efecto según las predominantes siderales. Por ley de simpatía, tales bebidas facilitaban la clarividencia y procuraban la beatitud, como consecuencia de una apacible armonía. Algunas veces, y en periodos propicios, otorgaban el desdoblamiento y el don de profecía.

"Y cuando emancipado de la materia seas recibido en el éter puro y libre,
vencerás como un dios a la muerte con la inmortalidad."

Como dice Hierocles, en esos VERSOS últimos, se definen "el más perfecto fruto de la filosofía, el fin supremo del arte iniciático y sagrado."

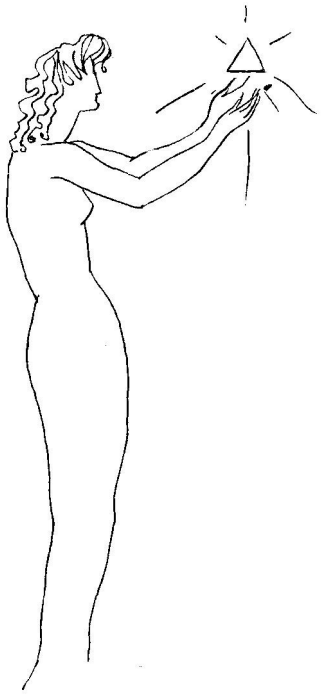
Todos los comentaristas antiguos de los "Versos" pitagóricos, hacen referencias más o menos veladas a los misterios.

El fin último de toda iniciación era la *anastasis* o "vida continuada". Ello requería el desenvolvimiento metódico y progresivo de la conciencia hasta el punto en que, en estado consciente, pudiera el pitagórico actuar a través del cuerpo o sin él.

De este modo después de la muerte física podía el iniciado darse cuenta, exacta y serena, de su estado, y escalar las etapas intermedias de purificación y gradual conciencia alcanzando sin atravesar tales etapas de sufrimiento y de prueba, aquel estado de plena conciencia y felicidad, que, según la mitosofía, gozaban los moradores de los Campos Elíseos, región de los bienaventurados, de los puros de espíritu en su cuerpo luminoso.

En el ser no inícialo, no liberado en vida de los lazos de la materia, ese estado señalaba al fin, la culminación progresiva de una serie de estados purificadores de la conciencia y significaba el enlace del ego entre una y otra encarnación, como define la leyenda.

Hierocles nos dice al respecto: "Llegado el momento de la muerte, abandonado en la tierra el cuerpo mortal, despojados de todo lo concerniente a su naturaleza, nos hallamos prestos, como atletas luchadores por la filosofía, a emprender la ruta celeste. Entonces nos reintegramos a nuestro primordial estado. Y somos deificados (incorporados a nuestra naturaleza divina) en la medida en que los hombres podemos equipararnos a los dioses."



IV
Los símbolos interpretados

Los SÍMBOLOS de Pitágoras, tan traídos y llevados en las diversas interpretaciones de que han sido objeto a través de los siglos, constituyeron en sus orígenes la clave de un lenguaje filosófico secreto.

Ya dijo Heráclito, a propósito de los SÍMBOLOS, que "se debía enseñar la doctrina sin divulgarla y sin ocultarla". O sea, que lo que la revelara dependiera de las facultades y de la evolución espiritual del que la oyere o leyere.

Esa forma de hermetismo en imágenes se convertía, pues, en la lengua creadora por excelencia. Desentrañar el SÍMBOLO equivalía siempre a una autorrevelación. Al levantamiento del velo de la limitación individual, se unía el vislumbre de lo que se halla más allá de toda expresión externa. En el decurso de las pruebas impuestas en sus misterios, tales interpretaciones, devenían para Pitágoras y sus más allegados discípulos, un importante venero de conocimiento humano en sus reacciones síquicas sub y superconscientes y de las facultades intuitivas e inteligibles.

Tales SÍMBOLOS requerirían una sucesión ascendente de analogías. Parece ser que el sentido de cada uno de ellos, se desdoblaba. A través de los diferentes grados de la enseñanza pitagórica, requerían una interpretación distinta de ese difícil lenguaje simbólico.

Siempre y en todo caso, tenían la utilidad del requerimiento, constituyendo una palanca ética, una sutil invitación al vuelo del pensamiento filosófico y al chispazo perceptivo de la mente superior.

La finalidad de los SÍMBOLOS, en todas las categorías individuales y en las distintas épocas, ha sido siempre, como primera finalidad, sugerir una actitud moral y aleccionadora. Por lo demás, ese lenguaje indirecto, requeridor y trascendente, fue bastante usado en la antigüedad, especialmente en el Cercano Oriente y en Egipto. Es, en verdad de mayor eficacia que el impositivo.

Muchos de los SÍMBOLOS pitagóricos que han llegado hasta nosotros son apócrifos o se hallan bastardeados. Con frecuencia, al ser transmitidos en forma oral, han pasado a la posteridad a través de transcripciones o traducciones que fueron lentamente torciendo o tergiversando su expresión original.

Los SÍMBOLOS que aquí tratamos de interpretar son, a nuestro entender, los que han llegado a nosotros con menos adherencias y adulteraciones, los que conservan mayor pureza, fidedigna imagen y profundidad de interpretación.

Teniendo en cuenta que tales "símbolos" pitagóricos constituyeron en sus orígenes un lenguaje cifrado puramente iniciático, debieron mantener sus intérpretes, durante los siglos de existencia de la escuela pitagórica, una sucesión de significados y claves que actualmente difícilmente se nos alcanzan.

Según el conocido precepto de que "el ocultismo se oculta a sí mismo", ese oscuro lenguaje simbólico se velaba naturalmente para el vulgo profano, si llegaba a divulgarse, ya que sólo podía, en este caso, suscitar interpretaciones y comentarios rastreros o jocosos. La profundidad filosófica era privativa de los iniciados en su doctrina, espíritus agudos y mentalidades clarividentes.

Nuestra época, al razonar un nuevo signo de evolución, ofrece una abertura mayor a las comprensiones y sugerencias de estos SÍMBOLOS. Por ello nuestras propias

interpretaciones son sucintas y no tienen otra finalidad que reiniciar el camino de su trascendencia propia y el desdoblado valor de la sabiduría que contiene para todos, los periodos de definición histórica y de renacimiento espiritual.

No paséis por la balanza

Equivalía a no juzgar para no ser juzgado. La justicia verdadera es privativa de los dioses, que conocen las causas de las acciones humanas. Los hombres, por sabios que sean, las ignoran en su totalidad. Abstenerse, pues, de juzgar; arrancar de la mente las formas mordaces de la discriminación ajena, suponía, en su aleccionadora interpretación aplicada a la conducta, llegar a eliminar en el individuo aquella profunda, adherida "raíz del mal", aun en sus formas mentales más sutiles de castigar y herir incrementando sordamente lo negativo del yo. El corazón libre de esa "raíz" no juzga porque posee el conocimiento sideral de las cosas y de los seres, y confía en el máximo beneficio de la ley reguladora de toda armonía.

No desgarréis la corona

La "corona" es el trasunto material del *halo* santo o el aura de amor y de sabiduría; o sea, la luz, invisible para el que no sea clarividente, que circunda la cabeza y la parte superior del hombre evolucionado.

Tiene ese SÍMBOLO una dualidad de interpretación evidente. La primera, más subjetiva, supone una invitación a ser fiel a la propia dignidad y a la armonía interna — nuestro reflejo cósmico. No desgarrarse el aura, no turbarla o empañarla, no destruir su pureza y resplandor, significaba ser, en toda la posible dimensión, fiel al ideal propio, y en toda circunstancia, manifestarlo en los actos y en los pensamientos.

La segunda interpretación, más objetiva, se refiere a reconocer la grandeza en sus tres aspectos de verdad, bondad y belleza, doquiera se manifieste, y reverenciarla. O sea, respetar la jerarquía natural, moral y sabia, y obedecer las reglas que de ella emanan.

No os roáis el corazón.

Este tan zarandeado SÍMBOLO tiene una aceptación casi exclusiva de tipo masoquista. Es una invitación a limpiarse interiormente, a librarse del *paihos,* de los detritus de la conciencia.

Pitágoras invitaba, a través de ese axioma, a echar fuera toda forma corrosiva de remordimiento. Si se ha faltado, en vez de deprimirse y reconstruir como una pesadilla la falta, revitalizando y dando fortaleza a una forma mental negativa, la fórmula pitagórica proponía su anulación en la misma raíz de la mente, cercenando su *causalidad.* Al anular, con propósito mantenido, esa causa, se desvitaliza el propósito, poco a poco, de reincidencia, por mimetismo o costumbre adquirida, haciéndose uno más transparente al vigilante yo superior.

Los pitagóricos tenían un concepto productivo, en su más elevado sentido, del total mecanismo síquico y mental del llamado pecado, que ellos transmutaban así en tema de fortalecimiento y ejercicio mental. Y esa disciplina tomada como lema de la vida es, sin duda, una fuente generosa de gozo interior.

Cuando os halléis en la frontera, no deseéis regresar

También este SÍMBOLO tenía una doble significación patente.

Doquiera el Hado, o la ley de la vida, nos conduzca, ahí debe estar nuestra consciente alegría y reconocimiento. Cualquier lugar o condición en que debamos vivir, es siempre provechoso para nuestra evolución.

Este SÍMBOLO se refería tanto al exilio de lugar en la Tierra, en nuestros lares físicos, como al viaje a la otra frontera del alma desencarnada. Sabido es que las personas materializadas que mueren, desean ardientemente volver a la Tierra y a sus lugares propios se aferran. Ello representa una angustia y un dolor innecesarios y estériles, que el alma preparada conoce. En gran parte, el motivo de la iniciación se encaminaba a preparar al neófito para el desenvolvimiento de la conciencia astral y la liberación, ya en vida, de los lazos de la materia. Así, el iniciado, al dejar este mundo, "nunca deseaba regresar" en el sentido de retroceso al plano denso.

"Desear regresar", en su más corriente sentido, equivale a vitalizar el pasado, a perdurar una cosa ya agotada y muerta. Si alimentamos nuestro pensamiento de cosas pasadas, de *regresos,* envejecemos de cuerpo y alma, y restamos vitalidad a la experiencia del presente. El presente debiera ser, siempre, nuestro *mejor momento.* En la alquimia del pensamiento, esto tiene un valor filosófico enorme.

Para los antiguos, cada lugar tenía su *daimon* benigno, su genio protector. Cada etapa de la vida, cada edad y circunstancia, su propia compensación.

Algunos pitagóricos preconizaban vivir siempre en forma dúctil, en actitud de renuncia, en una disposición flotante y desarraigada. El maestro enseñaba al respecto, la renuncia a los bienes materiales, que debían ceder a la escuela al realizar su formal ingreso. Ello significaba adoptar una vida sencilla. "Sé feliz con poca cosa" enseñaba Pitágoras, amar lo bello en su simplicidad, considerando preferentemente la belleza como fin filosófico de cada estado de alma, sea en la encarnación o fuera de ella.

Lo interesante, resumiendo ese simbólico aforismo, era, según la interpretación mitosófica "no volver, en ningún caso, la vista atrás."

No marchéis por el camino público

Colocarse al margen de las corrientes de pensamiento vulgares, no es cosa fácil. Hasta cierto punto, el decantamiento no siempre es aconsejable, si no se posee una gran integridad y fortaleza. En caso contrario, las propias opiniones pueden crear un surco intransitable para el individuo mismo, si no se hallan respaldadas por principios filosóficos inamovibles y tan firmes, que no dejen lugar al desvío de la duda. Extraviarse es peor que seguir el camino público.

Pero el pitagórico poseía unos principios tan sólidos, un caudal de conocimientos básicos y una visión tan superior de las cosas que le permitía la experiencia de cada acontecimiento. Para ellos, esa visión equivalía, no el paso tardo de un camino trillado siguiendo el ritmo de la multitud y el vasallaje del tiempo, sino un vuelo alto y directo.

Otear así las cosas y los seres, era uno de los más destacados privilegios de los pitagóricos. Por ello abrieron una brecha nueva, un atajo indeleble a través de los siglos que invita a ser buscado y proseguido por la posteridad. Esa ejemplar fórmula integral del pensamiento, del sentimiento y de la conducta, era a la vez una solución inmediata y

eterna de la finalidad de la vida.

No llevéis la imagen de Zeus en el anillo

Enseñaba este SÍMBOLO a huir de las representaciones sagradas en adornos corporales. Los pitagóricos no fueron amantes de la ostentación de sus principios en esa forma pueril de insignias y categorizaciones externas.

Los principios pitagóricos secretos otorgaban todo su valor al Dios único, inmanifestado. Aun en los misterios, raramente era su nombre invocado. La materialización de **ese** alto principio eterno, mal podía ser representado en una joya ni ostentarse en la mano y mezclarse a las funciones corrientes de la vida.

Ayuda a los hombres a cargar, no a descargarse

Este SÍMBOLO tiene un significado totalmente iniciático. Hace velada alusión a los "trabajos", cargas o pruebas de Heracles, el iniciado griego por antonomasia.

Los doce trabajos heráclеos tenían una correspondencia sideral con los doce signos del zodíaco, con su respectivo y total vencimiento que representa el triunfo esforzado sobre las pruebas atañentes a cada una de las doce facetas del complejo desenvolvimiento del individuo superior. Ya que el perfecto iniciado, el vencedor de todos los "trabajos", se convertía en un ser completo, en un hombre cósmico.

En la fraternidad pitagórica todos los discípulos de los superiores grados ayudaban al neófico a allegar experiencias, a "cargarse" según el lenguaje simbólico, lo que contribuía, en gran medida, a que saliera vencedor en las pruebas definitivas de sus misterios, en cuyos grados se basaba el plan pedagógico de la escuela pitagórica.

No déis la mano en seguida

En estas palabras se revelaba uno de los aspectos más notorios de la pregonada prudencia de los pitagóricos.

El maestro aconsejaba ser muy cauto en conceder la amistad. Casi tanto como el amor. Precisamente porque consideraba la primera como un don divino, como el lazo permanente e indestructible que une a las almas, esta supervaloración de la amistad exigía naturalmente un largo período de prueba, una controlación de múltiples reacciones, un proceso a fondo. Ya que la amistad fácilmente entablada, en la mayoría de los casos, se deshace con la misma facilidad con que se contrajo. Y esto no encuadraba con la firme estructura del pitagórico ni con la trabazón sagrada de su confraternidad.

También tenía este SÍMBOLO otra acepción: la de dar la mano para ayudar a alguien. Los filósofos griegos no eran partidarios, en general, de la limosna en el sentido peyorativo que nosotros entendemos. La dádiva se entendía como algo que igualaba en condición de dignidad al donante y al beneficiado. Esa misma actitud, requería una especial dignidad por ambas partes, una confianza mutua. Los griegos eran más capaces que nosotros de mancomunar sus bienes, pero siempre que mediara un ideal de conducta, un señorío interior derivado de ese conocimiento básico, comprobado y absoluto, de la persona asociada. Dar simplemente, puede convertirse en un daño para el que recibe. No basta la satisfacción propia de dar. Hay que saber dar. Saber si se hace un bien o un mal,

si se ayuda o se desayuda fomentando una disposición falsa ante el deber de la sociedad, colocando al aparentemente beneficiado, al margen de ella, desentendiéndolo de sus deberes de ciudadano útil.

Tender la mano, para un pitagórico, significaba algo más, en toda circunstancia: dar un valimiento no circunstancial, sino perdurable a la dádiva, fuere el que fuere su valor material.

Sembrad la malva, pero no la comáis

Ser dulce y benévolo para los demás antes que condescendiente con uno mismo; hallarse presto a ayudar cuando el caso lo requiere; cultivar la generosidad, la noble disposición del espíritu; tener un remanente a punto de cualidades y de medios, en beneficio de los demás.

"No la comáis" equivalía a una invitación a no pensar demasiado en nosotros mismos, confiando en la previsión de la ley y cultivando un sentido y una actitud de impersonalidad aplicable a todas las cosas.

Además, ese SÍMBOLO quería significar que el pitagórico que vivía conforme a la doctrina de pureza y desenvolvimiento armónico, que daba al cuerpo y al espíritu la actividad y el descanso proporcionados, que los proveía de todos los elementos de equilibrio propicios al mejoramiento y que se ajustaba al ritmo de los ayunos y purificaciones de precepto astrológico que seguían cuatro veces al año los pitagóricos, no tenía necesidad de medicamentos. La salud en todas las manifestaciones, era resultante de la armonía física, síquica y de observancia interna, el más alto galardón a que podía aspirar un discípulo de Pitágoras.

No ocultéis el lugar de la antorcha

Quería decir: "No ocultéis la sabiduría", lo que es muy distinto de aconsejar mostrarla. Esto, cuyo sentido metafórico se desprende del SÍMBOLO, no podía hacerlo un pitagórico más que con aquellos dignos de poseer el conocimiento.

El sentido descriminativo se desprende de la aptitud de pulsar los valores auténticos espirituales del hombre acogido a la proximidad de un pitagórico, su pulsación viva, y la capacidad de dosificar el grano de las enseñanzas.

La prudencia conseguida a través del prolongado silencio, del incrementado poder de observación que de este precepto básico se derivaba, otorgaban al afiliado a la escuela, una penetración afilada de los hombres y de las circunstancias, al mismo tiempo que un sentido innato, de adivinación de sus ocultas posibilidades, su capacidad y sus aberturas posibles.

A aquel que con conocimiento pregunta, el que puede saber le responderá sin duda. Éste era el axioma viviente de la "antorcha", vehículo de iluminación, ejemplo de purificación, elemento de visión, dotes completas de la sabiduría que preconizaban los pitagóricos. A aquel que ansiaba la luz, era un deber dársela generosamente, siempre que con idéntica actitud la mereciera.

Absteneos de las habas

Este tan manoseado SÍMBOLO de Pitágoras, aludía, sin duda, no sólo al concepto de esa leguminosa de reconocida toxicidad y que desde los remotos tiempos de las primeras dinastías de Egipto se aconsejaba no ingerirla. El haba transmite, según la tradición, una enfermedad hereditaria, y tiene consecuencias entenebrecedoras para la siquis. Este elemento patológico, que tan bien conocían los antiguos, se ha redescubierto en nuestros días.

Pero no sólo se refería ese precepto a un consejo de orden higiénico. El haba era el símbolo de la corrupción y de todo aquello que tenía consecuencias entorpecedoras para la agilidad de la mente y la transparencia de las facultades superiores del individuo.

Absteneos de comer animales

Tomar este SÍMBOLO al pie de la letra, sería una de las más taxativas opiniones en pro de esa tendencia a considerar vegetariano el régimen de vida de los acogidos al instituto pitagórico.

Para el que ha investigado las fuentes primitivas de información respecto al particular, le queda la duda de que esto haya sido absolutamente cierto. Lo que sí parece cierto es que los pitagóricos "se abstenían de carne durante las purificaciones" como rezan los VERSOS ÁUREOS, y como hemos definido en nuestro estudio del capítulo de este libro a ellas consagrado.

Es probable que los discípulos de los grados más avanzados prescindieran, como el maestro, de las carnes de los animales muertos, aun las que procedían de los sacrificios que, por tradición, comían los sacerdotes griegos por su carácter sagrado.

Pero la mayoría de los pitagóricos, salvo en las reglamentarias prescripciones catárticas, podían comer carne en determinadas épocas o una predeterminada selección de ella, si así lo preferían. Diógenes Laercio, el más conocido biógrafo de los pitagóricos, dice que "comían la carne con preferencia a los animales del mar".

Los que formaron una secta exclusivamente vegetariana, enraizada en las costumbres brahmánicas de la antigua India, fueron los órficos. La tradición de los griegos y de los occidentales, que en lo posible respetó siempre Pitágoras, aconsejaba más que una prohibición absoluta de los manjares cárneos, un régimen de transición.

Pero la acepción realmente simbólica de este precepto, consistía en aplicar una norma selectiva que en todos los órdenes de la vida, seguían los pitagóricos. Ingerir animales quería decir, en su simbólico sentido, alimentar el alma de cosas putrefactas, nutrir las formas mentales inferiores, corporizarlas mediante repetidos deseos de la propia carne que inducen a las satisfacciones groseras, que debían y deben desechar aquellos que aspiran pitagóricamente a la pureza y la armonía de nuestra séptuplo constitución humana.

No pongáis el alimento en vaso impuro

Era este SÍMBOLO una referencia directa a las "catarsis" frecuentes de los pitagóricos. Esas medidas de purificación, solares, lunares y planetarias, contribuían en gran medida a desintoxicar el cuerpo y a aclarar la mente. Las grandes "catarsis", como

hemos estudiado ya, tenían lugar en la escuela pitagórica siguiendo la antigua tradición de los misterios, cuatro veces al año, coincidiendo con el ingreso del sol en los signos zodiacales de Aries, Cáncer, Libra y Capricornio. O sea, en los momentos precisos de los solsticios y de los equinoccios. Esas celebraciones, basadas en el antiquísimo ritual astrológico, se entroncaban con los ejercicios éticos, místicos y filosóficos. Pero no una filosofía teorizante o mental, sino aquella que se deriva del conocimiento de las profundas leyes naturales y de las fuerzas del universo. Por encima de verdades teóricas, siempre la búsqueda del auténtico conocimiento.

Los ayunos eran de rigor en tales fechas y los regían los lapsos, por lo común que mediaban entre el ingreso del Sol en tales signos y los dos aspectos confirmadores de la Luna, en el mismo signo, la neomenia y el plenilunio.

Esos ayunos y regímenes purificadores que antecedían y sucedían a tales acontecimientos cósmicos, iban acompañados de otras purificaciones síquicas, como hemos dicho anteriormente. Entonces el candidato se hallaba preparado —tenía el *vaso puro*— para recibir el alimento espiritual, la sabiduría oral de los misterios.

Apartad la vinagrera

El vinagre fue siempre, en el sentido de la referencia simbólica, un equivalente de la acritud y dureza de carácter, de las malas maneras en el comportamiento con los demás, que tanto reprobaban los dulces y armoniosos pitagóricos. Alejar la vinagrera era un pacto de *no agresión* en la forma hablada y en la actitud personal en la vida de relación y en la intimidad de la familia.

La posibilidad de herir con los actos, con las palabras o con el pensamiento, era reprobado en la escuela pitagórica. En ninguna circunstancia se hallaban justificadas la actitud hosca, la expresión amarga, las maneras desagradables.

Pero ese SÍMBOLO no tan sólo tenía una acepción manifestativa, también la tenía subjetiva. El pitagórico debía apartar para sí "la vinagrera". Lo que equivalía a no entregarse a la decepción, al malestar, a la duda, al auto-descontento, a la amargura ni al remordimiento, que corroen el alma como el vinagre. No debía al respecto, considerarse ofendido por los demás ni por sí mismo. Debía barrer de su interior toda reserva mental, limpiarse de malicias y descontentos, incluso en la forma de tristeza. El cultivo de la alegría y la igualdad de humor era una de las más destacadas características de la vida entre los antiguos pitagóricos.

Escupid sobre los recortes de vuestras uñas y cabellos

La interpretación de este SÍMBOLO nos lleva de la mano a una de aquellas básicas prescripciones de las catarsis mencionadas, en lo que respecta al proceso mental del discípulo.

En este caso, las uñas y los cabellos cortados querían significar actos o pensamientos pasados, dignos de ser desechados para siempre.

En la diaria introversión que acostumbraban a realizar los pitagóricos antes de acostarse, a menudo aparecían, en forma de proyección mimética, esos *recortes* como imágenes negativas y entorpecedoras. Es uno de los escollos que tienen que sobrepasar, a menudo con gran esfuerzo, todos los ocultistas. El pitagórico, por tanto, debía cerrar

herméticamente con las puertas de la voluntad, la irrupción de esas negativas formas mentales. A -medida que adquiría la *conciencia pitagórica,* su -responsabilidad crecía gozosamente y se daba cuenta exacta, mediante una cuidadosa y metódica introversión, de todo elemento desechable o negativo de su depósito mental de experiencias. Y una vez asimilada la lección —porque a fin de cuentas todo se torna positivo— ponía la rúbrica de la promesa sonriente y *escupía* simbólicamente sobre esos desechos de sí mismo que, por pertenecer al pasado, constituían, cosas inservibles y muertas.

No orinéis cara al sol

Este discutido SÍMBOLO pitagórico tiene un fondo evidente.

El sol —entre los egipcios el Osiris de los misterios—, así como entre los griegos, en su doble aspecto de Apolo y Dionisos —el sol diurno y el sol nocturno—, centraban lo más sagrado de la adoración, ya que en sus representaciones múltiples se adoraba al espíritu, al padre de nuestro universo solar. Y no sólo constituía esa representación, el centro vital de la adoración divina, sino el doble solar que todos poseemos, la diferenciación de la dualidad, el principio cósmico.

O sea, que el pitagórico debía separar las prosas y requerimientos del cuerpo, de las actividades del alma. Nunca se debía mezclar una cosa con otra. Era norma de respeto a lo superior que, en todo acto consagrativo consciente o práctica purificadora; que en presencia de un ser superior —solar— o de una representación de la divinidad, no se cometieran esos actos concernientes a la baja materia y no se ensuciara el pensamiento con formas indignas de aquellas altas dedicaciones mencionadas.

Este SÍMBOLO servía también de norma a la divisa de una pedagogía de la belleza entendida en el sentido de que acción de ofrenda a los demás, considerada como parte de la divinidad en potencia, era sólo el acto gentil y la disposición hermosa.

No durmáis al mediodía

Este SÍMBOLO, como otros muchos, tiene dos significados específicos. Equivalía ante todo a un consejo higiénico practicado en la escuela de Crotona; no entregarse a la siesta al mediodía, puesto que la comida más nutritiva se efectuaba hallándose el sol en su cenit.

Era una llamada a mantener, en esa cumbre vital de la jornada, la mente lúcida, receptiva, dedicada a altos conceptos y aguzados diálogos, a nobles controversias que, generalmente acompañaban a la comida en común de mediodía entre los pitagóricos, según su regla de vida.

No dormirse cuando el requerimiento de la interna luz lo requería, era una orden táctica de observancia subjetiva. Cuando el sol brilla en el cenit interior, cuando la iluminación se hace patente, no desaprovechar la oportunidad, darse cuenta, formaba parte de esa disposición de captar los momentos cumbres de la vida cuando se manifiesta a través de los vehículos internos.

Moved el lecho al levantaros y no dejéis en él la huella del cuerpo

El pitagórico, hombre o mujer, tenía la costumbre de rehacer su propio lecho cada mañana al levantarse con el alba. Sacudía su colchón y borraba así la impronta de su propia forma dormida.

Esa costumbre tenía una doble significación también, induciendo, dentro del lenguaje simbólico de los diarios acontecimientos, a renovarse cada día, a no dormirse sobre las formas mentales y el estado de alma del día anterior, sino a superarse, sacudirse las huellas de la rutina. Era, en suma, una invitación a desprenderse y renunciar sin apego a los hechos pasados, a volver a ser, renacer con el día de nuevo, con el alba luminosa, al despertar cada mañana.

De esta manera el pitagórico se convertía en un ser de una capacidad de aceleración evolutiva extraordinaria. La vida del verdadero pitagórico equivalía, dentro de la economía del alma, a dos o tres existencias vividas corrientemente sobre la Tierra.

Escribid las leyes con la punta del compás

Este símbolo invita a poseer, antes de erigirse en legislador o conductor de hombres, el conocimiento del número y la medida celestes. O sea, de aquellas otras leyes superiores que se derivan del conocimiento de la astrología esotérica y de su acción causal sobre el alma del hombre.

Tales superiores leyes dimanaban del círculo zodiacal que preside las doce pruebas de la iniciación, veladas tras la leyenda mitológica de Heracles, el iniciado griego por antonomasia.

Teniendo pues, en la mente las inmensas posibilidades del individuo y su complejísima constitución como agente cósmico, la responsabilidad del que dicta sentencias u ordena las leyes aumenta, ya que según el maestro maneja material divino.

Todo mentor de hombres, según el pitagórico concepto, debía actuar teniendo en cuenta esas reglas supremas, representadas por el compás y derivadas del conocimiento de la ciencia astrológica.

No cantéis, sino acompañados de la lira

La lira pitagórica era la lira heptacorde de los órficos, símbolo septenario de la armonía de la naturaleza e instrumento de las siete vibraciones planetarias que influyen sobre los siete principios del hombre como en la constitución de nuestro mundo.

La lira era, pues, símbolo del septenario cósmico y de la completa formación del ente humano. Cantar, acompañados de la lira, quería significar que toda consagración artística, y sobre todo el canto, devenía himno de consagración, acto sacro. Acompañado de la lira de siete sones los acogidos a la escuela, se sintonizaban con las estrellas y se consagraban a la divinidad en su sentido universal.

En todas sus manifestaciones, cantar acompañados de la lira, aun en los holgorios populares, equivalía a una ofrenda armoniosa, alegre y espontánea, de una calidad formativa enorme sobre los individuos y sobre los ambientes.

Tened siempre presto el equipaje

Tener la vida y la conciencia en orden y hallarse en disposición de perpetua renuncia de las cosas después de su aprovechamiento máximo y de su lógica estima, es una de las bases del verdadero filósofo.

El pitagórico no renunciaba a ninguna de las dádivas de la vida, pero las situaba en el lugar equivalente de la experiencia que procuraban. No estimaba ni desestimaba, fuera de aquella medida que era siempre manifestación de la vida armónica, o sea, del sentido justo de la exacta valencia de los seres, las cosas y los acontecimientos.

Toda índole de dádivas y privilegios los utilizaban los pitagóricos, de acuerdo con su alta filosofía con gozo pleno de su posesión, pero conocedores de su transitoriedad, a manera de préstamo divino.

El sentido de renuncia lo entendían sólo como actitud, como un valor de su encuadre natural en el tiempo. Sabían que la medida de la posesión, sea la que fuere, no dependía de ellos sino de la *Moira o Karma* que constituía la ley de equilibrio y que valoraba el pasado, el presente y el futuro como una divina solución de eternidad. Cada ser, cada cosa, cada acontecimiento, contenía en sí mismo la clave de su valor perfecto dentro de la maravillosa taumaturgia transformadora del tiempo, vehículo de perfección.

Dentro de ese sentido filosófico de la economía universal que regula y administra todas las cosas, aconsejaba Pitágoras en sus VERSOS ÁUREOS hallarse dispuesto con alegría y comprensión de su significado, a abandonarlo todo, incluso la vida física, si así lo disponían los dioses, encarnación de las fuerzas universales, así como toda índole de posesiones. Y recalcamos el punto esencial de la interpretación que encierra ese SÍMBOLO: esta actitud de desapego no era de tipo negativo, conformista o deprimente en ninguna circunstancia, sino que abría gozosamente el caudal secreto de las posesiones infinitas y de las dádivas perennes.

No abandonéis vuestro puesto sin orden del general

En lenguaje simbólico, el "general" es el yo superior de cada individuo, su contraparte cósmica o divina.

Atender sus órdenes significaba y significa, hallarse en comunión con lo más excelso del propio ser, haber establecido el vínculo consciente de la intuición, y tener desvelado el oído interno a través del cual puede en todo momento el individuo recibir las órdenes oportunas y certeras, y acatarlas. Aun en el fragor del combate, según los místicos tratados, aun en medio de la fiebre de las luchas tanto internas como externas, esa dulce y autorizada voz debe ser oída. De lo contrario, el extravío del alma es cierto, como aquel que vaga entre tinieblas, sin la lámpara encendida.

No cortéis leña en el camino

Este SÍMBOLO quiere indicar dos cosas: no dificultar la vida a los demás; no privarles de lo que les pertenece. Quiere, decir también, no entorpecer la senda con *cosas muertas,* no atesorar precavidamente, ya que, una vez "en el camino" alguien vigila y nos provee en toda circunstancia.

No detenerse, pensando en las posibilidades futuras, en las contingencias

adversas, es situarse en esa tesitura en que todo círculo de necesidad queda cerrado en el centro de su propia completación, en el punto trascendente, omnividente de su eternidad. Esa actitud de confianza, de *imprevisión,* requiere necesariamente del *caminante* una tregua para la acción de las fuerzas negativas, una enorme protección oculta. El Padre viste bellamente a los pájaros y a las flores, como dijo el Cristo, y en otras palabras han repetido todos los altos iniciados.

Apartad de vosotros el cuchillo afilado

Este SÍMBOLO tiene una íntima concomitancia con el anteriormente comentado: "Apartad la vinagrera".

"El "cuchillo afilado" es esa punzante capacidad de realizar el mal y que, en el individuo superior, adquiere a veces formas sutiles e insospechadas. Arrancar de nuestro corazón la raíz del mal, el atavismo de crueldad, el sentido de defensa y ataque que tuvo su causa en la remota animalidad, es algo dificilísimo ya que esta raíz retoña en tanto que el individuo no se ha identificado plenamente con su propia divinidad. Entonces puede atisbar esa causa, como ajena a sus propios sentimientos hasta lograr el olvido del arma que le acompañó durante milenios y milenios, y fue un tiempo móvil de su mismo crecimiento.

Pero al filósofo le basta el aura pura, la conducta sin tacha, el pensamiento limpio de toda mancha. No hay arma tan poderosa como ésta de la inocencia, de la pureza y de la sabiduría. Sólo entonces el alma se separa de su sombra, y arrasa en sí misma toda forma, aún la más leve, de odio. Ya no hiere, ni con el pensamiento. Ama y cree y se da por entero al espíritu del bien y de la belleza; de la verdad que nivela y ajusta toda la aparente injusticia de la vida, de acuerdo con la Providencia.

No recojáis lo que cae de la mesa

En este SÍMBOLO se inspiró el filósofo estoico Epicteto cuando dijo que la divinidad sólo le concedía las cerezas que de los árboles frutados caían en su túnica tendida. Eran aquellas precisamente las que los dioses le destinaban con exclusividad.

El que se cree arbitro absoluto de su destino y va atolondradamente tras las dádivas que apetece, no encontrará más que migajas. Aquel que hace por merecer y que no desea en forma concreta las cosas y mira a lo alto "con la túnica tendida" o sea, con una blanca actitud de recepción y reconocimiento, los dioses no le destinan nunca los deshechos del banquete de la vida, sino sus primicias y el gozo de sus más dignos privilegios.

Según esa teoría del filósofo de Samos, nadie puede quitarnos nada. Ninguna pérdida es suficiente para truncar nuestra alegría, nuestra confianza y armonía interior. Si injustamente alguien nos usurpa lo que consideramos legítima pertenencia, la divinidad nos lo otorga con creces por otro lado, ya que la divina provisión es infinita.

Todo consiste en mantener esa fe basada en la comprensión del equilibrio inefable de las leyes cósmicas que a todos nos integran; en percatarse del orden superior y sus benéficos designios, y en tener el convencimiento de que todo lo mejor, si somos dignos de ello, nos llegará a su hora oportuna.

Lo que importa de nuestra parte, es mantener la armonía en todo momento, como

aquel filósofo antiguo que, al anunciarle que su heredad —toda su riqueza— estaba ardiendo, contestó impasible: "lo mejor lo llevo en mí", dando a entender su unión establecida con los designios siempre sabios de la divinidad.

No sacrifiquéis sin harina

Los antiguos comentaristas de los símbolos pitagóricos atribuían a esa frase un sentido teórico.

Era fama que Pitágoras tuvo el ingenio de transferir el sacrificio de animales del ritual antiguo a su representación mediante unas figuraciones alusivas realizadas con harina y cocidas al horno, aptas para servir de alimento una vez consagradas, pero de alimento puro.

El SÍMBOLO es evidente y la sustitución obvia dentro del ritual astrológico. Si dentro de las cuatro fechas cruciales del año correspondientes al ingreso del Sol y la Luna en los solsticios y los equinoccios, la llamada oculta es de pureza absoluta y abstinencia, el sacrificio de las hecatombes de animales en tales fechas, representaba todo lo contrario de la prescripción mística y la orden catártica, ya que en tales fechas era absolutamente prohibitivo para los iniciados alimentarse de carnes.

De este modo, aprovechaba el filósofo las formas de la tradición conciliándolas con la veracidad astrológica del rito durante la *tetrada sagrada* a la que alude en sus VERSOS.

Girad sobre vosotros al adorar

En este SÍMBOLO se esconde la práctica en los misterios pitagóricos, de las danzas solares y planetarias, o sea, toda la trascendencia mimada del ritual cíclico estelar.

Pitágoras hizo una adaptación occidental, para su escuela, de las danzas de los magos caldeos, y en ellas perfeccionó el conocimiento de la astrología en relación con la magia operativa del influjo astral, el arte magna y su definición filosófica.

Equivalía también este SÍMBOLO a la insinuación de que el individuo, durante sus meditaciones, debía partir del centro de su propia naturaleza cósmica hasta el círculo de su eternidad.

Esa centralización objetiva y subjetiva a un tiempo, sobre todo en los periodos de la crucifixión cardinal, o sea en los cuatro periodos mencionados del año, así entendida, poseía una efectividad enorme. La colaboración de las fuerzas universales —al observarse el giro de sus huestes angélicas representativas y evocadas en cada periodo determinado—, confería al ejecutor de tan simple cuan hondo ritual solar, una formación tan íntegra, una capacitación tan esplendorosa, que ese solo capítulo, de la enseñanza esotérica pitagórica, sería capaz de sustentar a millares de generaciones enlazando en la forma más noble el remoto pasado con el lejano futuro.

No os miréis al espejo a la luz de la antorcha

La enseñanza de este SÍMBOLO radicaba principalmente en la advertencia de que el pitagórico tuviera siempre en cuenta el "no mirarse a sí mismo", sobre todo cuando se hallaba dedicado a las cosas de sabiduría o a menesteres de significación divina. La

actitud impersonal debía cultivarse mejor aún; la ductilidad en apartar de la mente la propia imagen y el interés propio, dependía de una sucesión de factores que hacían transparente la personalidad. Entonces, ya no devenía valla para el alto fin propuesto.

Convenía pues ante todo, que el pequeño yo personal no se cristalizara, no se endureciera a espaldas de la propia conciencia. Necesariamente debía ser reconocido y vigilado en cuanto intentara interponerse sutilmente en el camino del desprendimiento, para no dificultar la acción creciente de la contraparte superior del individuo. Ya que si lo divino manda en el hombre, todo elemento personal y particularizante, permanece sumiso a las superiores órdenes.

El ejercicio de la sabiduría, el brillo y la lucidez mental, la pronta y sutil receptividad a todo dictado oculto, la percepción y rendimiento a la ayuda oportuna del *daimon* o genio tutelar de los griegos, exigía ese no pensar en uno mismo, ese *no mirarse al espejo,* cuya imagen reflejada es símbolo del doble inferior, de la engañosa y cambiante envoltura del ego, según la interpretación filosófica de esta imagen de los pitagóricos.

No comáis los sesos

Conducía la interpretación de este SÍMBOLO a la natural instintiva discriminación de los recuerdos, a esa rumia improductiva del pasado en que, a menudo se detiene la mente de los que son incapaces de relegar las propias formas mentales inútiles al desván de lo inservible.

El individuo armónicamente desenvuelto, ejerce un dominio absoluto sobre sus formas mentales. Entre el instinto y la conciencia, se efectúan gradaciones tan sabias y sutiles, que el registro de lo positivo y el desecho de lo negativo, deben hallarse a primer plano de esa silente labor selectiva que ejerce el individuo consciente sobre su mecanismo mental y sus facultades espirituales.

Merced a esa teoría, los pitagóricos podían evadirse del elemento corrosivo de los remordimientos por un lado, y de las evocaciones sensuales por otro, ya que la práctica de la pureza inherente a su sistema integral de vida, contribuía en gran medida a su logro.

No volver sobre lo pasado significa, en suma, un acelerado método de autosuperación, un reforzamiento de la mente superior, un incremento de salud interna y externa, y el primer paso hacia la liberación.

No comerse los sesos era no sólo conocer, sino practicar esa limpieza mental del subconsciente que permite transferir a experiencia esos frecuentes e inopinados obstáculos síquicos que dificultan el equilibrio y enmohecen el funcionamiento de los superiores mecanismos del yo superior.

Dejad pasar el rebaño

Es frecuente y reconocida la atribución de "rebaño" a la humanidad inconsciente y gregaria, guiada por las costumbres y la rutina, sin apenas elementos de reacción, incapaz de mentor interno propio.

Los pitagóricos querían significar con esta frase, que debían mantenerse apartados de las grandes corrientes avasalladoras del pensamiento y de la emoción, que movían de un lado para otro a la sumida humanidad.

El pitagórico, por el contrario, debía ejercer una absoluta y justa discriminación de los hechos y de las causas, buscar la verdad, el contenido substancial a través de las formas acatadas, vislumbrar su lección vigente y sus fórmulas de desecho, desgajándose de la vida vulgar y planteándose en todo momento su significado y experiencia y creando su propio eficiente modo de vida.

La independencia, la libertad absoluta del pensamiento, lograda la impersonalidad y eliminadas todas las formas, aun las más sutiles, del odio y la separatividad, permitían antes y ahora otear todo acontecimiento desde una altura, indagando su anticipada perspectiva, no confiando sólo al tiempo la razón última de las cosas.

"Dejarlo pasar" equivalía a ser espectador de la vida. Pitágoras estimaba que esta actitud serena era la más noble posición del verdadero filósofo. Ser espectador en todo momento, requería un conjunto de condiciones propias que sólo un largo ejercicio y un conocimiento profundo de la humanidad, podían otorgar.

No echéis piedras en las fuentes

Las fuentes eran, simbólicamente, los orígenes.

En el sentido poético, las fuentes o los orígenes, eran la leyenda y la epopeya. En el sentido representativo, los mitos, siempre de raíz iniciática, entrañaba la lección filosófica y la palabra divina. A través de la imagen poética con que se representaban, tenían una doble acción, directa e indirecta. Por la leyenda, recreaban y enseñaban; por su simbolismo, retenían una lección trascendente. Su envoltura de belleza era el elemento mediador, elevadamente plasmable, ya que donde hay belleza, según los griegos, hay divinidad.

En lo religioso, las *fuentes* eran el oculto origen de los ritos, o sea, su derivación y empalme, su recorrido y cauce histórico según la determinante de los astros. La acción directa de la magia celeste por las prescripciones astrológicas.

En arte era la danza rítmica y planetaria; en poesía, el exámetro profético y el himno de la evocación y exaltación divina; en arquitectura, los cuerpos básicos geométricos, el módulo iniciático de proporción, de acuerdo con el "número de oro" o cifra que determina la ley armoniosa de las formas, de acuerdo con la música de las esferas; en pintura, la sinfonía cromática que se deriva de la descomposición de la luz, con la septenaria vibración de los planetas que intervienen en la composición terrestre y los cuerpos del hombre, desde lo más denso a lo más sutil; en música, era la gran sinfonía interplanetaria en torno al gran creador y conductor, el espíritu solar, padre de nuestro universo, y en filosofía, la fuente era la dialéctica inspirada, el hallazgo de la sabiduría verdadera, la articulación perfecta del pensamiento, la captación de las ideas madres.

No comáis de la mano izquierda

El sentido de este SÍMBOLO es notorio. Sin embargo, entre los pitagóricos se desdoblaba en una interpretación de índole material y otra espiritual, como ocurre en multitud de SÍMBOLOS.

En el sentido exotérico, comer de la mano izquierda quería significar hacerse con medios de vida ilegítimos, vivir del favor, trabajar en menesteres turbios, o que en alguna forma pudieran dañar a otros. Todas las formas de la ilegalidad, el desdoro o la codicia se

englobaban en esta parte concreta de la interpretación del SÍMBOLO; era, en suma, una advertencia contra la inmoralidad de las ganancias en sus múltiples formas y derivaciones, ya que la claridad y la rectitud eran normas básicas de la vida pitagórica.

Por lo que respecta a su sentido esotérico, la enseñanza iba encaminada a precaver al discípulo contra lo que en nuestros tiempos se llama, en lenguaje ocultista, el *sendero de la izquierda,* o sea, contra las prácticas que conducen directa o indirectamente a la magia negra. Todas aquellas aportaciones, desenvolvimientos, conocimientos o prácticas que giren, como finalidad, en torno a, un interés individual o a un incremento de la personalidad, o a apetitos inconfesables, pertenecen al sendero de la izquierda.

La impersonalidad, la generosidad, el más elevado interés común por encima de toda forma de gratificación o de codicia, correspondían a las formas superiores de la elegancia pitagórica.

Anhelar el bien y la liberación de nuestros semejantes, constituye una norma sin desvíos para aquel que practica la sabiduría. He aquí la lección de este SÍMBOLO ético básico en las doctrinas pitagóricas.

No durmáis sobre la tumba

Para interpretar rectamente este "símbolo", hay que poseer algunos antecedentes de las costumbres griegas respecto a los muertos.

Entre los antiguos era frecuente la evocación de los desencarnados. La costumbre más generalizada era dormir sobre su tumba con el pensamiento puesto en el alma traspasada a la que se deseaba consultar, o simplemente establecer contacto consciente con el difunto. Si se deseaba su aparición, su percepción materializada, se acompañaba esta práctica echando la sangre caliente de una víctima animal recientemente sacrificada, por un agujero abierto en la fosa subterránea y que comunicaba, según costumbre, con el cuerpo del desencarnado al que se deseaba evocar. Estas prácticas necromántica se hallaba muy generalizada y, por lo común, surtía el efecto apetecido.

Pitágoras, como todo verdadero iniciado conocedor del proceso de la muerte física, desaprobaba esta forma de comunicación con los difuntos, porque representaba una regresión para el desencarnado en su proceso natural de desmaterialización lenta, de desprendimiento de los lazos físicos y de las cosas y los seres del plano material. La sangre ha sido, desde los atlantes, el agente poderosísimo de esa índole —reprobable en la mayoría de los casos—, de evocación y materialización de los que han abandonado el cuerpo físico. Pitágoras, conocedor como alto iniciado, de ese proceso, aconsejaba facilitar el proceso de la muerte, no entorpecerlo, liberar al desencarnado, no retenerlo.

No amenacéis a los astros

Querían con ello significar los pitagóricos que nunca debe uno rebelarse contra el destino. Por duro que nos parezca —no que en realidad lo sea— siempre se halla determinado sabiamente por la ley de causa y efecto. La reacción se halla equiparada a la acción que la promueve. Esa ley del número y medida que rige los astros, gobierna también nuestro destino de acuerdo con el axioma hermético: "Lo de abajo es como lo de arriba, lo pequeño es como lo grande."

Oponerse a esa ley es no sólo cobardía o ignorancia, sino exponerse a que la

misma fuerza subversiva o desarmonía creada, produzca efectos que agraven todavía las desastrosas causas creadas con anterioridad. La ira crea formas terribles de agresión en los planos sutiles y retornan por reacción natural, sobre su creador.

Por ello aconsejaba Pitágoras no amenazar a los astros. Pero no sólo es capaz de amenazar a los astros aquel que se yergue contra esas leyes sapientísimas por ignorancia; los pitagóricos de los grados superiores tenían conocimiento de la astrología esotérica y sabían traducir el orden de los ritmos estelares sobre los acontecimientos concretos. Conocían, en suma, los designios de la *moira* que en oriente se llama *karma* sobre los acontecimientos históricos y sobre las vidas individuales.

Ese superior conocimiento equivalía a ser colaborador eficaz de esa providencia infinita que rige nuestra evolución hacia un máximo bien final, y que cuando nos envía lo que comúnmente llamamos males, no hace más que ofrecernos el medio apropiado de perfeccionamiento que los astros, ejecutores de nuestro destino presente, determinan; o sea, nos ofrecen el bien que necesitamos, y que nuestra ignorancia interpreta en forma opuesta.

Hacer amistad con los astros, ofrecerse a sus designios, hacerse dúctil a sus dictados, es la más sabia moral de la vida. Desarmados contra la protesta que en su forma pasiva, es tristeza y dolor, renace entonces, en nosotros, la comprensión y la alegría, la mejor forma de anular, por superación, los negativos actos pasados. Ya que el tiempo no cuenta para el que obra con sabiduría.

El juego de los astros, los designios celestes, nos ofrecen siempre el medio apropiado de perfeccionamiento, el más justo a que podamos aspirar en tanto nos hallemos en trance de crecimiento.

V
La herencia del filósofo de Samos

PITÁGORAS

La tradición hablada o escrita, ha atribuido al mismo Pitágoras estos pensamientos. Por ello, y a pesar de que abunda la opinión de que nada dejó escrito, los transcribimos bajo el epígrafe de su nombre por su profundidad, su sazón y su belleza. Fueron estas sentencias publicadas en Francia por un autor anónimo del siglo XVIII con el título de: *Les voyages de Pythagore,* y traducidas y seleccionadas por el culto pitagórico, doctor Eduardo Alfonso.

No debe hablarse sin antorcha de las cosas divinas.

Purifica tu corazón antes de permitir que el amor se asiente en él. La miel más dulce se agria en un recipiente sucio.

Respeta la seguridad que acompaña a la inocencia.

¡Esposos! ¿Deseáis un hogar feliz? Que vuestras almas, siempre al unísono, se parezcan a dos cítaras en armonía, encerradas en un solo estuche.

Tomad como símbolo la Esfinge[1] de Egipto: no seáis más que uno.

Jóvenes esposos, sed tan discretos en el amor como los iniciados en los grandes misterios.

Mujer, sé la túnica de tu marido. Marido, sé la capa de tu mujer. Ama a tu compañero como a ti misma. Encinta y madre, ámalo más profundamente. Viuda, ama a tu difunto como a un esposo ausente.

¡Mujeres de Crotona y de todas las ciudades del mundo! Honrad la memoria de Teano, esposa de Pitágoras. Interrogada sobre el número de días que necesita una mujer para ser pura después de haberse relacionado con un hombre, exclamó: "Si ha sido con su esposo, lo está inmediatamente; si ha sido con otro, no lo estará jamás."

Las cosas se amoldan frecuentemente sobre las palabras.

El seno maternal es la propiedad del niño como la tierra es la del hombre. El niño recién nacido no tendrá más nodriza que su madre.

Sólo los padres déspotas castigan a sus hijos como se golpea el plomo para que adopte la forma deseada. Permitios solamente modelar con los dedos esta blanda cera.

Corrige severamente a tu hijo culpable de la muerte de un insecto: el homicidio ha comenzado así.

Da a tus hijos lecciones de danza para acostumbrarles a los movimientos regulados del alma. El alma no tiene permanencia en un cuerpo rebelde a la armonía.

No levantes el hacha contra el árbol plantado por tu padre.

¡Hombre de estado! Antes que dar leyes al pueblo, aprende las de la armonía.

No emprendas la reforma de una gran nación. Un gran pueblo es una monstruosidad, una institución contra natura.

Pesa las leyes en el peso del pueblo que te las pide.

Legislador, sé matemático. No debes expresarte más que por medio de axiomas.

Que la ley sea el dulce freno de las pasiones públicas.

---

1 La Esfinge representa a un ser andrógino.

No ensanchéis lo más mínimo el círculo de las leyes naturales. La naturaleza, trazándolo con su dedo inmortal, ha dicho a la razón humana: no irás más allá de él impunemente.

Magistrado, no hagas nunca de la ley un arma homicida. Que todo lo más, se convierta en tus manos en una férula.

Castiga al ciudadano a la tercera falta, y al magistrado a la primera. Mas si puedes, borra de tus códigos, legislador, la palabra "castigar", sinónimo de venganza e injusticia, y substitúyela por las expresiones "prevenir" e "impedir".

En vez de descender hasta el pueblo, elévale más bien hasta ti.

Siéntate, para hablar al pueblo de pie.

Hombre de Estado, aprende la ciencia de los números para colocar en su debido lugar, a los hombres.

Haz entrar los campos en la ciudad.

La libertad es cosa santa.

No hay mayor escándalo que ver a un hombre mandar sobre los demás hombres.

Legislador, no prostituyas la libertad, que es la ambrosía del sabio.

Pueblos, haceos vosotros mismos la felicidad sin esperarla del gobierno. Las abejas son felices bajo la monarquía; las hormigas son dichosas en república.

Evitad ante todo una organización sin nervios, una administración sin capacidad y el lujo en la mesa.

Tomad del sabio el aceite de su lámpara.

¡Legisladores! ¡Magistrados! ¡Ciudadanos! Rendid culto asiduo a la justicia, la primera de las virtudes cívicas, la gran divinidad de los imperios, la única providencia de las naciones.

Crotoniotas, colocad al maestro de lira cerca de vuestros magistrados.

Pueblo; si formas rebaño, soporta a los pastores y a los perros.

Honrad todos la memoria de Numa. Este legislador quería que todo ciudadano tuviese un campo.

Da de comer, antes que a nadie, a los animales que trabajan para tí.

No vendimies del todo tus viñedos; deja a lo largo del camino algunos racimos para el viajero sediento.

Pueblos, realizad el deseo de los sacerdotes de Egipto en favor del establecimiento de un idioma único que unirá a todos los hombres.

Si se os pregunta: ¿Qué es la filosofía? Responded: Es una pasión por la verdad que da a la palabra del sabio el poder de la lira de Orfeo.

Si se os pregunta: ¿En qué consiste la felicidad? Responded: en estar de acuerdo con uno mismo; el alma bien armonizada es feliz.

El comienzo de la sabiduría es el silencio.

Cultiva asiduamente la ciencia de los números. Nuestros vicios y nuestros crímenes no son más que errores de cálculo.

Mide tus deseos, pesa tus opiniones, cuenta tus palabras.

Ponte en guardia contra la rutina que familiariza al hombre con la esclavitud.

Prefiere el bastón de la experiencia al carro veloz de la fortuna. El filósofo viaja a pie.

Escoge siempre el mejor camino. Por penoso y difícil que sea, la costumbre te lo hará fácil y agradable.

Sé sobrio. En un cuerpo grueso, enflaquece el alma.

No gastes más tiempo en preparar tus alimentos que en consumirlos.

No hagas de tu cuerpo la tumba de tu alma.

Para tener grandes ideas, rodéate de bellas imágenes.

Los pensamientos de los hombres son semejantes a los colores: deben su existencia a la reflexión de la luz[1].

Aprende la ciencia de los astros antes que la música. El cielo planetario es más armonioso que ella.

Reconoce el gran ternario de la belleza, la verdad y la bondad.

No admires nada excesivamente.

Sé plenamente hombre antes que semidios.

Nunca te creas más sabio que otro. Esto probaría que no lo eres.

Hombre de genio, no digas jamás: yo he inventado. En este mundo todo son reminiscencias.

No desprecies a nadie.

Que tu casa, aislada como los templos, reciba los primeros rayos del sol. No construyas tu casa tan grande que alojes en ella cosas superfluas.

Que puedas escribir sobre la puerta de tú casa lo que otros no escriben más que sobre su tumba: éste es un lugar de paz.

No aspires nunca a la vanidad de ser rico. Contribuirías a que hubiesen más pobres.

Entrégate al deseo natural de ser dichoso. Hay felicidad para todo el mundo.

Sé feliz con poca cosa.

No mojes tu pan en las lágrimas de tus semejantes ni en la sangre de los animales.

No seas tirano de nadie, ni siquiera de tu perro.

No seas tampoco de nadie esclavo.

En tanto tu corazón permanezca callado, cierra la boca.

Entra en casa del sabio: esté o no en ella, siempre saldrás mejorado**.**

Sé amable y sabio a la vez. La vista de un sabio amable es el más bello de todos los espectáculos.

No cantes, sino acompañado de la lira.

No hables de Dios en la plaza pública ni de asuntos públicos en el templo de Dios.

No interrumpas a una mujer cuando danza para darle un consejo.

Hombre de genio, sé fundador de una escuela y no de una ciudad.

Renuncia a la esperanza de mejorar la especie humana mientras continúe siendo vulgo.

No desesperes de la especie humana. No te desanimes; con el tiempo, el barro se convierte en mármol que es materia para un dios.

Descifra lo que puedas del libro de la naturaleza y desecha lo restante. Aquello que no puedas leer, no te atañe.

No temas morir. La muerte no es más que una parada en el camino.

Si se os pregunta: ¿Qué es la muerte? Responded: La verdadera muerte es la ignorancia. ¡Cuántos muertos hay entre los vivos!

Si se os pregunta: ¿En qué consiste la salud? Decid: En la armonía: ¿Y la virtud? En la armonía. ¿Y la bondad? En la armonía. ¿Y la belleza? En la armonía.

---

1 Newton debe a Pitágoras el germen de su teoría de la gravitación y de su sistema de los colores *(Dutens,* citado por el doctor Alfonso).

Y se os pregunta: ¿Qué es Dios? Responded aún: la armonía. Dios es el orden; la armonía por la que existe y se mantiene el universo.

Si se os pregunta: ¿En qué consiste la naturaleza de la divinidad? Responded: En un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna.[1]

---

1 Teoría fundamental del pitagorismo manifestada por su discípulo Timeo en el "Diálogo" platónico de este nombre.

PLATÓN

Después de las máximas atribuidas al propio Pitágoras, las más destacadas de las cuales hemos transcrito, la más pura tradición de la filosofía y la ética pitagórica se hallan en los escritos de Platón, considerado como el más grande de los pitagóricos y heredero directo del HIEROS-LOGOS del maestro.

He aquí algunas de ellas:

Todo lo que se llama indagar y aprender, no es otra cosa que recordar.

Los hombres en proporción de su inteligencia, han aceptado sus derechos trascendentes.

La virtud viene como un don de Dios a los que la poseen.

El alma del hombre es inmortal. En un momento dado, sufre una pausa, que se llama muerte, después de la cual vuelve a nacer. No se destruye nunca. Es nuestro deber, por consiguiente, cruzar esta existencia tan religiosamente como sea posible.

El verdadero filósofo renuncia a cuanto le es posible: a las voluptuosidades, a los deseos, a las tristezas, a los temores.

Nada como el amor puede inspirar al hombre lo necesario para llevar una vida honesta.

Quien ama es más divino que quien es amado, porque está poseído por la divinidad.

El amor es el más antiguo, el más augusto y el más capaz de hacer virtuosos y felices a los hombres durante su vida y después de la muerte.

La música es la ciencia del amor relativo al ritmo y a la armonía.

La ciencia del amor en los movimientos de los astros y de las ostentaciones del año, se llama astrología.

La adivinación es la clave de la amistad que existe entre los dioses y los hombres.

El camino derecho del amor, ya le siga uno mismo o sea guiado por otro, es comenzar por las bellezas de aquí abajo, y elevarse hasta la belleza suprema.

Si algo vale en esta vida, es la contemplación de la belleza absoluta.

Cuando el alma consigue al fin alcanzar la prudencia (armonía en la conducta) y conservarla, es fácil devolver la salud a la mente y al cuerpo entero.

La sabiduría consiste en la mesura, o sea armonía en todo.

Lo que los dioses dicen a guisa de saludo y exponiendo su deseo es: “Sed sabios".

No hay mal posible para el hombre de bien ni en esta vida ni fuera de ella, ya que los dioses se interesan por su suerte.

No debemos responder a la injusticia con la injusticia, ni hacer daño a nadie, ni siquiera a aquel que nos ha dañado.

Bienaventurados los iniciados que llegan al reino de las sombras. Ellos pueden hallar allí la vida donde los profanos sólo encuentran miseria y sufrimiento.

Los dáimones llenan el espacio que separa al cielo de la Tierra. Son el lazo que une al gran todo. De ellos procede toda la ciencia adivinatoria y el arte de los sacerdotes relativo a los sacrificios, a los misterios, a los encantamientos, a las profecías y a la magia. La naturaleza divina no entra jamás en comunicación directa con el hombre. Se relaciona con él por intermedio de los dáimones, ya durante la vigilia o en el sueño.

Los iniciados están seguros de ser partícipes de la compañía de los dioses.

Todas las cosas visibles proceden de la invisible y eterna voluntad que las modela.

Los cielos están plasmados en el eterno modelo del mundo ideal contenido en el dodecaedro, arquetipo geométrico de la divinidad.

En toda república bien ordenada debe dedicarse el primer cuidado al establecimiento de la religión verdadera.

Si la música es la parte rectora de la educación, es debido a que el ritmo y la armonía son particularmente propicios a penetrar en el alma y a conmoverla poderosamente, y a que la perfeccione la belleza que de ello se deriva.

¿Existe deseo más grande que vivir en compañía de un ser gracias al cual se tiene la esperanza de llegar a ser mejor?

No es propio del hombre justo hacer daño a nadie, ni aun a los propios enemigos.

Mientras la justicia mantiene la concordia y la amistad entre los hombres, la injusticia hace nacer, doquiera se manifieste, el odio y la discordia.

No se puede ser dulce sin ser filósofo y son estar ávido de saber.

La excelencia de la palabra, la armonía y la gracia vienen de la sencillez del alma.

La verdadera sencillez sólo se da en los caracteres en que la bondad y la belleza se compenetran.

No hay espectáculo comparable en hermosura al que ofrece el individuo que reúne un alma hermosa y un cuerpo igualmente perfecto.

La armonía y la educación del cuerpo y del espíritu, tornan el alma templada y valerosa.

Busca un espíritu que junte naturalmente la gracia y la medida a las demás cualidades de las almas nobles, y que espontáneamente se deje llevar hacia la esencia de las cosas, y júntate con él.

Pocos son los dignos de desposar a la filosofía.

El bien comunica la verdad a los objetos cognoscibles, como al espíritu, la facultad de conocer.

La virtud y la sabiduría son las únicas riquezas necesarias para ser feliz.

En las desgracias, la aflicción pone una valla a la razón cuando ésta trata de acudir en nuestro auxilio.

Nada hay tan hermoso como conservar la calma en la desgracia, y no rebelarse, ya que no se sabe ciertamente lo que hay de bueno y de malo en tales accidentes.

Nuestra vida es un instante entre dos eternidades.

En un Estado integrado por hombres de bien, se intrigaría por escapar al poder, con el mismo tesón que los demás emplean por ocuparlo.

Jamás el verdadero gobernante se erige buscando su propio interés.

En cuestiones de gobierno, mejor que obligar a los demás es quedar obligado.

Si queréis que los hombres sean valerosos, decidles siempre cuanto sea capaz de librarles del temor y de la muerte.

Si hay algún hombre que se basta a sí mismo para ser feliz, este hombre es el sabio.

La verdadera sencillez sólo se da en los caracteres en que la bondad y la belleza se armonizan.

Muchos jueces y muchos médicos, son señal segura de una educación pública viciosa.

Asclepio no pensó, inventando su arte, sino en aquellos a quienes la naturaleza y un régimen sencillo de vida aseguran una buena salud.

Los ejercicios físicos deben ir, ante todo, encaminados a desarrollar la fuerza moral.

No durará mucho la paz en un Estado en el que no son dichosos sino una clase de ciudadanos.

Se reconocerá a los buenos gobernantes en que poseen, en verdad, oro y plata divinos y para nada quieren el oro y la plata de los hombres, y al contrario.

No hay orden en el Estado en que cada ciudadano no se aplica a la tarea para que ha nacido.

Una buena educación aclara los espíritus.

Todo debe ser común entre amigos.

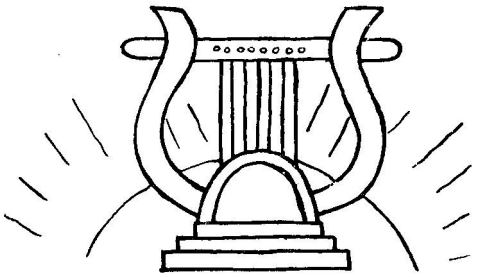
No habrá remedio para los males de los Estados y del género humano, mientras los filósofos no sean reyes (o gobernantes) y los reyes filósofos, y mientras una rigurosísima ley no aparte de los asuntos públicos a aquellos cuyos talentos particulares les empujan exclusivamente a una u otra de estas manifestaciones.

Fácil es la vida para el ordenado, para el ajeno a toda avaricia de goces y riquezas, para el liberado de bajezas, cobardías y vanidades.

Jamás conocerá la dicha un Estado cuyo esbozo no haya sido trazado por esos artistas (los filósofos), que trabajan teniendo a la vista modelos divinos.

No emplees jamás la violencia con los niños, y haz que la educación sea, para ellos, un juego.

Seguiremos incansablemente el camino que conduce a lo alto, y siempre, y en todas formas, practicaremos la justicia y la sabiduría. Con ello, permaneceremos continuamente en paz con nosotros mismos y con los dioses y eso no solamente mientras permanezcamos aquí, sino hasta cuando hayamos alcanzado las recompensas debidas a la justicia. Y seremos felices en la Tierra y más allá de ella.



JÁMBLICO

Griego, neoplatónico. Nació en Siria a fines del siglo m de nuestra era. Estudió la vida y filosofía de Pitágoras con Porfirio, y enseñó esa doctrina en Alejandría, sobre todo en su aspecto teúrgico. Escribió una biografía de Pitágoras y un libro sobre los misterios egipcios, aparte de muchas otras obras perdidas. Concedía Jámblico excepcional importancia al éxtasis místico, unión espiritual con la divinidad.

Algunas de sus máximas:

El exceso de nutrición es nocivo para el cuerpo.

Los teoremas de la filosofía deben saborearse como si fueran néctar y ambrosía. El placer que procuran es verdadero e incorruptible.

Como los misterios menores preceden a los mayores, así la disciplina debe preceder a la filosofía.

DEMOCRATES

Filósofo griego pitagórico del siglo I antes de nuestra era.

Algunas de sus máximas:

Hay que abstenerse del pecado, no tanto por temor como por bien parecer, (Elegancia pitagórica.)

Es conveniente no sólo abstenerse de injuriar, sino eliminar hasta el deseo de la injuria.

Mejor es abundancia de entendimiento que acopio de erudición.

Preferible es que el consejo preceda a las acciones a que el arrepentimiento las siga.

Tener siempre la intención de actuar, torna la voluntad imperfecta.

La ignorancia de lo excelente es causa de error.

Antes de realizar cosas indignas, debería el hombre respetarse a si mismo.

Demuestra petulancia hablar continuamente sin estar dispuesto a escuchar.

Porque somos hombres, compadezcamos, en vez de escarnecer, las calamidades ajenas.

Los que tienen el hábito de condenar, difícilmente practican la amistad.

Propio es de una inteligencia divina pensar siempre en lo hermoso.

El que cree que la divinidad lo ve todo, no pecará en público ni en privado.

Mejor que alabarse es ser alabado.

Si no puedes, en verdad, atribuirte los elogios recibidos, considéralos adulación.

El mundo es una escena. La vida una transición. Venimos, vemos y partimos.

DEMÓFILO

Historiador griego de fines del siglo IV a. C.

He aquí algunas de sus máximas:

La vida afinada, armonizada intencionadamente y misericordiosa, a semejanza de un instrumento musical, se torna más agradable.

La razón, como un buen alfarero, da hermosa forma al alma.

El hombre bien educado deja la vida con elegancia, como si fuera un banquete.

"El justo medio es excelente", dice uno de los sabios.[1]

No pidas a la divinidad lo que no intentes conservar siempre, porque ningún don divino puede ser quitado.

La divinidad envía el mal a los hombres no como venganza, sino como purificación.

Cuando deliberas si has de injuriar o no, sufres el mal que vas a cometer a otro.

Consulta y medita profundamente antes de obrar o de hablar.

La divinidad estima más que las palabras, los actos del sabio, ya que éste la honra aun callando.

Una alma divinamente inspirada se une estrechamente a Dios, ya que las cosas homogéneas se atraen.

Conversa más contigo mismo que con los demás.

Si piensas que la divinidad te acecha doquiera, venerarás a esa entidad

omnipotente y la considerarás tu más íntimo asociado.

El amor sigue a la reverencia, como el odio al temor.

No es libre aquel que no haya obtenido el dominio de sí mismo.

Haz cosas grandes sin alardear de ellas.

Nuestra naturaleza se halla enraizada en la divinidad, de la que procedemos. Así, en ella debemos crecer y florecer.

La divinidad no puede hallar en la tierra aliado más conforme a su naturaleza, que un alma pura y santa.

1 Se refiere a Pitágoras, a quien los discípulos no nombraban

SEXTO

Filósofo griego del siglo II, nieto de Plutarco y maestro de Marco Aurelio.

He aquí algunas de sus máximas:

Hay en ti mismo algo que te asemeja a Dios. Hazle en tí, su templo.

Considera perdido todo el tiempo que no consagres a la divinidad.

Desea siempre que te ocurra lo conveniente, y no lo agradable.

Como quisieras se comportara tu prójimo con respecto a tí, obra así con tu prójimo.

E1 uso de los animales como comida es indiferente, aunque es más racional abstenerse de ellos.

Todo lo que el hombre tenga, además de lo necesario, le es hostil.

No desees tesoros, sino aquellas cosas de las que nadie puede privarte.

El mayor honor que puede tributarse a Dios es conocer e imitar Su perfección.

Trata a todos los hombres como si fueras su guardián después de Dios.

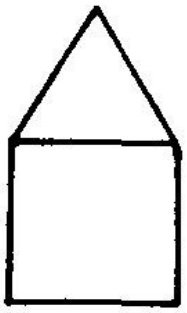
El que trata mal a la humanidad, se maltrata a sí mismo.

Desea beneficiar a tus enemigos. No está en nuestro poder el vivir, pero sí lo está vivir rectamente.

Invoca a Dios por testigo de todas tus obras.

El sabio forma parte de la divinidad. El temor a la muerte entristece sólo a aquel que desconoce la naturaleza de su alma.

No hables de la divinidad al alma impura.



ESTOBEO

Pitagórico del siglo VI de nuestra era. Compuso una ANTOLOGÍA, síntesis de toda la antigua filosofía griega. A través de él ha llegado a nosotros gran parte de su sabiduría.

Algunas de sus máximas:

Lo que no debas hacer, arrójalo del pensamiento.

Dijo Pitágoras que se debe elegir la vida más excelente porque luego la costumbre la hará agradable.

Todas las formas de la vida humana deben ser hermosas como las de una estatua.

Sé sobrio. Disponte a crear. Tales son los nervios de la sabiduría.

No sientas necesidad de nada, ya que en poder de la fortuna está dar y quitar.

El viento incrementa el fuego; la costumbre, el amor.

Dijo Pitágoras que se debía callar cuando la palabra no valía más que el silencio.

Al preguntar a Pitágoras como debía comportarse un individuo con su patria cuando lo trataba mal, respondió: "Como con una madre."

Cualquier país sirve de residencia al sabio, ya que el mundo entero es patrimonio del alma digna.

Pitágoras y Platón decían que no debía considerarse la vejez como el fin de la presente vida, sino como el inicio de otra mejor.

ARQUITAS

Gobernador de Tarento, admirable político y pitagórico. Se halló en posesión del HIEROS-LOGOS del maestro Pitágoras que transfirió a Platón. Fue uno de los más esclarecidos pitagóricos de la pasada era.

Algunas de sus máximas:

La dicha no es otra cosa que el uso de la virtud en la prosperidad.

Yo llamo sabiduría a la ciencia de los dioses y los dáimones; prudencia a la ciencia de las cosas humanas, la ciencia de la vida.

La felicidad consiste en la contemplación y práctica de lo bello.

La prosperidad es más difícil de soportar debidamente que la adversidad.

Hay una medida, un límite de prosperidad y éste es el que el hombre honrado debe desear. Asimismo hay una medida para el tamaño de un navío y la longitud del timón. Ya que el exceso de prosperidad hace que, aun entre los hombres honrados, no sea el alma la que dirige sino que, por el contrario, es la prosperidad la que gobierna al alma. Lo mismo que una luz demasiado intensa daña los ojos, así demasiada prosperidad deslumbra la razón.

No es la posesión de la virtud lo que constituye la dicha, sino el uso que de ella se hace.

Se puede decir que la filosofía es el deseo de saber y comprender las cosas por sí mismas, unido a la virtud práctica, inspirada por el amor y realizado por ella. El principio de la filosofía es la ciencia de la naturaleza; el medio, la vida práctica; el fin, la ciencia misma.

Hay en la vida dos direcciones rivales que se disputan la preeminencia: la vida práctica y la vida filosófica: la más perfecta es la que suma entrambas para llegar a la armonía.

En todas las cosas es preciso considerar el fin y esto es lo que hacen los pilotos, que tienen siempre presente en su mente el puerto a que dirigen la nave.

No son, en verdad, felices los que tratan de suprimir la belleza moral descartando toda discusión y toda reflexión sobre este asunto, buscando el placer en la ausencia del dolor, en los goces físicos primitivos y simples, en las inclinaciones irreflexivas, tanto del cuerpo como del alma, y honrándolas como si ellas constituyeran la belleza misma. Estos cometen una doble falta rebajando el bien del alma y sus funciones superiores al nivel de su cuerpo; y elevando el bien del cuerpo al alto grado que debe ocupar el goce anímico.

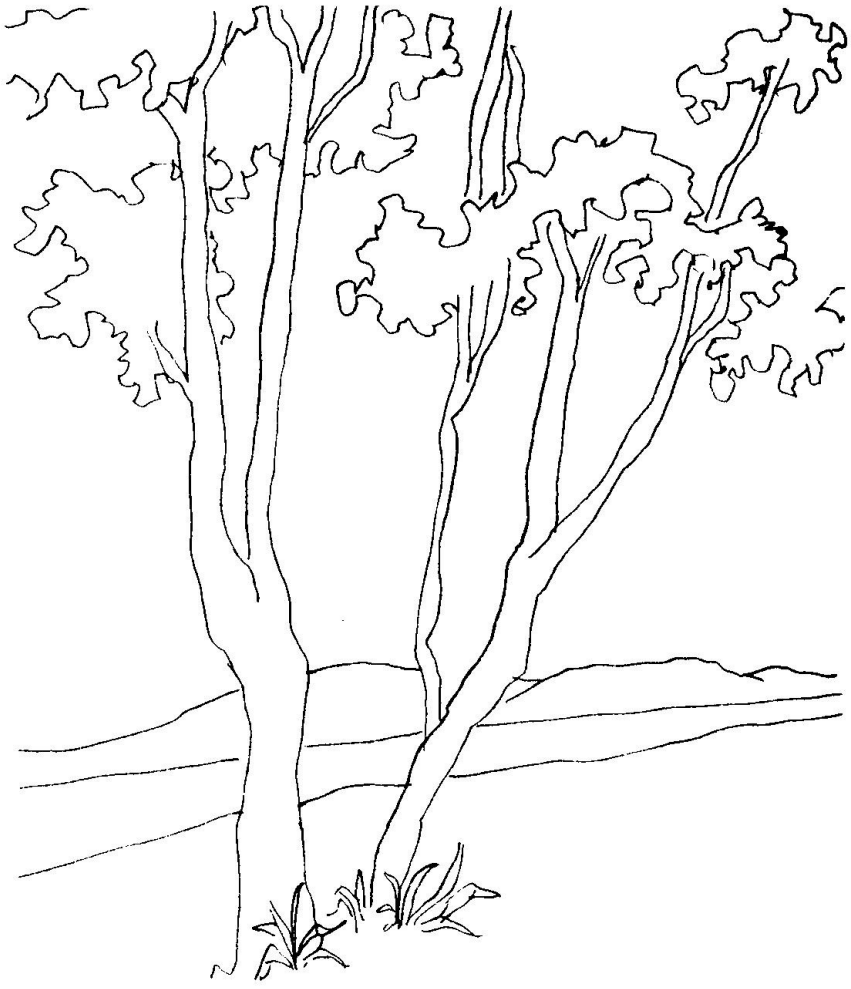
Las facultades de orden físico no deben ser más que instrumentos de la actividad intelectual, si se quiere que ésta sea perfecta en poder, duración y riqueza.

La ley es, con relación al alma y la vida del hombre, lo que, en verdad, es la armonía en relación con la voz y el oído.

La ley es esencial. Por ella, el rey es legítimo. De ella saca el magistrado sus poderes. Por ella, el que es mandado conserva su libertad y toda la sociedad es feliz bajo su amparo. Cuando la ley es violada, el rey no es más que un tirano, el magistrado carece de derecho, el que es mandado cae en la esclavitud y la sociedad entera en la desgracia.

De la cooperación armoniosa entre los de arriba y los de abajo, nace la virtud que, desviando los placeres y las tristezas, conduce el alma al bienestar y a la armonía. Las leyes deben inscribirse, no en los edificios y sobre las puertas, sino en lo profundo del alma de los ciudadanos.

El verdadero jefe no sólo debe tener aptitudes para mandar bien, sino, además, amar a los hombres.



APOLONIO

Nacido en Tiana, Capadocia griega en el siglo I de nuestra era, fue el más destacado pitagórico de la antigüedad en el sentido místico y taumatúrgico. Verdadero "hijo del Silencio", peregrinó por todo el mundo conocido, sembrando su iluminación y su sabiduría, purificando los ambientes, encauzando y aconsejando a los hombres de más responsabilidad, revitalizando la enseñanza de las comunidades y devolviendo la pureza y la fuerza al ceremonial de los templos paganos. Sus poderes sobrenaturales, que han dado origen a la leyenda de su vida milagrosa, han justificado su epíteto de "Cristo Pagano". En sus ocultamente orientadas peregrinaciones, fue sembrando talismanes poderosamente magnetizados para que sirvieran de germen a presentes y futuras labores espirituales. Visitó, también con tal objeto, el sur de España.

Algunas de sus máximas:

A Damis, su discípulo. He visto hombres que habitan la tierra sin habitarla, que defienden ciudades sin defenderlas y que no poseen nada, poseyendo lo que otros poseen.

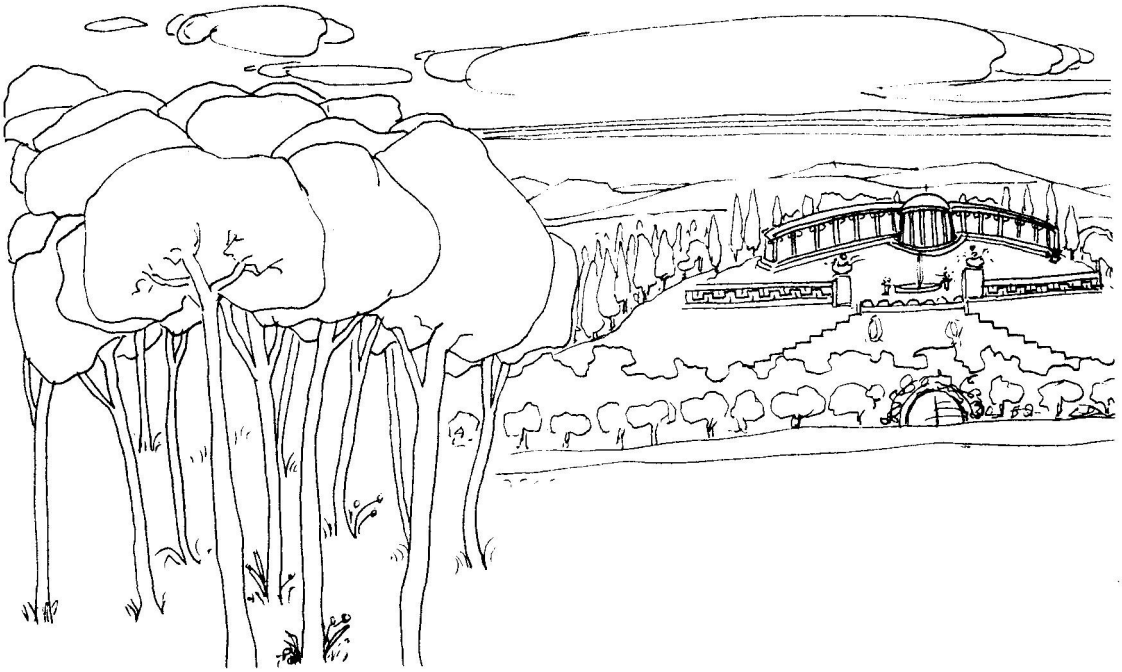
Al cónsul romano Telesino. La filosofía es un perpetuo estado de inspiración. No teniendo nada, se poseen todas las cosas.

Al centinela de Babilonia. Toda la tierra es mía.

A Gritón. Pitágoras dijo que la medicina es la más divina de las artes; pero es menester que el médico se ocupe del alma al mismo tiempo que del cuerpo. Porque: ¿Cómo podría considerarse sano un ser cuya parte más importante estuviera enferma?

A Valerio asiático, cónsul, en la muerte de su hijo. Nadie muere como no sea en apariencia, de la misma manera que nadie nace como no sea también aparentemente. El paso de la esencia a la substancia, eso es el nacimiento, así como la muerte es el de la substancia a la esencia. En realidad, nadie nace ni nadie muere. ¿Cómo un error tan grosero ha podido subsistir tanto tiempo?... No son los individuos visibles los que se modifican; es la substancia primordial la que se modifica en cada uno de ellos. Ella es la que es, y hace ser infinitas sus modificaciones; es la eterna deidad despojada de su nombre y figura para no tener más que los nombres y formas de cada individuo. Si consideramos la verdad, no hay que deplorar la muerte, sino honrarla... ¿Y cuál puede ser la manifestación más honrosa, conveniente y digna? Pues dejar a Dios los que han entrado en su seno, y gobernar a los hombres que os han sido confiados como lo haréis en adelante. Si existe un orden en el universo —y es seguro que lo hay—, ese orden está regulado por la divinidad, El justo, pues, no deseará las dichas que no tiene, porque ese deseo procede de una preocupación egoísta y contraria al orden. Por ello, estimará como una dicha todo cuanto acaezca. Avanzad en la sabiduría y procurad curar vuestra alma. No penséis en vos antes que en los demás, sino todo lo contrario. ¡Cuántos motivos tenéis, en torno, de consolación! Y el hijo que habéis perdido, ¿no os queda por ventura? Os queda, dirá todo hombre sensato. En efecto; lo que es, no puede perecer; lo que es, siempre perdura y a vuestro lado palpita.

A unos discípulos. Si os decís mis discípulos, decid también que no tenéis nada propio, que no vais a las termas, que no matáis animales, que no coméis carne, que estáis liberados de toda pasión, de la envidia, de la maledicencia, del odio, de la calumnia, del rencor. Que habéis inscrito vuestro nombre entre los que han alcanzado la liberación.



Segunda parte

EL HIEROS-LOGOS, LA PALABRA SAGRADA DE LOS PITAGÓRICOS

I
Origen y tradición del Pitagorismo

Pitágoras, como todos los grandes enviados cíclicos, no dejó a la posteridad nada escrito. Su palabra fue transmitida directa y oralmente a sus discípulos. A través de lo que éstos nos legaron podemos columbrar parte de la sabiduría del maestro, al que se llamó "Luz de occidente".

Los mismos VERSOS ÁUREOS que algunos le atribuyen y que forman la más notable pieza de poesía gnómica,[1] del antiguo patrimonio espiritual de Europa, se deben a su discípulo Lysis, su transcriptor.

Los VERSOS ÁUREOS de Pitágoras se hallan sin duda inspirados en el auténtico HIEROS-LOGOS de los misterios tracios y de las místicas fraternidades de los discípulos de Orfeo.

Tales *Cresmes* eran versos hexámetros de peculiar ritmo cuya adecuada declamación los convertía en palabra mágica, profética y operativa.

La tradición esotérica nos dice que, desde el punto de vista intelectual, eran poemas oscuros, profundos, de difícil comprensión. En momentos oportunos y con la clave transmitida, daban razón de las causas y finalidad de los acontecimientos. Sólo eran consultados en los momentos solemnes, cuando la situación lo requería, ya que se consideraban el más infalible oráculo de la antigüedad. Su lenguaje y sonido, debidamente recitados, establecían una vibración que sintonizaba con las fuerzas estelares en los momentos astrológicamente propicios. Su estructura poética se basaba en el número y la medida, o sea, en el llamado "número de oro" cuyo conocimiento no podía ser revelado más que por el Hierofante, el sumo sacerdote de los misterios.

Los VERSOS ÁUREOS de la tradición pitagórica que han llegado hasta nosotros, fueron inspirados en la parte ética y mística, en los himnos órficos, y tuvieron una finalidad más exotérica, gnómica o didáctica. Fueron la norma de conducta, la guía segura, armoniosa y proseguida de la moral cotidiana de los pitagóricos en el internado de Crotona y en las fraternales colonias que de él se derivaron. Constituían, por decirlo así, la espina dorsal de la escuela y eran recitados diariamente y observados religiosamente sus preceptos en todas las horas del día, de acuerdo con los grados progresivos del sistema pedagógico en ella instituido. Para los ya iniciados que habían trascendido la enseñanza de los cursos, cada frase de los VERSOS tenía su desdoblamiento, su trascendente significado y poder, que escapaba a la comprensión de los profanos.

En Alejandría, muchos de los primitivos secretos fueron revelados. El sincretismo imperó en aquella sabia Babel del mundo antiguo, en la que confluían las corrientes espirituales de Oriente y las de Occidente. A la sazón, un pitagórico alejandrino, Hierocles, transcribió los VERSOS ÁUREOS dando a conocer unos comentarios alusivos que han llegado íntegros hasta nuestros días. Esos comentarios sirvieron de regla de conducta en las lecciones que se daban en el aula pitagórica de Atenas, todavía, durante el siglo v de nuestra era.

Aparte de esta modalidad más externa y divulgada de los VERSOS ÁUREOS de Pitágoras y de sus diversos comentarios y trabajos exagéticos, existió una vinculación secreta del auténtico HIEROS-LOGOS pitagórico. Esta "palabra sagrada" vivificó las

---

1 Poesía ética y sentenciosa.

sucesivas generaciones de afiliados a la noble institución de la Magna Grecia y jamás fue divulgada ni conocida.

Al morir el maestro de Samos, confió a su hija Damo, su heredera espiritual en la regencia de las distintas y esparcidas comunidades derivadas de su escuela, un manuscrito que contenía la esencia de su doctrina y el método de su enseñanza. Pitágoras se servía de ese manuscrito como norma para sus lecciones, en las etapas más avanzadas de su magisterio en el instituto pitagórico de Crotona.

A base de esas lecciones pudo Damo seguir dirigiendo, alentando, instruyendo y vivificando, después de la destrucción del Instituto y de la muerte de su padre, los dispersos grupos y hermandades de pitagóricos establecidas en Sicilia y en toda la península itálica. H. P. Blavatsky hace alusión en su obra capital, *La doctrina secreta* a ese manuscrito privado diciendo que pasó a manos de Arquitas, el destacado pitagórico tarentino, discípulo y colaborador de Damo. De Arquitas pasó el precioso guión a poder de Platón, llamado por sus contemporáneos "el más sabio entre los pitagóricos".

Por otra parte, un comentarista y biógrafo de Pitágoras y de los más eximios pitagóricos, tan autorizado como Diógenes Laercio[2] nos cuenta que Platón compró a los parientes del pitagórico Filolao de Crotona un libro que contenía la tradición secreta del mundo desde sus orígenes en la remota Atlántida. Este libro lo glosó después el "divino" filósofo en el más profundo y pitagórico de sus diálogos: "El Timeo" y también en "El Critias".

Demetrio, otro pitagórico, confirma esta verdad diciendo que Filolao fue el primer pitagórico que reveló ciertos secretos sellados de la escuela.

Este archivo secreto que pudo obtener de varias fuentes directas, Platón, se revela, de manera velada, a través de la mayor parte de sus famosos "diálogos" que en forma más o menos fiel han llegado, a través de los siglos, a nuestro conocimiento.

Toda la trama ascendente de la filosofía pitagórica, la substancialidad mística, el contenido esotérico, enmarcados en una dialéctica maravillosa de estructura netamente pedagógica, circulan por esos "diálogos" de trasfondo teosófico.

En ellos descubrimos la ascensión o transmutación; del amor, desde el *pathos* humano al *ethos* místico, hasta alcanzar su dimensión universal; la colaboración y la guía a través de los dictados de los dáimones, la *eudaimonía,* "colaboración entre los dioses y los hombres" mediante esos genios protectores; la *teopneusia* o inspiración directa divina; la curación por medio de las *catarsis* o purificaciones integrales; por la terapéutica del espíritu o por determinados ejercicios sintonizados con leyes siderales del ritmo y de la armonía, tan practicada por Pitágoras y sus discípulos, o *teopatía;* los procesos de crecimiento directo, por el fuego solar en nosotros, el gozo exultante de la exaltación mística o *entusiasmo'* (llenedumbre de divinidad). Ese método era particularmente asequible a los pitagóricos, merced a la divisa del constante "contentamiento" que se exigía como premisa previa a todo aquel que codiciaba la categoría de pitagórico.

A través de la riqueza ideológica y filosófica de los "diálogos" platónicos, un conocedor de esoterismo puede seguir el hilo áureo del HIEROS-LOGOS, la herencia espiritual del gran maestro de Occidente.

El conocimiento de las verdades eternas sustentadas por los verdaderos iniciados, fluye por esos "diálogos" y se trasparenta en múltiples ocasiones al evocar la ley de transmigración de las almas en distintos cuerpos o *metempsícosis;* la eternidad del ego y

---

2 "Vidas de los filósofos más ilustres."

su dilatada evolución por la *moira (karma* de los orientales) ley de armonía de la acción en el tiempo; la substancia sutil del mundo que nos envuelve, el *eidolón* plano astral en la literatura teosófica; la luz traducida en fluido magnético vital, *od* o *aur;* la *hylé* o esencia-substancia universal; el plano superior de la mente o substancia inteligible, el *nous;* las normas rítmicas de purificación, de acuerdo con las cuatro ondas anuales de vida universal; el estado de beatitud suprema o cima del alma humana, *epifanía;* la armónica perfección a través del pulimento y conquista consciente de todas las cualidades iniciáticas, *epopteia.*

Sobre todas estas definiciones, planea en los "diálogos" de Platón la revelación del simbolismo de no pocas verdades encubiertas con el poético velo de la leyenda mitológica.

Si a todo este caudal de conocimientos, esta perenne lección profunda y amena, y a este mantenimiento progresivo de la revelación, unimos la calidad ética, el método didáctico y el contenido filosófico, llegaremos a la conclusión de que en la obra platónica se halla, implícita y explícita, la gran lección del HIEROS-LOGOS pitagórico.

Bajo un mismo lema, una alta advocación formativa, y a través de las diversas y definidas personalidades que integran la pléyade de filósofos que frecuentaron la academia, discípulos y compañeros de Platón y de Sócrates —ese divino autodidacto, ese médium maravilloso de los dioses y de los dáimones—, podemos considerar el valor de los "diálogos" como la fuente directa y generosa de la palabra pitagórica.

De directa tradición, aunque más o menos sofisticados, nos han llegado también los *símbolos* a cuyo procedimiento indirecto eran tan afectos los afiliados a la escuela de Crotona. En otro libro seleccionamos algunos de esos *símbolos* de tan difícil interpretación a veces, que conservan todavía un puro significado, un valor esotérico y una correspondiente ética.

Algunos de los más famosos pitagóricos de la antigüedad, glosaron muchas de las verdades del maestro de Samos, y nos han legado el contenido de sus interpretación en las enseñanzas del maestro en forma de máximas sentencias, comentarios y apotegmas.

Conocidas son las de Jámblico, su biógrafo y exégeta, de Demófilo, Estobeo, Sexto, Focio, Arquitas Filolao, Epicarmo, Empédocles y, en el postrer alumbramiento de la escuela pitagórica en la Atenas del siglo v, Proclo, el gran místico pitagórico y Plutarco de Atenas, maestro; de ese postrer representante de la academia y que, según algunos historiadores, fue el autor de muchos de los comentarios a los VERSOS ÁUREOS que aparecen como originales de su discípulo Hierocles.[3]

---

3 Otro poeta gnómico.

II
La mística raíz del "Hieros-Logos"

Los pitagóricos, herederos, a través de su maestro, de la tradición de los misterios órficos, egipcios, caldeos y fenicios, poseían la clave numérica de las palabras, su significado mágico y su valor trascendente. Y además, el conocimiento rítmico y tonal de su pronunciación, la calidad de su vibración y de su sonido que nosotros hemos perdido, porque nos hemos desconectado del lenguaje de las estrellas.

La palabra por excelencia, LOGOS tenía dos significados. Uno, de uso corriente: la palabra. Otro de valor primordial y simbólico: la Palabra,

Esta Palabra representaba el origen, el poder creador del verbo, la primitiva, la esencial sabiduría. Esta Palabra no la podían pronunciar más que los iniciados, o sea, los sabios probados. Siendo la misma en su morfología, no lo era en su pronunciación ni en su significado, ya que le era implícita la fórmula matemática y estelar del espíritu armonioso que a través de ella se invocaba. Ello supone que los pitagóricos, maestros de este concepto superior de la palabra, conocían su vibración en el momento operativo y vital que la sintonizaba con las fuerzas universales.

La Palabra, en griego Logos era, en su sentido iniciático, equivalente a *mediadora divina.*

Ella, la Palabra, se unía entonces al HIEROS, y era la sabiduría misma; pero no en el sentido del sabio concepto, sino de la *viva expresión.*

El HIEROS-LOGOS, pues, implicaba un significado operativo, cósmico del poder de la palabra recuperada, lograda a través del silencio. El silencio pitagórico, preceptual, de los primeros grados de la escuela representaba la *catarsis* o purificación de la palabra vulgar para trascenderla a palabra sabia, a *Hieros-Logos.* Por ello dijo Pitágoras que el discípulo debía hablar sólo "cuando la palabra valiera más que el silencio". ¿Podemos siquiera columbrar ahora, lo que valía el silencio para un pitagórico?

Los libros teosóficos y orientalistas, al tratar de la "palabra sagrada" se refieren al OM o AUM de los hindúes. Mejor dicho, al concepto brahmánico, místico, de esa sílaba misteriosa de poder.

Pero los primitivos órficos y pitagóricos, o sea, los antiguos teósofos y ocultistas occidentales, tuvieron y emplearon un vocablo propio de raíz puramente occidental, equivalente fonético y mágico del sagrado vocablo de Oriente, que era la palabra AION.

El AION de los griegos significaba por un lado, por las cuatro letras que lo componen, "la tetrada sagrada" o sea, la cruz sideral, las cuatro oleadas de la vida sobre la Tierra. Por otro lado, constituye una síntesis de las siete vocales, sintonizada cada una de ellas con un planeta de nuestra cadena septenaria. Los que conocían su significado operativo, lo pronunciaban de modo que su vibración se enlazaba con los siete poderes cósmicos, las jerarquías universales.

Las vocales constituyen el alma del lenguaje. Son los agentes de enlace desde el simple cuerpo silábico, hasta su trascendencia mantrámica, sálmica, crésmica o hímnica.
En el AION subyace la mística raíz del lenguaje griego, padre de las lenguas posteriores suroccidentales que con el latín, dieron origen al cuerpo llamado de las lenguas románicas.

Teóricamente y desde el punto de vista exotérico, esta "palabra" podía implicar una medida de tiempo, una "oleada de vida". Para el ocultista y el místico, significaba el

sentido de la eternidad en el tiempo, su doble perenne, su traspasadura.

Por ello, su debida pronunciación, al sintonizarla en los momentos de empalme con el rayo oculto benéfico de las fuerzas planetarias, conducía a un estado de liberación.

A semejanza de los hindúes, los griegos pronunciaban el AION sagrado como un triptongo en cierto modo cantado, ya que cada vocal tenía su sonoridad peculiar y su poder propio. Pronunciando este vocablo al son de la lira heptacorde o de siete cuerdas, que así era la lira órfica, se convertía esa palabra de poder en un séptuple acorde armónico.

Cuando en su forma ritual se recitaba en momentos astrológicamente favorables y en forma colectiva, la declamación del AION se realizaba en forma de lenta exhalación, con los pulmones repletos de oxígeno. Empezaba con el mayor aliento la primera letra, la *a* abierta a la que seguía la *a* cerrada que terminaba con una *ae* apenas perceptible, como se estila en la pronunciación griega. Las otras vocales se pronunciaban con la boca gradualmente semicerrada hasta llegar ala n final, la coda resonante, murmurada, ya que esta letra se cantaba con la boca enteramente cerrada y era como una especie de asimilación interna de la misteriosa palabra y de su místico poder.

Anaxágoras designaba a la deidad suprema con el nombre de *Nous,* la inteligencia creadora, el Demiurgo, el primer EON o AION, o sea, el tercer *logos o* principio, contando desde arriba.

Entre los libros teosóficos que han alumbrado la mentalidad occidental en los umbrales de la Nueva Era, ninguno tan impregnado de la mística pitagórica como "La Voz del Silencio".

Voz del silencio llamaban los antiguos pitagóricos al AION, ya que era comunicado con todas sus claves de poder a los *acusmáticos,* "los silenciosos", cuando al final de su prolongada disciplina, les era confiada la raíz mística de la palabra y de oyentes pasaban a parlantes, *matematicoi.*

En el preámbulo del mencionado libro, nos indica su autora, H. P. Blavatsky, que tiene su origen en el misterioso alfabeto astrológico-ideográfico, hecho de símbolos y signos usados en astrología esotérica.

Dice la "Voz del Silencio": "Para llegar a ser conocedor del yo completo (principio solar en el individuo) debes primeramente ser conocedor del yo. Para llegar al conocimiento del yo, tienes que abandonar el yo al No-Yo, el ser al No-Ser. Entonces podrás reposar en las alas de la Gran Ave."

La "Gran Ave" *(Kala-Hamsa)* se representaba, en el ideograma sagrado como una M mayúscula con las dos patas separadas. Por ello se considera en las lenguas sagradas la M como la más misteriosa de las letras. Su símbolo zodiacal corresponde al signo de Acuario que no es más que una eme doble y proseguida en forma de ondas o vuelos, ya que la M ideográfica es un ave con las alas tensas, la gran ave de Zeus robando a Ganímedes, representación del signo zodiacal de Acuario en la' mitología griega.

"Monta en el Ave de la Vida si deseas saber", reza "La Voz del Silencio".

El "Ave de Vida" en su significado oculto es el Avatar que desciende en forma de gracia divina, al comienzo de los ciclos zodiacales, vehículo por el cual, al remontar la conciencia egoica, escala el alma la eternidad.

"No vivas en lo presente ni en lo futuro, sino en lo eterno" dice "Luz en el Sendero", el libro por esencia iniciático de todos los tiempos.

El AION fue, entre los pitagóricos, según Blavatsky, no sólo el origen de la palabra

sagrada, el primer *logos,* sino el símbolo viviente de la eternidad.

En sus ritos de tipo naturalista o biológico, se invocaban a menudo en Grecia los *Aiones,* los grandes espíritus del espacio desconocido, los "Ignotos". Los gnósticos los invocaron más tarde como "grandes divinidades sin forma y sin nombre".

Dice Blavatsky en su obra fundamental, *La doctrina secreta:* "Los pitagóricos sabían bien que el sonido es el agente mágico más poderoso y eficaz, y la primera clave que abre la puerta de comunicación entre los mortales y los inmortales."

Y en la misma obra reafirma: "La palabra AUM o AION, cuando es pronunciada por un hombre o mujer santo y puro, tiene correspondencia con el triángulo superior (la tríada divina) y despierta las potestades de los elementos (la sagrada *tetractys* pitagórica).

Cuando la pronunciación de la mística raíz de la palabra sagrada es perfecta, la tríada se une al cuaternario, formando el septenario completo o individuo cósmico, en cuya constitución asisten por igual las substancias físicas, síquicas y espirituales.

Entonces, las siete vocales implícitas en el AION sagrado, vibrando a tenor de las siete notas musicales, de los siete colores en que se descompone la luz solar, de las siete piedras mágicas, de los siete perfumes rituales, etcétera, pueden conducir, dice la maestra, "al roce de la gloria".

Ella misma previene, sin embargo, del peligro que supone, para el conocedor, de esta fórmula de elevación, pronunciar el vocablo sagrado en estado de pecado o error, porque dice "atraería a su impura atmósfera, fuerzas y presencias invisibles que le destruirían o dañarían sus envolturas."

Esas "envolturas" hacen referencia a *las siete almas del hombre* mencionadas en *El libro de los muertos* de] antiguo Egipto. Cada una de tales *almas* posee la naturaleza del correspondiente espíritu planetario que en número de siete colaboran estrechamente en la evolución terrestre. Porque nuestro universo solar forma una indisoluble, maravillosa unidad.

Dice Proclo, el gran místico pitagórico: "Desde el momento en que los antiguos observaron la mutua simpatía de las cosas celestiales y terrestres, aplicaron éstas a objetivos ocultos... mediante lo cual y en virtud de la semejanza, trajeron virtudes divinas a esta miserable mansión."

Todo es colaboración en el universo, hasta un punto que nosotros no podemos alcanzar, pero hacia el cual se encamina, por gravitación ascendente, nuestra vasta naturaleza a través del infinito progreso.

El símbolo del ave mágica, el AUM o el AION, nos invita al vuelo. En las alas de la "Gran Ave" sagrada podremos vislumbrar lo que será la realidad de la nueva era, con cuyo símbolo sideral se identifica misteriosamente. Lo universal y lo individual tienen ahora el mismo punto de confluencia.

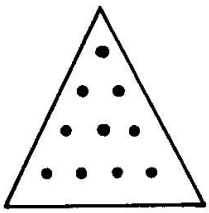
Si la práctica de la palabra sagrada implica, como dice H. P. Blavatsky, peligros decisivos para el impreparado, el pitagorismo ofrece los medios progresivos, seguros y deleitosos —ya que toda forma de armonía es gozo—, de lograr la realización.

No hubiéramos dado a la publicidad el contenido de este libro si no se hallara contrapesado por la ética pitagórica, las normas para la pureza integral, el conocimiento de los ritmos de eficacia, el significado del silencio el estudio y práctica de la filosofía, la tradición esotérica de la meditación conducida para el logro de la armonía física; síquica y mental del individuo, unidos a la didáctica maravillosa de la belleza, tal y como la entendían las comunidades pitagóricas de la antigüedad.

Desde sus orígenes y a tal fin, la prosecución del objetivo básico: el ideal de la vida armónica, se deriva de esta mística raíz de la palabra que en sí entraña todo el significado y la doctrina del maestro samio.

El HIEROS-LOGOS constituye el nexo vibratorio de esa compleja disciplina de enlaces y contactos entre el individuo evolucionado y las fuerzas cósmicas que lo complementan.

Pero no olvide ningún estudiante la gran lección del pitagorismo: "Que sólo a través de la proseguida y consciente disciplina del silencio, se gana el privilegio de la palabra."



III
El triángulo pitagórico

El triángulo equilátero, con los diez puntos inscritos, constituía el lema y la insignia de la escuela pitagórica.

Pero en realidad, esa divisa era, dentro del lenguaje primitivo del símbolo, el más alto y completo tratado de cosmología, de filosofía y de moral referente al hombre y al universo, que jamás se haya conocido.

Dice Blavatsky en su *Doctrina secreta,* que el triángulo pitagórico equivale, como tratado trascendente o esotérico, "a todas las teologías y angelologías conocidas".

Por tanto, ese libro hermético y conductor de almas, se revelaba y revela en proporción a las claves aplicadas para su abertura. O sea, según la capacidad, intuición *y* sensibilidad del que lo interpreta. Ya que su sabiduría es reveladora y posee alcances que nuestra mente concreta no podrá nunca desentrañar, por cuanto contiene los fundamentos de la vasta evolución humana, así como los de la creación divina, Antropogénesis y Cosmogénesis: el universo como definición abstracta y el individuo como máxima posibilidad y perfección.

Desde nuestro punto de vista y como simples exegetas de la doctrina pitagórica, resurrecta por su pureza y por su didáctica occidentalista en esta importante hora de inicios, nos interesa el triángulo pitagórico, ante todo, como tratado del hombre nuevo encuadrado en los postulados cósmicos de la era que nace. Como libro de sabiduría y de actitud formativa integral de las generaciones mentoras del ciclo nuevo.

Y por lo mismo que ese libro se halla escrito en lenguaje simbólico, representa para todo lector no sólo una definición, sino una sugerencia y una invitación a superiores interpretaciones, ya que se trata de una lengua viva y abstracta que sólo se puede leer a través de la mente superior o intuitiva, tónica de todo individuo acuariano; porque tal es la divisa del signo que amanece en el oriente procesional del mundo en el equinoccio de primavera.

Definamos, pues, ese simple y profundísimo tratado, como el fundamento de la lengua iniciática de todos los tiempos, lengua primaria y profundísima de todos los orígenes, dialéctica y pedagógica del ego purificado, capaz de leer el significado de las cosas más allá de su apariencia concreta.

El triángulo pitagórico, en su sintética y geométrica expresión, puede considerarse hoy, como antaño, como el Libro Eterno contenedor de las ideas madres permanentes y renacientes en todos los orígenes cíclicos. En tal sentido constituye la vanguardia del arte abstracto, puesto que se basa en ideas abstractas y en símbolos cósmicos.

Esa simple y primerísima imagen a dos planos, representa la pirámide, palabra que quiere significar la estructura del fuego cósmico, la aspiración de lo terreno a lo

infinito.

Si esta primera imagen cerrada geométrica nos conduce a la definición básica universal y a sus tres manifestaciones éticas y sociales, así como a los supremos atributos del espacio como divinidad innominada, los puntos en él inscritos constituyen el códice de la más elevada sabiduría, ya que estructuran la alta jerarquía espiritual que rige, desde las fuentes superuniversales, al mundo y al hombre.

Considerado, pues, el triángulo pitagórico en su integridad como tratado, a la vez, de arte, de ciencia y de religión, veremos que de él se derivan todas las enseñanzas y las nobles actividades y representaciones de la alta jerarquía espiritual de los santuarios antiguos de iniciación, escuelas nobilísimas del hombre completo, integral y armónico.

Si nos proponemos interpretar su significado a través, del arte clave, nos remontamos hasta sus mismas fuentes abstractas. Y a través de ese lenguaje morfológico-poético podemos llegar al vaticinio, a la adivinación y al acto creador, íntimos a las grandes verdades y a la belleza eterna.

Esto se infiere de la interpretación que de él nos dio el propio maestro Pitágoras.

El nos definió cada uno de sus lados con una significación básica cualitativa: Verdad, bondad y belleza que preside, correlativamente, las tres básicas actividades del hombre y de la sociedad. La verdad preside la ciencia y la filosofía; la belleza, el arte; la bondad, la religión.

En el libro eterno de las iniciaciones vivas, *Luz en el sendero,* leemos: "Contempla las tres verdades, son iguales". Se refiere a esas tres manifestaciones esenciales de la vida, a los tres lados del triángulo.

Si hoy atraviesa la humanidad una honda crisis cíclica, crisis que tiene su fundamento en una merma espiritual y del sentido de conciencia y de convivencia humanas, características especificas de todo periodo de traspaso de una a otra era zodiacal, es lógico que el caos impere ahora y la desorientación y la desarmonía en el mundo. Por ello —porque el mundo se halla entonces también en uno de tales periodos cíclicos—, el maestro Pitágoras tuvo por lema de sus enseñanzas, de su método pedagógico y de su gran labor de inicio y encauzamiento, la armonía en todas sus formas.

Nos hallamos desconectados, ahora como entonces, de los tres principios fundamentales en que Pitágoras sintetizó su mensaje al mundo.

Esa síntesis maravillosa, se halla estructurada en la imagen más perfecta, equilibrada y simple que ha conocido la humanidad: el llamado triángulo pitagórico-platónico. Por ello, como hemos insinuado ya con respecto a su derivación en las tres fuentes de las actividades humanas y sociales, hoy adolece la humanidad, fundamentalmente, de tales principios: de falta de bondad o de amor, cuya misión ha incumbido al sentimiento religioso; de verdad, cuyo menester recae sobre las actividades filosóficas y científicas; y de belleza, que corresponde a todas las modalidades del arte. Sin embargo, esas cualidades fundamentales se compenetran y apoyan unas en otras, formando un todo compacto y cerrado, como la figura geométrica del triángulo equilátero que las simboliza.

En el seno de su escuela ideal, el instituto pitagórico, perseguía el maestro el equilibrio y complementación, en sus discípulos, de esas cualidades básicas, formativas del carácter, del intelecto, de toda manifestación espiritual y física en la vida de sus educandos.

Mas ese triángulo pitagórico posee otras significaciones altísimas de orden superior superuniversal. De esa modalidad nos hemos primordialmente desconectado.

Esa maravillosa esencia cualitativa y abstracta es la siguiente:

La verdad, cuya derivación en las actividades humanas es la filosofía y la ciencia experimentales, en su derivación superior es la ley universal que rige los infinitos espacios.

La bondad o amor, cuya modalidad práctica se encama en la religión, en su trascendencia superior es la divina providencia que todo lo abarca.

Y la belleza, cuyo cauce en las actividades humanas es el arte y la artesanía en todas sus formas, en lo trascendente y oculto es la armonía espacial, la llamada música de las esferas.

El olvido de esa estructura fundamental cualitativa que va de lo más concreto a lo superior abstracto, pasando por los básicos principios intelectuales y éticos, nos ha conducido a ese desgarrado materialismo, a esa crueldad y desvío de las leyes naturales y los principios humanos, a esa ausencia de valores morales que en todos los estamentos de la sociedad y en los recovecos del alma humana, imperan.

El triángulo y el cuaternario constituyen, dentro del valor numérico de la enseñanza pitagórica, el septenario, número fundamental en nuestro mundo, que rige las vibraciones actuales del cosmos sobre nuestro planeta y sobre el hombre terrestre.

Si sobre ese septenario representado por los siete cuerpos o envolturas de la Tierra y del hombre, por los vínculos numerosos de los siete planetas en todas sus escalas o vibraciones, en relación con la evolución terrestre y con nuestra constitución septenaria —los días de la semana, los colores del prisma, las notas musicales, las cualidades derivadas, las piedras y perfumes consagrados etcétera—, si sobre ese septenario colocamos, en forma simbólica, la trinidad superior cualitativa, universal y cósmica que hemos mencionado —la ley, la providencia y la armonía—, tendremos completada la famosa década pitagórica, el número perfecto.

La ausencia de tales principios se manifiesta en nuestra sociedad a través del pensamiento y la conducta, la jerarquía y la acción, las organizaciones de gobierno, las públicas y las privadas, en la familia, en el individuo.

Porque nos hallamos desconectados de la armonía pitagórica en nuestra vida, imperan el desequilibrio, el desorden, la angustia, la descortesía, la grosería, la falta de elegancia en todos los órdenes, de matices de sensibilidad.

Porque nos hallamos desconectados de la divina providencia, porque la ignoramos, nos hemos tornado incrédulos, duros, escépticos, materialistas, egoístas, inclementes desconsiderados hacia los demás.

Y porque nos hemos desconectado de la gran ley que rige el universo, transgredimos las leyes naturales y las humanas, el derecho y la moral decaen, las costumbres se envilecen y se tergiversan los fundamentos del orden, las reglas de la conducta y la obediencia a los procesos biológicos de la sabia naturaleza.

Dice H. P. Blavatsky en *La doctrina secreta* que el triángulo pitagórico —los diez puntos inscritos en el triángulo equilátero— equivale, como

Ese símbolo, trascendental tratado, contiene los fundamentos indeclinables de la integridad del ser, la vasta evolución humana y aún los principios divinos; la cosmogénesis y la antropogénesis. O sea, el universo como definición y el individuo como potenciación.

Desde nuestro punto de vista de investigadores trascendentes, de neopitagóricos y de occidentales, nos interesa el triángulo representativo del gran maestro de Occidente, en la forma estudiada y aún por estudiar, como tratado profundo del hombre nuevo, definidor y encarnador de la era que nace con el signo celeste de Acuario y como libro de sabiduría y de moral perennes, corno guía espiritual de las humanidades por venir.

Ese tratado precioso se halla escrito con signos geométricos y numéricos de profunda sugerencia, tratado que, apelando a la soberana intuición de cada lector o intérprete, se desdobla y sugiere, a tenor de la comprensión y de las percepciones de aquel que lo desentraña. Como todos los tratados ocultos, simbólicos y abstractos, invita a la interpretación, a la inspiración, a la recreación en cierto modo, al esfuerzo y a la percepción de las más altas definiciones eternas; de aquello también que se sabe y no se pronuncia, de aquello que escapa al concepto y a la palabra, pero que transmuta y reconforta, que ensalza y hace surgir en el individuo la propia divinidad latente y expectante.

Ese tratado perenne y singularísimo, en suma, constituido por números vivientes y por el más simple y primario de los cuerpos geométricos, constituye el lenguaje oculto, sereno y perdurable de Pitágoras, el primer filósofo y el primer gran maestro pedagogo de Occidente.

Ese libro hermético por excelencia se revela, según hemos sugerido antes, de acuerdo con las claves aplicadas a su interpretación. Pero su sabiduría ofrecerá siempre alcances inéditos que sólo la evolución del intérprete podrá desentrañar. En tal sentido, puede considerarse un tratado precioso, el símbolo viviente de la matemática del espíritu, revelador de las esencias inconmovibles, de las jerarquías que regulan la manifestación y el caudal eterno de las ideas madres.

Por ello, es el libro por esencia y potencia de la Era Acuariana que comienza ahora y que tiene por lema el servicio social, la relación de las humanidades interplanetarias y las más altas expresiones de la amistad y del llamado amor platónico, el amor amistoso entre las almas. Siendo libro de sugerencias y adivinaciones, en él subyacen los vuelos interiores, las nuevas formas del pensamiento y de la vida, las utopías hechas realidad, fundamentadas en la profecía astrológica, así como las futuras formas del arte en su modalidad abstracta de las que el arte de hoy agrupado bajo tal divisa, no es más que un atisbo, un tanteo sin auténtico vislumbre, pueril y a menudo torcido. La poesía, arte lírica que parece llamada a lograr en un próximo futuro su cima insuperable, no ha dejado de rozar la divisa abstracta, aunque por su medio leve y puro —el lenguaje rítmico—, ha derivado necesariamente por los cauces del surrealismo y del mediumnismo, requiriendo la disposición entregada, oidora, inconsciente, esotérica o dadaísta del poeta. Nada mencionaremos, ya que nos hallamos en tiempos de inicios, de la mayoría de sus logros de avance: el subrrealismo, su responsabilidad a los oscuros trasfondos del ser, no curado de las ignotas facetas personales irreveladas.

Morfológicamente, el triángulo pitagórico —cuerpo geométrico simplísimo, el primer poliedro— representado en dos dimensiones, sugiere en profundidad, la pirámide.

Ello quiere decir que, basándonos en la sabiduría pitagórica, el arte no puede vivir indefinidamente de espaldas a la belleza. Por tanto, el culto a la fealdad, a lo monstruoso o a lo indefinido, no puede basarse en principios universales, apoyados siempre, no en ideas concretas, sino en conceptos abstractos. Por ello, el arte de la nueva era poseerá infinitas fórmulas todavía inéditas de la belleza eterna. Ese arte procurará la paz, el

intenso gozo y el entusiasmo dionisíaco y aproximará —no distanciará— al hombre a su propia divinidad, a su arquetipo, como un vínculo de valor trascendente.

Considerando el triángulo en volumen en su totalidad, como códice primigenio y actualísimo a la vez de la sabiduría eterna y como tratado profundísimo de arte, de ciencia y de moral, existe también en él un índice inédito de sugerencias que trataremos de puntualizar.

Si de cada una de las tres significaciones cualitativas del triángulo pasamos a su clave vibratoria, tenemos representados en cada uno de los lados del triángulo pitagórico, los tres colores básicos del prisma, el rojo, el amarillo, y el azul, cada tono singularizado, esencial vibración en correspondencia con una tónica planetaria y con el acorde musical perfecto y por tanto, actuante sobre el aura, el doble de los seres y de las cosas. De esos tres colores o tonos derivan los demás y su infinita gama de matices.

Si del triángulo lineal pasamos a los diez puntos en él inscritos, nos encontramos con una representación de las cósmicas energías actuantes sobre el mundo y el hombre, a través de la más maravillosa proposición sistemática del universo.

El primer punto que aparece en el vértice del ángulo superior, representa la mónada, el germen de manifestación del absoluto, del dios sin forma, y sin nombre, del infinito y eterno espíritu.

Los dos puntos que le siguen —la dúada— podemos considerarlos como los dos principios, positivo y negativo, masculino y femenino, los pares de opuestos de toda manifestación en estado puro, en su simbolismo germinal. Esa dualidad la podemos considerar el principio de toda creación, el sol y la luna, el dios manifestado y su dual constitución femenina o negativa formando los atributos de la materia primordial o radiante.

La tríada que le sigue en sentido descendente representa esos dos principios manifestados ya en lo humano, dando nacimiento a un tercero. Y tenemos, deificado, el símbolo de la Trinidad o Trimurti, venerada en toda simbología religiosa del mundo en todos los tiempos. El punto central de esa Trinidad constituida por el padre y la madre, representa al hijo, avalar, o enviado y que es al mismo tiempo, el centro del decanario inscrito en el triángulo de Pitágoras.

El eje central o punto simbólico del triángulo constituye el centro biológico de todo el mecanismo cíclico de las oleadas de vida del universo sobre nuestro planeta y determina la acción oculta de los signos zodiacales en los periodos evolucionarios que señala, en el tiempo, el lento movimiento de precesión de los equinoccios. Es el símbolo del Avatar descendido en tales periodos de traspaso de una a otra era de evolución y civilización y que encarnan todos los grandes maestros de la humanidad, las sucesivas encarnaciones divinas sobre la Tierra.

Es el Cristo infundido en Jesús a través del misterio del bautismo; es Krishna con la investidura del divino Vishnu; es el Buda inmerso en Sidharta; es Ahura-Mazda revelado a través de Zoroastro; es Jehová manifestado en Moisés; es Dionisos inspirando a Orfeo; es Apolo, el Espíritu Solar, guiando a Pitágoras. Porque en realidad, todas las manifestaciones divinas reveladas de un modo directo en los decisivos periodos de regeneración espiritual del mundo, son manifestaciones solares y divinas, reveladas a través de vehículos humanos prestados a la acción cíclica de los avatares de la divinidad sobre la Tierra.

Si aplicamos, pues, ese simple códice sagrado que es el triángulo pitagórico a

nuestra época de caos y de inicios, de fines y comienzos, época en verdad siempre sellada por conmociones, luchas, anomalías, destemplanzas y fenómenos inéditos numerosos, veremos también, en medio de ese caos, síntomas evidentes de resurrección y altos motivos, y, vivirlos, es un privilegio.

Porque en esos periodos agitados y convulsos, llenos paradójicamente de limitaciones y oportunidades, de sacudidas, de retrocesos y avances, se ofrece siempre, con el advenimiento de esas superiores oleadas de vida, un esquema arquetípico del plan de la evolución y las características del adveniente signo. La acción del Avatar, punto central del triángulo, al descender entonces, irradia sobre el cuaternario inferior terrestre, sobre el hombre y la naturaleza. Pero no es sólo el eje de la tríada el que se revela, sino que en él está la dúada —padre y madre— y la mónada —el germen, la suprema deidad Inmanifestada—[1]

A través de ese triángulo, aparece la estructura primaria del HIEROS-LOGOS, la palabra sagrada o doctrina esotérica de Pitágoras.

El signo acuariano que roza actualmente el Sol en el equinoccio de primavera, al comenzar una nueva era para la humanidad, presupone, ante todo, por ser signo de aire o intelectivo, que el Avatar de los nuevos tiempos ofrecerá mensaje de índole intuicional o supermental. Por eso, se ha dado ya a los hombres, obedeciendo a esa tónica, el archivo de la sabiduría que constituyera antaño el acervo secreto de las iniciaciones, reservado antes a los iniciados o elegidos en el seno de los áditos de los santuarios.

Signo de los nuevos tiempos es también un hecho trascendental que nos ha legado, a tal efecto, el neopitagorismo: el cumplimiento y los grandes beneficios derivados de un proceso biológico olvidado: la cruz cardinal del zodíaco, los cuatro místicos hitos del año, las cuatro fuentes siderales de la vida, las cuatro purificaciones integrales. Que a esas vinculaciones conscientes y rituales se refieren los consejos y prescripciones apuntados en los VERSOS ÁUREOS de Pitágoras, referentes a la mencionada *tetractys.*

---

1 Para el estudio detallado de los cíclicos periodos, sus características *y* la peculiar misión histórica de los Avatares, remitimos al lector a nuestra obra *La clave astral de la historia y la Era de Acuario que comienza.* Editada por Costa-Amic en México.

IV
El simbolismo de los números

El mito griego que mejor encarna la razón numérica y geométrica del pitagorismo como sistema filosófico, es el de Dionysos.

Cuenta la leyenda que ese dios solar se entretenía jugando, de niño, con un trompo, una pelota, un espejo y unos dados.

El trompo significaba, en lenguaje esotérico, el movimiento del átomo en constante rotación sobre sí mismo, o sea, la materia primordial, el origen del movimiento y de la vida. Y el dé la Tierra, en su inclinación sobre el eje, desplazándose a veces del círculo ecuatorial celeste del zodiaco.

La pelota, círculo o esfera, es el símbolo solar o planetario con su doble sentido del cero matemático, origen de toda manifestación, ideograma de la eternidad.

El espejo equivalía al doble de la naturaleza y el hombre, al plano astral o *eidolón* de los griegos, al reflejo, *maya* o ilusión.

Los dados, por fin, representaban los cinco sólidos llamados platónicos, que el famoso filósofo de la academia aprendió de Pitágoras, los poliedros o únicos cuerpos geométricos regulares que existen: el tetraedro, el cubo, el octaedro, el dodecaedro y el icosaedro.

Estos dos últimos, los más completos y trascendentales, constituían: el dodecaedro el individuo cósmico, nuestro universo manifestado, el camino solar, los doce signos zodiacales y su reflejo en las cualidades de la materia, y cualitativamente del hombre perfecto y las doce casas cósmicas en las que se basa la astrología mundial y judiciaria y que ejercen su influjo sobre todos los aspectos del carácter, del destino y de la vida. El icosaedro, sólido regular de veinte caras, representa la unidad de medida de los antiguos atlantes (las dos décadas sagradas enlazadas del padre y de la madre como entidad celeste completa) y dio origen, en los remotos misterios, a la unidad de progresión vigesimal que fue adoptada por los antiguos mayas de América y por los indostanos en Oriente.

Existía en la antigüedad una ciencia profana y una ciencia sagrada de los números.

A través de esta última, llegaban los pitagóricos a los más altos conceptos abstractos y a las verdades filosóficas.

Según el maestro de Samos, entre los dioses y los números hay una misteriosa relación en la que se fundamenta la ciencia de la aritmancia, o sea, la magia numeral.

Proclo, el gran místico pitagórico, nos lo confirma con estas palabras: "Antes de los números matemáticos, hay *números animados."*

Porfirio nos explica: "Los números de Pitágoras eran símbolos jeroglíficos por medio de los cuales definía todas las ideas concernientes a la verdadera naturaleza de las cosas."

Es fama que en ese doble sentido que los antiguos sabios concedían a los números, los pitagóricos fueron famosos en todo el mundo.

Sin embargo, a la segunda modalidad de esa compleja ciencia, a los *números animados,* sólo llegaban los iniciados. El poder de los números, su sentido universal y su simbología divina sólo se revelaban a los más puros y a los más aptos, a aquellos que habían trascendido las cuatro fundamentales pruebas dúplices o desdobladas en el

llamado óctuple sendero, y adquirido sus virtudes y su fuerza.

Antiguamente se empleaba el cero como concepción y uso de la matemática basándose en la posición trascendente de los valores. En los misterios fue el cero, círculo primario, una representación de la esfera y tuvo por tanto un significado cósmico. Era considerada la esfera la forma esencial y perfecta, germen y desenvolvimiento máximo de la divinidad, justificando el gran axioma hermético de las equivalencias.

Dice Blavatsky al respecto: "La teoría cosmológica de los números, que Pitágoras aprendió de los hierofantes egipcios y caldeos es la única capaz de reconciliar a las dos unidades, materia y espíritu, y hacer que la una manifieste a la otra matemáticamente... Los números sagrados, en su combinación esotérica, resuelven el gran problema, explican la teoría de la radiación y los ciclos de las emanaciones."

Todo el sistema vital del universo, todas las verdades de la filosofía perenne tienen por clave los números vivientes.

No solamente entre los pitagóricos, sino en todas las escuelas iniciáticas del mundo, así en oriente como en occidente, los números significaban la concreción y la abstracción, lo simple y lo absoluto, lo terreno y lo celeste y sobre todo, las leyes que rigen toda manifestación y toda volición, todo efecto y toda causa.

No podía llegar a la *apopteia* (estado de perfección y conocimiento de las leyes superiores de la vida) aquel que no fuera antes *matemático* en la forma descrita

En los grados de la enseñanza pitagórica, se llamaba *matemático* aquel que había trascendido el grado de *acusmático* (silencioso u oyente), el que había nacido de nuevo a la palabra y a su poder intrínseco. Entonces se le enseñaba la ciencia de los números, sus claves vivas y su poder inherente.

"Nacer a la palabra" significaba haber pasado por el silencio y adquirido su paz. Era haber llegado, mediante la meditación, a la madurez interior; a conocer y practicar las leyes complejas de la vida, a desenvolver el sentido de las causas eternas, y articular el pensamiento dentro de una proseguida disciplina. Ser capaz, en suma, de saber escuchar, percibir y crear.

Decía Moderato de Cádiz, el famoso pitagórico español: "Los números son símbolos jeroglíficos por cuyo medio explicaba el filósofo de Samos las ideas concernientes a la naturaleza de las cosas y el origen del universo."

Su doctrina matemática se entreveraba con la mística de los órficos formando un conjunto básico en la pedagogía integral que se ejercía en el instituto de Crotona, centro y origen de la posteriormente llamada escuela Itálica de Filosofía.

Según los pitagóricos, las matemáticas vitales favorecían ante todo el desenvolvimiento de la mente abstracta y la intuición.

A los afiliados a esa alta escuela de occidente se les enseñaba el simbolismo de los números a través del cual podíanse —y pueden— descifrarse el sentido oculto de todas las sagradas escrituras de las antiguas y de las modernas religiones.

Por eso nos dice Platón en el *Timeo* que "las formas son números". Y añade: "El mundo es, en todas sus partes, una aritmética viviente en su desarrollo, y una geometría realizada en su reposo."

En el mismo "diálogo" otorga a la década pitagórica el origen más alto y le llama: "número semoviente".

Dice Blavatsky en ese libro caudal que es su *Doctrina secreta* que: "Toda cosmogonía ha principiado en un círculo." Con ello, de manera implícita, glosa el

significado de la eternidad del cero.

Enseñaba Pitágoras que el círculo era el ideograma de lo infinito, de lo que eternamente retorna. Era un símbolo cósmico. Si la circunferencia representa el cosmos, a menudo el cero solitario, en la matemática trascendental, ha significado también el caos precursor, principio y fin de una manifestación en el tiempo, un ciclo como unidad.

Símbolo del caos que precede al inicio, el cero es "la nada substancial", la negación que entraña posibilidad. Los orientales lo representaban en el huevo de Brahma.

Para los pitagóricos, el círculo —cero matemático— era el germen de toda manifestación. Este germen se representaba en el punto central de la circunferencia. Este punto vital, al ponerse en movimiento, formaba la línea. Y aparecía el uno como cifra viviente. Era Dios manifestándose en los orígenes de la creación, la primera emanación de vida dentro del círculo de la eternidad de la presencia eterna.

El ideograma del uno, la línea recta dentro del círculo, constituye la primera representación simbólica de la doctrina del pitagorismo. Es la idea engendradora, la cifra potencial, la década perfecta, el cero y el uno compenetrados la creación en los más altos planos y al mismo tiempo, como representación sexual, el símbolo de la generación humana.

Toda forma de creación la sintetizaban los pitagóricos en la década. Su interpretación filosófica era infinita.

Como afirma Blavatsky: "La mística década pitagórica era la suma que abarcaba y expresaba los misterios todos del cosmos."

Boecio, pitagórico famoso, en su obra "De Aritmética" define al 1 y al 0 como la primera y última cifra.

La década era, pues, el paradigma de la construcción del universo y de hombre.

El uno era la mónada, la representación de la unidad, el inicio de lo creado, la deidad manifestada y la conciencia individual en el hombre. Era el poder masculino, el padre, el germen de la vida creadora.

El dos, la dúada, era considerada como el símbolo de la madre, el principio pasivo, la materia pura, la calidad magnética de la substancia primordial. Dentro del círculo o eternidad, el ideograma de la dúada, el dos junto al uno y el cero, se representaba mediante un diámetro horizontal circunscrito. Con el uno, el diámetro vertical formaba el dos, la cruz, unidad en el centro de la circunferencia. El padre unido a la madre dentro de la eternidad manifestada en el tiempo, engendrando la *tetractys* sagrada de los pitagóricos, el origen de toda vida, la cruz de cuatro brazos inclusa en el círculo: ^^

En estos cuatro brazos, se halla *crucificado* el cosmos y el hombre, como veremos más adelante.

El tres era la primera configuración geométrica cerrada, el triángulo, número clave, esquema del cuerpo simple primordial, el hijo resultante de la dúada en estado de cruz o engendro. Es la forma cerrada en equilibrio. Padre, madre, hijo en una sólida unidad de compensación, que crea las tres cualidades, las tres verdades. "Contempla las tres verdades, son iguales."

Si en el orden divino el tres es la trinidad jerárquica, en la conducta y en la ética, es la armonía; la manifestación de la divinidad en el hombre, el frontón triangular de los templos que corona la humanidad con el peristilo de sus columnas.

Preside también el triángulo las condiciones de la materia: inercia, movimiento y ritmo.

Junto al triángulo, adoraban los pitagóricos el vasto y profundo simbolismo del cuaternario.

El cuatro se derivaba, como hemos dicho, del uno y el dos compenetrados, formando los cuatro brazos de la cruz inscrita en el círculo.

Según Blavatsky el cuatro, en su significación cósmica, constituye la tercera parte del dodecaedro y era considerado número sagrado por los pitagóricos. Todos los poderes y las grandes sinfonías de la naturaleza física y espiritual, están inscritas en el cuadrado perfecto. Y el nombre inefable de Aquel que de otro modo sería impronunciable, es reemplazado en forma manifestada, por este número cuatro. Todos los nombres de Dios en todas las religiones y en todas las lenguas, en su forma originaria, constar de cuatro letras. Por esto, el número cuatro encerraba el juramento formal y solemne de los misterios antiguos.

Era la sagrada *tetractys* o tétrada de los VERSOS ÁUREOS de Pitágoras.

Los antiguos exégetas de la doctrina pitagórica dan un gran valor al símbolo esencial de la figura geométrica de cuatro caras, la pirámide simple:

En su forma geométrica, era el cuadrado lineal, los cuatro brazos unidos y enlazados, el esquema del cubo —el cuadrado en volumen—, que simbolizaba los cuatro elementos terrestres, los cuatro ritmos vitales del año que marcan las estaciones.

El cuadrado en volumen, como hemos dicho, forma, la primera figura geométrica, el tetraedro, de forma piramidal, símbolo del fuego, como el cubo lo era de la tierra, el octaedro del aire, el icosaedro del agua y el dodecaedro del éter. Ya que, según Pitágoras, el cuerpo geométrico que tenía relación de proporción y medida con la representación suprema del universo, era el dodecaedro.

La *tetractys* encarnaba, pues, los elementos de tierra virgen, siempre pura por su constante renovación a través del cuádruple ritmo de vida.

Esos cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego, tenían su correspondencia simbólica en los cuatro principios básicos de la personalidad humana, el llamado cuaternario inferior. Cuatro eran las pruebas fundamentales de los misterios y cada una correspondía a un determinado elemento.

La proyección de esas pruebas, a la vez efectivas y simbólicas, se referían a los planos cósmicos y a sus correspondientes tónicas o cuerpos en la naturaleza humana. Así, la tierra correspondía al cuerpo físico, el *soma* de los griegos; el agua al *eidolon, el* doble o cuerpo astral; aire al *nous,* cuerpo mental o principio inteligible; el fuego al *pirós* o cuerpo espiritual, de amor o divino. Por tanto, el número cuatro se consagraba, en los Misterios, a Hermes, al "Conductor de Almas".

La revelación por Pitágoras del misterio astrológico, rítmico, cíclico e integral de la *tetractys,* fue sólo confiado a sus discípulos más avanzados mediante un sagrado juramento de la mayor trascendencia. En los VERSOS ÁUREOS se halla sólo la alusión a ese misterio cuyo conocimiento ha sido casi totalmente desvelado en nuestros días, en este inicio de era, cuando puede contribuir a la ordenación del caos reinante merced a su gran poder armonizador del individuo y del grupo.

En el sentido trascendental de su valor numérico, consideraban los pitagóricos la *tetractys* como el germen de la década. Sabido es que la suma teosófica —la dimensión del número en el tiempo—, de los cuatro primeros números simples: 1 + 2 + 3 + 4 es

igual a 10, el número simbólico.

Del mismo modo, el proceso en el tiempo de las; pruebas —las cuatro pruebas básicas de la iniciación pitagórica, simplificada con relación a la de los grandes misterios—, y los cuatro grados de la enseñanza de su escuela, conducían al neófito a la perfección de la década, símbolo del arquetipo, reflejo de la divinidad. Su apotegma es: realización del dios en el individuo, lo uno en lo múltiple.

Así el simbolismo de la *tetractys,* trascendía en la vida del pueblo griego, regida desde el mismo corazón de los misterios. Por ello, cada cuatro años tenían lugar en Eleusis los máximos festivales sagrados y la consagración de las grandes iniciaciones. También cada cuatro años tenían lugar en Grecia, los Juegos Olímpicos. —Grecia ha sido el único país que ha marcado en la historia sus anales por juegos—. De acuerdo también con el ritmo tetráctico, cada cuatro años se renovaba el valor de la Atenea Promacos, diosa de la sabiduría, en su altar del Partenón, que dio nombre y símbolo a la sabia Atenas. Para ello, se celebraban cada cuatro años las grandes Panateneas, cuyas procesiones eran un exponente de la belleza y dignidad de todos los estamentos sociales de la república, hallándose en ella representados los cuatro elementos en su forma telúrgica, cósmica y universal.

El cinco, la pentalfa, era el símbolo del hombre estelar con los brazos tendidos y las piernas separadas.

Este cinco significaba la mitad del camino para llegar a la perfección total de la década. Por ello sellaba nuestros cinco sentidos desenvueltos, las cinco razas, los cinco dedos de la mano correspondiendo cada uno a un elemento.

Al quinto elemento substanciado en la pentalfa se referían los alquimistas de la Edad Media al tratar de la *quintaesencia,* puesto que conocían la quíntuple potencia de la materia. Según los pitagóricos, la música de las esferas se percibía merced a ese quinto elemento sutil o etéreo que nos compenetra.

Con el número cinco se clasifican las formas de evolución de nuestro planeta y sus reinos: mineral, vegetal, animal, humano y divino.

La pirámide egipcia se compone de cinco facetas; cuatro visibles frente a los cuatro puntos cardinales, símbolo llameante de la *tetractys* y una oculta y subterránea. Desde el firmamento, aparece la pirámide, en sus cuatro caras tringulares, como la gran cruz zodiacal cardinal. O sea, un punto que une los cuatro brazos iguales de la cruz cósmica sobre el cuadrado de la materia. La otra tétrada inferior, el cuadrado básico significaba los cuatro elementos terrestres y el ritmo cuádruple de la naturaleza, sus cuatro oleadas de vida anual. Así, pues, la pirámide representa el pentágono de unión de las fuerzas terrestres y del fuego divino. Todo el recorrido de la iniciación que tenía lugar en su interior, en el decurso de sus pasillos y cámaras simbólicas.

La pirámide egipcia, era, pues, un glorioso monumento al hombre liberado, un templo de iniciación, como un meridiano perfecto de nuestro planeta y la base crucial del zodíaco celeste.

El seis es, según H. P. Blavatsky, el número de los Ángeles, Daimones o Dhyan-Chohanes. Ellos poseen una constitución séxtuple, porque poseen los seis principios humanos del ser perfecto, excepto el séptimo o físico, el denso o terrestre.

El seis representa también una cifra misteriosa. Es el anagrama del doble triángulo enlazado, símbolo que Pitágoras adoptó de los caldeos.

El triángulo divino que mira a lo superior y su reflejo inverso, el triángulo que

mira a lo inferior. Toda manifestación es sombra, o proyección en las aguas de la vida, de una realidad superior, arquetípica espiritual y perfecta. Por ello, toda forma de belleza, en el plano físico, tiene su doble espiritual o divino, como afirmaban los pitagóricos como Platón. Ese símbolo lo ostentan bellamente las múltiples familias de flores hexapétalas que tan prolijamente admiramos por los campos en primavera y en otoño. El seis tiene, por otra parte, una alta representación en el zodiaco, pues seis son los signos positivos que corresponden a lo masculino, y seis los negativos o femeninos.

El número siete era fundamental para los iniciados en la filosofía pitagórica, ya que esa cifra era representación del hombre-templo; el templario o ser de perfección, poseedor de las siete virtudes básicas, y que lleva en sí, desenvueltos, los siete principios del cosmos, o sea, la *tetractys* unida al ternario.

Dice al respecto Blavatsky: "Los siete rayos del espectro solar se representaban entre los pitagóricos, por el dios Heptaktis. Llamaban al siete "Espíritu de la Vida", ya que contenía alma y cuerpo (principio y manifestación). "La palabra inefable" era la séptima. La forma adorada era el cuadrado colocado debajo del triángulo (el templo, morada y divinidad).

Siete es el número de los planetas que intervienen en la constitución humana y de nuestro globo terráqueo, revelados en los siete sonidos, los siete colores del espectro, las siete piedras preciosas mágicas, los siete metales, los siete perfumes rituales cuya vibración se corresponde con cada una de las tónicas planetarias.

Rige el septenario los días de la semana y cada uno se halla bajo la advocación del espíritu de un planeta, comprendiendo el de ambos luminares.

Siete son las razas raíces que constituyen la evolución completa de nuestra humanidad, con idéntico número de subrazas en que se subdivide cada raza raíz.

Siete son las claves de interpretación de los libros sagrados antiguos y siete sellos simbólicos los guardaban. El septenario, en fin, rige todo el ritual de los misterios, encaminados a sintonizar todas esas tónicas vibratorias con las fuerzas planetarias y universales, incrementando, mediante esos conscientes enlaces, nuestra vitalidad espiritual.

El número ocho es el doble cuadrado, o sea, la proyección o desdoblamiento de la *tetractys.* Era, por tanto, considerado antiguamente como el símbolo de la pureza y de la resurrección. A esa doble *tetractys* se refería Buda cuando mencionaba el "óctuple sendero". O sea, el septenario de las correspondencias antedichas, más la liberación de ellas. Cósmicamente considerado, el número ocho corresponde a la casa del zodíaco que gobierna el signo de Escorpión cuyo lema es "regeneración". Muerte para el pasado y resurrección y nueva vida para el futuro. El planeta Marte, de tónica luchadora y de gran fuerza, sintetiza la potencialidad de esa morada cósmica.

El nueve es una cifra masculina o positiva que siempre queda eliminada en toda suma llamada teosófica, que consiste en la adición de cada número que comprende una cantidad, sumando el resultado en sí mismo hasta llegar al número simple. La prueba puede hacerse eliminando de antemano, de una larga numeración, los nueves. El resultado último será el mismo.

El nueve es el triple triángulo, de un significado que escapa a nuestra comprensión. Es el umbral de la década, el número perfecto pitagórico. Por ello, el novenario regía y rige aún los misterios y los cultos todos conducentes a la completación de la década, origen y fin de toda evolución, de toda cosmogonía, de todo proceso interno

y de diversos ciclos naturales.

Presidía el novenario, entre los griegos, las artes representadas en las nueve musas. La clasificación en nueve senderos y sus nueve formas específicas, conducía al fin último de la belleza. Representaba, en fin, el nueve la más elevada unidad impar, la cifra mediadora.

Los otros planetas mayores de nuestro sistema solar representan la octava superior de los siete planetas mencionados.

La década, como hemos dicho, es la cima coronada dé los nueve números simples, siendo a la vez su origen.

Ética y filosóficamente considerada, era el principio y fin del sendero de perfección.

Cuatro semanas —la *tetractys* y el septenario transferidos al tiempo— dan el mes natural o lunar, diez de los cuales presiden la gestación humana.

Pitágoras elevó a diez el número de las musas, porque añadió a las nueve que enumera la mitología, al coro de las musas profanas, la décima musa, la Tácita, la que presidía el silencio pitagórico, lema personificado de su disciplina y fundamental virtud. Esa musa Tácita se representaba en mitosofía con un dedo sobre los labios, invitando al silencio.

El distintivo pitagórico de la década era diez puntos dentro del triángulo o trinidad divina. Como ideograma místico, como ya hemos dicho, se representaba por el diámetro circunscrito en la circunferencia: Era el uno dentro del cero, la década compenetrada, el símbolo fundamental, "la suma de todo que abarca y expresa los misterios todos del cosmos", según Pitágoras.

La transfiguración de la *tetractys* sagrada en década de plenitud, lo representaban los pitagóricos en esta simple fórmula 1 (mónada) + 2 (dúada) + 3 (tríada) + 4 (tétrada) = 10. De ello se infiere que en forma sintética, el simbolismo trascendente de la emanación (1); de la creación (2); de la evolución y manifestación divina (3); y de la naturaleza y sus ritmos biológicos (4), integran la década, constituida por todos los elementos terrestres, humanos y divinos.

El diez representaba, pues, el número de la perfección, causa y efecto, origen y finalidad de todas las cosas y de todos los seres creados. Por ello, llamaban los griegos, en lenguaje filosófico *panteleia* a la década, *completación,* ya que es la suma del septenario del hombre evolucionado o cósmico y de la divina trinidad, coronándolo. Como dice Blavatsky: "Toda cosmogonía ha principiado con un círculo, un punto, un triángulo y un cuadrado, todo sintetizado en la línea primera dentro del círculo o cero, la mística década pitagórica."

Y en otro lugar, afirma: "Los diez puntos del triángulo pitagórico valen por todas las teologías y angelologías conocidas. Porque el que interprete los diez y los siete puntos (los siete puntos matemáticos ocultos) en su primera superficie y en el orden dado, encontrará en ellos la serie no interrumpida de genealogías, desde el primer hombre celeste."

V
La música de las esferas

La música se entendía, en Grecia, como una trinidad indisoluble de poesía, música, oratoria y danza. La etimología de la palabra musas hacía referencia a ese concepto griego de la música.

Poesía eran por excelencia los himnos religiosos, que se recitaban en los templos y en las festividades sagradas y eran danzados al son de la música mediante la lira de siete cuerdas o heptacordio, cada una de cuyas cuerdas se hallaba sintonizada con la tónica vibratoria de cada planeta.

Esos himnos invocatorios, de contenido filosófico y de efectos mágicos, tendientes a purificar los ambientes y a armonizar a los asistentes, se llamaban *nomos,* o sea, leyes.

La identificación de los himnos con las leyes tenía, para los griegos iniciados, un sentido universal y trascendente, ya que mediante la música sintonizaban sus almas con las leyes del universo.

En este sentido y en sus derivaciones catárticas o purificadoras, fundamentalmente pedagógicas en el más alto sentido de la palabra, la música era, en sus orígenes, una enseñanza profunda, una forma operativa de astrología y de magia.

Pitágoras conocía en todas sus modalidades pedagógicas y trascendentes, el valor de la música y su influjo en el desenvolvimiento de la vida superior. Por ello, sus discípulos se levantaban al clarear el alba y después *de* realizar sus abluciones y proceder al aseo personal, salían a la terraza que rodeaba el edificio del instituto y desde la altura del montículo poblado de pinares, de cipreses y de olivos, frente al mar azul, saludaban al sol naciente con sus danzas y sus himnos, bajo los acordes armoniosos de la lira.

Allí, al aire libre, bajo aquella atmósfera tranquila, poética y salutífera, la recitación melódica de los VERSOS ÁUREOS tenía un poder realizador que se derramaba insensiblemente, como una bendición, sobre toda la jornada.

Adaptabas la recitación, diariamente, a los preceptos estelares, a las tónicas celestes dominantes. De ese modo atraían los pitagóricos a los espíritus planetarios y recibían, al comenzar y al finalizar el día, las bendiciones del gran padre de la luz y de la vida.

Esa forma de ejecutar el himno enlazaba las fuerzas divinas con las humanas en un amplio y misterioso acorde universal, en una sintonización perfecta de gestos, de voces, de mágicos sonidos y de pensamientos.

Antes de tratar de la índole de la música y las danzas pitagóricas, nos referiremos a los instrumentos que mayor influjo ejercían en ellos. Ante todo, la lira heptacorde, el instrumento de Helios o Apolo, el dios solar, emparentada con los misterios órficos o tracios. Los pitagóricos manifestaban una decidida predilección —debido sin duda a las juveniles preferencias de su maestro por ese sutil instrumento— por el arpa eólica originaria de la Eolia oriental, que sólo pulsaban los dedos invisibles del viento. Esa lira, de difícil y delicada construcción, si poseía las cuerdas debidamente afinadas y se hallaba dispuesta y orientada a favor de propicios vientos, sonaba tan sutil y armoniosamente, daba al aire acordes tan estremecedores, que semejaba en verdad que la pulsaran genios alados, musas pasajeras, esparciendo un benigno, delicado sortilegio en torno al lugar donde se velaba emplazada. Esparcidas por los pitagóricos en distintos lugares del

Montecillo de las Musas, el aire armonioso que creaban en torno favorecía la meditación, poblaba de elevadas ideas el silencio y remontaba a las almas a las regiones del espíritu.

Además de esos básicos instrumentos, se utilizaban en especiales ocasiones, entre otros instrumentos mágicos de percusión, el sistro, de origen egipcio, consistente en un mango que sostenía un círculo, dentro del cual se hallaban cuatro varillas de las que pendían unos aros menudos, cuya distribución daba el tono y vibración apetecidos al ser golpeadas las varillas. Los sistros eran de oro, plata o bronce. Los tocadores religiosos de ese instrumento, pretendían que, por su medio, se atraían los poderes de los planos invisibles.

También se utilizaban, como instrumentos de percusión, los crótalos, especie de palillos, también de vibración característica, y el tímpano dionisíaco o báquico, parecido a la pandereta o pequeño tambor y el gran tambor. La cítara jónica, madre del laúd y posteriormente de la guitarra, era muy usado en las ceremonias ocultas, ya que se consideraba un instrumento completo, como la lira, y también el arpa.

Sin embargo, la lira fue, para los pitagóricos, el instrumento solar por excelencia. En los orígenes tuvo forma redondeada. Sus siete cuerdas se hallaban sintonizadas, cono hemos dicho, con cada uno de los espíritus planetarios que intervienen en la constitución terrestre y en la humana. Ya que Pitágoras sabía que nuestros sentidos desenvueltos, en correspondencia con cada uno de nuestros centros ocultos, se halla en conexión vibratoria con el septenario de los planetas y sus correspondientes superiores, planos y subplanos de nuestro mundo y universo solar.

El maestro relacionaba la música con las matemáticas celestes. Sabía la ciencia y el poder del sonido, su relación con los colores y los números, su correspondencia ética, su conexión mental con los *nomos* o leyes, y se valía de cada uno de esos ajustes trascendentes para que cada nota, cada palabra, cada gesto, cada vibración emitida, cada pensamiento generado, constituyeran una unidad capaz de hacer de los himnos, claves mágicas y operativas, y tuvieran una efectividad benéfica que sirviera al plan de la elevada pedagogía practicada en su instituto.

El ritmo y el modo de la música, constituían lo que se llamaba en griego el *ethos,* o sea, el carácter o efecto síquico de una melodía o de un acorde sinfónico. Esto demuestra que Pitágoras operaba mediante la música sobre el aura de sus discípulos, a través de sus manifestaciones de música instrumental, canto, poesía y danza.

La notación musical griega se realizaba mediante letras colocadas en determinadas posiciones, enteras o fragmentadas, dentro del pentagrama, que conocían.

Tenía la lira por base sonora, la extensión de la voz humana, o sea, unos veinticuatro sonidos. Dividían estos sonidos o notas en fracciones de ocho, o sea, en tres octavas que, en la práctica, subdividían en cuatro sonidos o tetracordes que constituían la base vibratoria de la *tetractys* pitagórica, el cuaternario de la manifestación y sus dobles síquicos y espirituales.

Por ello decía Proclo, el gran pitagórico: "El padre de los VERSOS ÁUREOS celebra la *tetractys* como fuente de la naturaleza perenne."

El conjunto de los tetracordos se denominaba *teleusis,* palabra que especificaba el sistema musical de los griegos y especialmente de los pitagóricos.

Esta sistematización no regía en los instrumentos llamados arpas eólicas ya que en ellos la extensión de los sonidos eran mucho más vasta y las matizaciones derivadas

difícilmente captables a través de una notación metódica. Esos finos instrumentos poseían mayor número de cuerdas, por lo común, diez o doce, cifras cósmicas, y las constituían hilos finísimos de oro o plata. La tónica de los acordes orquestales de las arpas eólicas, era siempre el fa que rige la voz de la naturaleza y corresponde al color verde del espectro solar.

El arpa eólica se consideraba el instrumento de inspiración por excelencia. Y no sólo en el sentido creador o poético, sino que su música era portadora de vibraciones elevadísimas, a manera de simientes armónicas de los altos planos de manifestación que acordaban y afinaban el aura de los lugares y de los seres que las escuchaban.

Como hemos indicado antes, esa forma actualmente olvidada de afilar el oído interno, era practicaba con especial delectación y plenitud de sentido por los antiguos pitagóricos. Ellos sabían por experiencia que, a través de esa música sutilísima, la comunión con la naturaleza era perfecta y a menudo alcanzaba grados y matices de percepción que escaparían a nuestros oídos, embotados por tanto ruido mecánico.

El efecto trascendental de la música, lo define admirablemente, como científico, como músico y como pitagórico, nuestro excelente amigo el doctor Alfonso: "El cerebro ha creado un órgano, el oído interno. En cuyo *caracol* encontramos el "órgano de Cortí", prodigio anatómico que el hombre ha imitado en el piano y el arpa, compuesto de fibrillas progresivamente largas, cada una de las cuales es capaz de vibrar con un sonido determinado. Recogido por este órgano el conjunto musical, llega a los centros nerviosos superiores y hace vibrar con más intensidad las pulsaciones de la hipófisis, sobre todo con ciertos acordes (verdaderos *mantras)* que despiertan los de la pineal. La vibración musical se ha transformado en admirable sublimación, en vibración mental y espiritual, poniendo en conmoción nuestro yo que, al unificarse can la esencia de las cosas, vibra en el más puro amor a todo lo creado y por tanto, se hace poseedor del verdadero conocimiento."

Ese proceso debió conocerlo Pitágoras por vía iniciática, ya que sus biógrafos cuentan que practicaba a menudo la terapéutica musical. Tenía fama de sanador y a veces, acompañado de alguno de sus discípulos y de su fiel servidor Eumolpo, realizaba largos recorridos para devolver la salud, que es armonía, a algún paciente. Sólo se valía de la terapéutica natural y de ciertos recitados entonados musicalmente, adecuados a la índole de la enfermedad. Eran una especie de conjuros a la desarmonía, causa de todo desequilibrio físico y síquico, y eficaces mediadores del recobro natural, restableciendo así los ritmos truncados, coordinando las correspondencias físicas, síquicas y planetarias, buscando siempre la integridad cósmica posible en el hombre.

La música era, pues, la gran aliada de Pitágoras, el maestro de la armonía por excelencia.

Los iniciados en los misterios de Asclepio llamados asclepiades (los verdaderos médicos griegos) sanaban también mediante la música, realizando prodigiosas curas. No sólo se valían los asclepiades de esos instrumentos precitados, sino de la flauta y de los triángulos de distintos tamaños, golpeados con varillas de oro, plata, cobre o bronce, según la índole de la enfermedad y de los otros conocidos instrumentos griegos de percusión, como los crótalos, los címbalos y los tambores.

Prosiguiendo, pues, esas dulces disciplinas, esos entrenamientos, de tan hondas gratificaciones internas, llegaban los pitagóricos a percibir en determinados momentos, la armonía de las esferas.

Mediante la doble taumaturgia de sus palabras y de sus silencios, en el transcurso de las noches serenas, en los momentos siderales propicios, en las criptas, bajo la acción de lo rayos telúricos o bajo la inmensa comba estrellada, al aire libre, cuando el tiempo lo permitía, acompañaba Pitágoras a sus discípulos más avanzados hacia ese estado de sintonización interior con la música del universo, percibida a través de ese delicado instrumento receptivo que todos poseemos en estado latente, esperando el solemne momento de su abertura, de su divino alumbramiento sonoro.

Entonces, la comunión vibratoria se establece y el gran concierto de los mundos es oído como una ofrenda celeste al hombre, que ha adquirido su dimensión cósmica. Al trascender la escala de los sonidos físicos, entra en posesión de la más sublime de las herencias.

Cuando esto se opera, los genios de la música del espacio, desvelan al hombre, en éxtasis, los misterios de ese pleno sonoro que nos envuelve y que sólo la sordera espiritual nos veda. Y el nuevo oyente percibe arrobado, esa inmensa orquesta, esa música indescriptible en la que cada estrella da su nota armoniosa. Y la beatitud de la celeste audición, transporta el alma a esferas espirituales superiores de vida en las que se abren, como fuentes de milagrosos raudales de colores, las ideas internas, los conceptos perdurables y todas las perfectas, arquetípicas formas.

Es el precio de aquel que, a través de la senda de la belleza, encuentra la vía de la purificación y del perfeccionamiento.

VI
Las leyes de la armonía

Cuenta la leyenda que, a los sones de su lira armoniosa, construyó Anfión, los muros de Tebas. Al conjuro de la música las piedras se movían, danzaban, se ordenaban y ocupaban su lugar formando el recinto de la antigua ciudad.

En ese símbolo subyace uno de los más profundos significados de la mitología griega. La exégesis de ese mito revela, ante todo, que la armonía es la ley fundamental del universo, y que la misma ley compenetra la Tierra, su diminuto fragmento. Todas las formas, por tanto, son sensibles a aquellas fundamentales leyes cósmicas. Y en el secreto del conocimiento de esas profundas leyes y para aquel que sabe operarlas, se halla la evocación de la vida y por tanto, de la belleza. Es un trasunto legendario del Demiurgo que, a través de los ritmos, plasma sus sueños y como un milagro, los construye. Todos los reinos se hallan compenetrados por esa inmensa música del universo que hacía operativa, en el mito, la flauta mágica de Anfión.

Cuenta por otro lado la tradición hinduista, que Brahmán creó al mundo danzando. Esa otra poética interpretación del poder de creación de la obra maestra del gran artífice, es una de las más bellas y trascendentales imágenes del símbolo. A los ritmos de la gran música de los espacios, la creación es como un juego sublime.

Todos los seres creados, toda la humanidad sin distinción, formamos parte del universo. Por tanto, nos hallamos inmersos en ese infinito mar de armonías que los místicos perciben en sus estados de remonte y beatitud, de liberación y éxtasis.

La armonía crea y sostiene los mundos, ritma y mide sus órbitas, integra sus respectivas materias, ordena su ley, siempre a imagen del arquetipo divino o modelo solar, radiante, (nuestro padre) que todos poseemos.

Todo lo que es inarmónico, se halla al margen de la gran ley universal. Es como un vacío, una burbuja infinitesimal en ese plano armónico. La maldad, el odio en todas sus formas, el miedo, la enfermedad, el vicio, la angustia, el dolor, son por tanto formas pasajeras, modalidades inarmónicas, fruto de tergiversación o ignorancia de esa ley que gobierna la moral, el amor, todas las ideas constructivas, los principios de la vida integral.

Sólo cuando el hombre deviene un instrumento vivo de la gran armonía, se vincula al ritmo de la suprema creación, y es capaz de interpretar y transmitir las ondas de vida que emanan constantemente del creador, el Sol manifestado, el músico supremo.

De ello se infiere la doctrina básica de la filosofía pitagórica. Siendo el hombre producto de la Tierra y del universo, es un ser potencialmente armónico. O sea, naturalmente bello, bueno y sabio.

Cuando es feo, malo o ignorante, no es él en realidad. La que así actúa es su sombra, su proyección minimizada, como una cascara vacía de contenido espiritual, ajena a las ondas vivas de la cósmica armonía, siempre fluentes.

Por ello, una de las cosas más maravillosas de que debiera vanagloriarse la historia, es ese ensayo de pedagogía integral y armónica que se realizó en la escuela pitagórica de la Magna Grecia, cinco siglos antes de nuestra era.

El primer postulado de la filosofía de Pitágoras era el reconocimiento, en el hombre, del potencial cósmico. Su pedagogía, por tanto, se basaba en los mismos principios del mito: en llevar, a través de la armonía y de sus operativas leyes rítmicas, a la belleza integral.

Partiendo de ese principio, pensó Pitágoras que, creando un medio armónico mediante las artes, las ciencias y la filosofía, y teniendo presentes los modelos divinos, podía actualizar en el hombre su propio arquetipo, su principio solar, su ser integral, posesionándose de su herencia divina.

Así pudo el primer gran pedagogo de occidente, mediante su método directo o sugerido en un ambiente de arte y de belleza, coronar una obra de verdadero maestro: ofrecer al mundo del presente y del porvenir un haz de hombres y mujeres que encamaran el ideal de la vida helena y lo proyectaran en el porvenir que nos aguarda.

En el "diálogo" platónico "El Simposio" (sobre el amor), la pitagórica Diotima de Mantinea habla del amor en su sentido universal y enlaza ese sentimiento con las leyes supercósmicas, espaciales de la armonía. El amor es para ella, como para todos los discípulos del maestro de Samos, la fuerza que une a los astros, que rige sus simpatías, que es causa de su ser, que marca sus rítmicas evoluciones, su movimiento en el espacio.

No puede disociarse, para Diotima, el sentimiento del amor, de las altas esferas del espacio de las que formamos parte, de cuya naturaleza participamos, y cuya atmósfera respiramos, como partículas microcósmicas que somos.

"Hay que alentar en los hombres el amor legítimo y celeste de la musa Urania" dice en este diálogo la noble pitagórica. La musa Urania representaba la ciencia astrológica en el seno de los misterios.

En otro lugar comenta: "La música (de las esferas celestes) es la ciencia del amor relativo al ritmo y a la armonía."

Timeo es el pitagórico que da nombre al más profundo de los "diálogos" de Platón. En ese "diálogo" están contenidos, a menudo en forma intencionadamente oscura, muchas de las verdades esotéricas y conceptos metafísicos de los pitagóricos. Las raíces del HIEROS-LOGOS están ahí, implícitas, y constituyen el móvil de las leyes biológicas, clave rítmica de los procesos tetrácticos o cuaternarios en los que se basa la naturaleza y en los que se fundamentaba la ley evolutiva del individuo en la forma descrita en este libro, según la doctrina pitagórica.

Por ella, constituye el "Timeo" un tratado de esoterismo, a menudo oscuro, de las leyes siderales y supercósmicas, de las que emanaba el ritual de la vida superior.
Veamos algunos de esos preceptos básicos del "Timeo".

Si nos remontamos a los orígenes del conocimiento sistematizado, la genealogía de los grandes ciclos zodiacales se halla claramente estructurada, en ese "diálogo", a través de las palabras del sacerdote egipcio al sabio Solón:

"Por el fuego y por el agua tuvieron lugar las destrucciones más graves (refiriéndose al hundimiento de la Atlántida, cuando el Sol, por precesión, atravesaba los signos iniciales de Leo y Cáncer, principio y final del gran ciclo zodiacal de 25,920 años). Es cuando los dioses purifican la Tierra."

El concepto de la *catarsis* pitagórica se transfería, en los misterios, a ciclos menores tetrácticos equivalentes a un año, ya que todo se relaciona, por la sabia ley de las correspondencias, en el espacio y en el tiempo. El SÍMBOLO es obvio en astrología esotérica. Todo confluye en la ley cíclica y matemática, como se sintoniza el movimiento de los átomos y el de los mundos.

El ajuste de la vida espiritual y material a las leyes cósmicas de la armonía, era, es y siempre será, el secreto de la perfección.

Lo atestigua esa frase del "Timeo": "Aquí y entre vosotros, se ha cumplido esa

cosa bella y grande que nos ha legado la antigüedad en los templos", refiriéndose a la ley cíclica de los misterios, que regían los ritmos de purificación integral de la vida de los pitagóricos.

Una alusión de ese "diálogo" a las mencionadas prácticas catárticas, la hallamos en esta frase: "La armonía Se mezcla en las estaciones, que conduce a los hombres más inteligentes..." "De los elementos (en su cuádruple sentido astrológico), Dios lo ha construido todo." (En lo terreno y en lo espiritual.)

La definición simbólica y cifrada de la ley cósmica de los ciclos, determinada por la precesión de los equinoccios, se halla en esta frase del *Timeo:* "Dios rodeó el mundo... de dos círculos: uno exterior y otro interior. Uño que va de izquierda a derecha. Otro, de derecha a izquierda." Alusión patente al lento movimiento del eje de la Tierra en sentido inverso al que gira aparentemente con relación a los signos zodiacales, observables a través de nuestras medidas del tiempo y del espacio.

Sigue Platón en el mencionado "diálogo" refiriéndose al mismo tema: "El círculo del otro (alusión al segundo o esotérico del movimiento de precesión que señala los grandes ritmos de la historia) marcha en línea recta y transmite al alma entera las enseñanzas sobre lo sensible y así se forman las opiniones verídicas." "Dios ha hecho esta imagen eterna que progresa siguiendo la ley de los números." "Y todo, a fin de que el mundo llegue a ser parecido al Viviente Perfecto e Inteligible."

Más adelante define los cuatro brazos de la Gran Cruz Cardinal en sentido esotérico, o sea, relacionando cada elemento con los cuatro planos de la naturaleza:
"Hay cuatro fundamentales formas vivientes: la primera, la especie celeste de los dioses (fuego o plano espiritual); segunda, la especie alada que circula por los aires (plano mental numérico o aéreo); la tercera, la especie acuática (plano llamado astral *eidolon* o de las emociones); y cuarta la que anda sobre la tierra (plano físico o material).

Estos elementos se corresponden, respectivamente, con los signos cardinales de Aries, Libra, Cáncer y Capricornio, de la cósmica *tetractys* pitagórica.

Prosigue, sobre ese tema, el "Timeo": "Por lo que respecta a la especie divina, dios, el abstracto, sin forma y sin nombre, le ha dado la estructura ígnea (espiritual o solar) a fin de que aparezca la más brillante y bella. En su forma más poderosa, le ha otorgado la sabiduría, capaz de ejercer el reflejo del todo." "...Los periodos regulares de las estaciones, los equinoccios, los solsticios, todo cuanto vemos que nos ha procurado la noción del número, proporcionado al conocimiento del tiempo, nos permite especular sobre la naturaleza del universo. Por ello hemos sido dotados de esa especie de ciencia. Ningún bien mayor nos ha sido concedido ni lo será jamás por los dioses a la raza de los mortales."

El significado de esas palabras con respecto a la doctrina pitagórica, no puede ser más explícito. Por ello, hemos preferido la cita directa, tan en consonancia con la finalidad de este libro, ya que el *Timeo* constituye el documento más antiguo y de primera mano respecto al HIEROS-LOGOS, pitagórico.

Matila Ghika, el autor que más ha profundizado en nuestros días el valor científico de las leyes pitagóricas del ritmo y de la armonía, ha aportado una documentación exhaustiva respecto a la definición aritmética, geométrica y estética, de la doctrina.

Su estudio sobre el "Número de Oro" o "Sección Dorada", que constituía el módulo esotérico de toda perfecta composición arquitectónica y plástica, así como la

clave estética de los ritmos en toda forma de arte lírico, nos ofrece sin duda el más trascendental descubrimiento de las teorías básicas transmitidas sólo en el seno de los misterios.

Esa ley perfecta del 'número y de la gracia relacionada con todas las formas de la vida, la conocieron y aplicaron los pitagóricos, en su más alta significación, a su filosofía y a su ética, a sus teorías relativas a la biología integral y al desenvolvimiento armónico de la criatura que integra la humanidad.

Volguine, en su tratado sobre astrología esotérica, aduce la conclusión de que: "...sólo el conocimiento por el corazón nos permitirá aprender las formas planetarias (armónicas) conocidas por los antiguos."

Ese "conocimiento por el corazón", ese amor a los principios, es actualmente la luz que va desvelando la intuición y la percepción de lo que en la antigüedad se hallaba *tras el velo.* Y es que, en el comienzo de la Era de Acuario, el signo que preside la revelación del mandato espiritual, es el signo opuesto y complementario de Leo, el gran corazón del zodíaco, el trono del Sol oculto, que debe presidir de contraparte espiritual de la humanidad. No en vano se ha dicho que "El corazón del universo vuelve a latir..."

Hoy, la pulsación inmensa de ese aliento cósmico nos devuelve muchas de las antiguas verdades.

La del "Número de Oro" representa una dádiva inapreciable, y es un síntoma elocuente que revela el estudio astrológico de las características siderales que imprimen su sello a la era naciente.

Refiriéndose a ello, dijo el pitagórico Filolao que "la armonía era la unidad en la diversidad, la conversión de lo discordante en acordante. Del mismo modo, las reglas de la "divina proporción" constituían la fuente, la unidad de toda armonía manifestada.

La ecuación matemática del "Número de Oro" se sintetiza en esta fórmula:

Cuando en la relación entre la suma de dos cantidades a + b, una de ellas —la mayor, a— es igual a la relación entre ésta y la otra —la menor, b—; o sea que

$$\frac{a \quad b}{a} = \frac{a}{b},$$

se ha dado a esta relación el nombre de "Sección Dorada".

El valor numérico de esa relación es igual a 1 más la raíz cuadrada de 5 dividido por 2 o sea:

$$\frac{1 + \sqrt{5}}{2} = 1{,}618.$$

En cuanto a la regla armónica de la proporción geométrica reside en el pentágono, la estrella de cinco puntas, el símbolo humano. El "corte de oro" aplicado a la gracia y a la medida armónica, reside en el nivel horizontal de los brazos superiores de la estrella pentágona inscrita en el círculo.

De esa simple teoría dimanan las más bellas proporciones de los templos griegos. El corte de oro geométrico, residía en el arquitrabe. Las correcciones ópticas se ajustaban de manera maravillosa al enfoque del punto de mira del ser humano. Ese secreto no se redescubrió hasta el siglo pasado.

Toda creación estética que no se ajuste a tales leyes, no es más que imitación desafortunada, fría, deshumanizada, de lo que fueron los antiguos templos, las más bellas esculturas, la música, los ritmos armoniosos que dimanaban de las leyes de proporción y la matemática del universo solar.

Los antiguos pitagóricos relacionaban los números sagrados con los polígonos regulares. Y las correspondencias entre sonido, número y forma, con las vibraciones del Sol, de la Luna y de los cinco planetas integrantes de los siete principios del hombre.

Las correspondencias, pues, de las leyes del ritmo en la naturaleza humana, elemental, cósmica y universal, eran exactas, conociendo las claves de su relación.

Por ello, al alcanzar la perfección recobra el hombre, a través de las leyes eternas del ritmo y de la armonía que rigen todas las cosas, así como el sentimiento y el pensamiento, su herencia celeste.

El HIEROS-LOGOS de los pitagóricos es, pues, la ciencia, la estética, y a la vez, la moral de los números, la filosofía de la música, la magia del movimiento, la armonía de los sonidos, la proporción de las formas.

Existe un orden espacial y un orden sonoro. Todas las artes y la misma vida, cuando deviene obra de arte —la *ars magna* por excelencia— participan de la naturaleza de los astros.

La astrología, llamada en el seno de los misterios antiguos "ciencia madre de todas las ciencias", se basa en esa correspondencia sideral con los ritmos naturales y humanos. Todo se relaciona. El conocimiento de las claves de esa alta ciencia y su porqué, abre la razón de la suprema sabiduría: aquella que se revela casi por gracia en el individuo iluminado por el sentido de la proporción y de la belleza. La conciencia que se deriva de esa inefable experiencia, desenvuelve el sentido de toda superior verdad, la vivida armonía que conduce al éxtasis.

Según cuentan sus biógrafos, Pitágoras experimentaba a menudo esos profundos estados de beatitud en sus contemplaciones y en sus meditaciones, escuchando la música de las esferas y considerando su correspondencia íntima con las virtudes y las supremas verdades que tan hondamente había captado.

Uno de los más altos grados de la iniciación en el santuario de Eleusis se llamaba "Iniciación en el Círculo". En ese grado se revelaban al *epopto* las claves de la astrología esotérica en relación con las leyes éticas de la armonía. O sea, los preceptos de la vida superior, derivada del libro eterno del infinito.

Este conocimiento tenía una directa aplicación a las causas históricas y sicológicas de la humanidad. Aconsejamos al lector los libros de la serie *Astrología Cíclica* que ha publicado la editorial Costa-Amic de México, respecto al pasado y el futuro, y la relación exacta del microcosmos —el hombre completo— con el macrocosmos —el universo y sus leyes en manifestación—, y la curiosa correspondencia entre las pruebas que tenía que atravesar el neófito para lograr la iniciación y las etapas sucesivas de la evolución de la humanidad en su conjunto.

Esa ciencia profunda y compleja se hallaba contenida en la famosa "Metacosmosis" de los pitagóricos, cuyas claves eran los cinco cuerpos geométricos regulares, inscritos en el círculo.

Ello da a entender que, si todos los actos humanos —así volitivos como formales—, se realizaran de acuerdo con esas claves de proporción, se llegarían insensiblemente, merced al ritmo liberador que de ellas se derivan, a ese estado de unidad armónica que pone en contacto al hombre con las leyes superuniversales.

Este era el principal secreto de la alquimia estética integral lograda por los discípulos de Pitágoras en el instituto de Cretona. Todo allí se hallaba construido y laborado de acuerdo con esos principios matemáticos, geométricos, éticos y estéticos.

Así, el medio contribuía enormemente al desenvolvimiento armónico preconizado por la doctrina del maestro, cuyo signo de manifestación podría resumirse en esa cualidad que era su lema y su salvoconducto: la elegancia.

¿Puede esa modalidad fundamental del pitagorismo haber dejado de influir en el llamado "pensamiento mediterráneo? ¿Es posible disociar de sus verdades fundamentales la génesis de la filosofía, o sea, su orden meta-físico y su medida estética? La filosofía idealista de Platón, el primer gran pitagórico griego, es la más palmaria respuesta.

En este inicio de era, como en todos los inicios, renacen las claves eternas, cósmicas, que motivaron aquellas manifestaciones ejemplares en el tiempo.

Que el agua de vida del ánfora del Aguador Celeste sea premisa esperanzadora de que la herencia eterna generosamente derramada sobre la humanidad, pueda conducirnos a una nueva, esplendorosa civilización.

VII
La mística "Tetractys" de los "Versos áureos"

Cuando en sus VERSOS ÁUREOS habla Pitágoras de la "...tétrada sagrada, inmenso y puro símbolo, fuente de la naturaleza, que mana eternamente", se refiere, en forma velada y alegórica, como era frecuente en su enseñanza superior, a la gran cruz que sobre el círculo zodiacal, dibujan los cuatro brazos que, partiendo del centro de la circunferencia, señala los cuatro puntos cardinales.

Esa cruz astrológica cardinal del año, señalaba y señala y señalará mientras el universo exista, las cuatro grandes oleadas de vida derramadas sobre la Tierra, las cuatro fechas místicas del año en las que se basaban las festividades de los antiguos misterios y su completo ritual catártico o de purificación.

Dice Simplicio que "Pitágoras poseyó el celestial vehículo de purificación sobre los sentidos" refiriéndose a las claves de dicho ritual cósmico.

Teon de Esmirna, citado por Taylor reafirma: "La *tetractys* no sólo fue honrada preferentemente por los pitagóricos, porque todas las sinfonías se fundamentaban en ella, sino porque contiene la naturaleza de todas las cosas."

De todo ello se infiere el usual juramento de los antiguos pitagóricos: "Por aquel que ha revelado a nuestra alma la *tétrada sagrada* que constituye el principio y la raíz de toda la naturaleza."

La tétrada o *tetractys* (palabra griega) sagrada, corresponde a cada uno de los brazos de la gran cruz mencionada, trazada sobre la gran rueda zodiacal, cuando el Sol pulsa los cuatro signos de acción: Aries, Libra, Cáncer y Capricornio, en el inicio de los equinoccios y los solsticios que dan nacimiento a las cuatro estaciones: primavera, verano, otoño e invierno.

Cuando Pitágoras en sus "versos" llama a esa cruz celeste, "inmenso y puro símbolo", glosa tácitamente aquellas ocultas celebraciones rítmicas que los pitagóricos aplicaron a su vida integral. "Inmenso" se refería a su sentido cósmico. "Puro" es el adjetivo referente a las catarsis o purificaciones mencionadas durante tales periodos. El mismo "verso" termina con la palabra clave: "Símbolo".

A estos periodos rituales de purificación se refería Platón en su "Timeo", nombre del más pitagórico de sus compañeros de diálogo: "El cuerpo donde afluye y del cual mana una oleada ininterrumpida (de vida), ellos (los dioses) introducen los *movimientos periódicos* del alma inmortal."

Esos cuatro ritmos anuales, se celebraban en el seno de los misterios desde tiempos antiquísimos, ya que la astrología esotérica era la ciencia que los regulaba, como regulaba e inspiraba la vida toda de las sociedades primitivas.

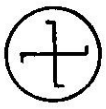
En un santuario del mismo palacio del rey Minos, en Gnosos, isla de Creta, en aquella reculada civilización correspondiente a la Era Táurica, o sea, de más de cuatro mil años anterior a nuestra era, se halló, como símbolo religioso allí representado, una cruz de cuatro brazos iguales. O sea, la cruz zodiacal o básica, inscrita teóricamente en un círculo.

Más antiguamente aún, se halló la misma cruz representada simbólicamente en movimiento: la cruz gamada en los exvotos de América, de Troya y de Chipre, que reaparece en cerámica griega hacia el octavo siglo anterior a nuestra era.

Esa cruz gamada o *svástica* que se creyó privativa de oriente, representa la gran

cruz zodiacal en acción. En la India se la definió como "las armas de fuego del Sol" fundamento de la *Astra-Vidya* (sabiduría de los astros). Orfeo, en sus "Himnos sagrados" la llamó poéticamente "los cuatro ojos de Fanes" (el Demiurgo Solar) con los cuales "todo lo contempla en torno".

Eliphas Levi llama a esa cruz activa con su definición primitiva: "la rueda de Pitágoras". Es obvio señalar su concomitancia con la llamada "rueda de Ezequiel" con las cuatro cabezas de los animales zodiacales. En Egipto la llamaban "la esfinge de cuatro cabezas" ya que representa la cuádruple oleada de vida universal sobre la Tierra, los cuatro elementos, las cuatro estaciones, los cuatro puntos cardinales y el ritmo oculto que determinó, desde tiempos inmemoriales, las cuatro celebraciones rituales de los grandes centros iniciáticos, así de oriente como de occidente.

Esa cruz cardinal zodiacal: 

constituía, pues la cruz viviente de sacrificio o *acto-sacro.* Su simple estructura basaba las fechas, los instantes del ritual solar y lunar durante las cuatro celebraciones anuales de purificación y de investidura. Su ritual se hallaba sintonizado con los fenómenos celestes y las vibraciones elementales, angélicas y planetarias. Su finalidad era, no sólo el beneficio de los afiliados a las comunidades esotéricas, sino servir de canal de transmisión, en los momentos culminantes, de la gran corriente espiritual solar sobre la Tierra.

Teniendo en cuenta que el año sideral nace cuando entra el Sol en el equinoccio de primavera, o sea, cuando el brazo de la gran cruz que pulsa el Sol se halla en el signo de Aries, las grandes fiestas de exaltación de la pureza, tenían lugar en el mes de marzo, bajo la advocación de Ares, el ardiente dios de la fuerza y el dominio, el que da la tónica del vencimiento sobre uno mismo en cuya casa zodiacal se halla la exaltación del Sol. Los griegos llamaban al mes de marzo, de Elafebolion y las fiestas de precepto se consagraban al dios Dionysos, personificación mística del Sol.

En este momento del nacimiento de la primavera, el lema de identificación con el espíritu solar era de "regeneración" integral. Las prácticas catárticas y la promesa interior confluían en esa transmutación de fuerzas en el individuo mismo, que convierten la pasión en puro y exaltado amor, todo egoísmo en generosidad, toda tristeza o apagamiento en alegría y esplendor, todo decaimiento en vivificación y salud. La fuerza recibida del Sol a través del ritual astrológico y de la magia natural, establecían un eficaz enlace del individuo y del ambiente con el espíritu solar, donador de vida infinita.

En esas ceremonias, al maestro o Hierocérix actuante, representaba a Hermes, Mercurio, al conductor o Sol Menor. En la ceremonia circular efectuada en torno suyo, en los instantes precisos en que el gran astro ingresaba en dicho signo zodiacal de Aries, el magnetismo solar se derramaba y fluía desde el transmisor a los oficiantes, y de éstos al lugar de celebración y a todos sus contornos.

Esta ceremonia se repetía en forma parecida centrándola una mujer iniciada, durante la inmediata neomenia o Luna Nueva y también, como coronación final, en el instante de la Luna Llena. Los antiguos decían que la Luna era el vehículo del

magnetismo solar sobre la tierra, su intermediaria directa, y que nada podía realizarse como enlace con las fuerzas universales, si no se invocaba a la "mujer", la Luna.

Precedía al simple ritual luni-solar unos días de ayuno y purificación física, mental y síquica rigurosa, con abluciones, vahos, meditaciones y ejercicios idóneos. El ritual biológico de purificación era completo en esas fechas cruciales y predisponía al candidato al digno recibo de la *ofrenda sideral.*

Para las abluciones, se disponía en cada santuario de iniciación de un lago de agua salada o piscina sagrados. En torno a ese lago, tenían lugar también representaciones alusivas, recitados y fiestas místicas, de gran trascendencia y valor de transmisión.

Las leyes que rigen esos cuatro grandes ritmos derivados de la cruz sideral, son inherentes a la misma naturaleza humana aunque su raíz brote de lo universal. Todas las selecciones humanas de todas las civilizaciones de la historia, las han conocido y practicado. Ya que la humanidad siempre ha necesitado y necesitará de esa tradición divina, de esos empalmes cíclicos con las fuerzas paternales del universo del que formamos parte. Tales leyes, con su conocimiento inherente, amparan y liberan a aquellos que aspiran a emanciparse de la vulgaridad y la rutina, y vivir en la plenitud y gozo de esa herencia celeste que nos legó, al darnos el ser, el divino padre.

En un libro primitivo, "los entronizamientos de la gran madre" de Dion Crisóstomo, consagrado al ritual de Eleusis, se trataba del rito llamado "incatedración". Era cuando los adeptos del rito mencionado, durante las ceremonias astrológicas, entronizaban al candidato y formaban en torno suyo un círculo y danzaban así una mística danza, siguiendo el compás de especiales sonidos rituales. Ajustados a tales sonidos, se pronunciaban determinadas palabras, durante las cuales se alternaba en el recinto la luz y la sombra.

"Es evidente —-sigue diciendo Dion-— que esa ceremonia constituía un fenómeno cósmico y se aplicaba al desenvolvimiento espiritual. El candidato representaba al Sol y los demás oficiantes, los planetas. En otras palabras: era la glorificación del conquistado Sol, el perfecto aspirante, por los subordinados poderes."[1]

El éxito de esa meditación conducida que ha llegado a nuestro conocimiento a través de la hermandad de los pitagóricos de la última época alejandrina, consistía, pues, en poner al unísono las vibraciones de la Tierra a través de los espíritus de los elementos y sus tónicas correspondientes, con las altas vibraciones del universo solar, por la escala de los vínculos y de las simpáticas sintonías.

Nunca el principio hermético de "como arriba así es abajo" ha tenido una efectividad interpretativa más ajustada, que ese básico ritual solar y lunar en que los candidatos y meditadores se afinan como instrumentos perfectos y sirven de vehículos transmisores por los que pueden descender todas las formas de la armonía universal sobre la humanidad.

Cada una de esas cuatro grandes celebraciones anuales centraba antiguamente, no sólo el orden de la sociedad y el ritmo de su equilibrio, sino que constituían el potencial espiritual de la vida, ya que regían las festividades de los misterios y su ritual solar secreto.

Era, por tanto, una enorme palanca social, un acicate individual, una norma de salud integral y en sus formas exotéricas o simbólicas, un alto valor artístico y educativo.

---

1 Mead. "Orpheus.

En el brazo de Aries, en que se honraba el nacimiento de la primavera, era costumbre popular, en esas fechas, cumplir con las purificaciones religiosas, que constituían para todos una gran medida terapéutica, y celebrar luego el acontecimiento natural con banquetes de amor. En ellos se coronaban los asistentes, mutuamente, de flores y ardían las hogueras en honor del signo de la exaltación solar. Por su significación sideral, se exaltaba la adolescencia, la inocencia, la pureza, el entusiasmo, o posesión divina. Se organizaban procesiones nocturnas con antorchas encendidas, se danzaban ditirambos, la danza exaltada de la alegría, se cantaban himnos a Ares (el dios Marte) y al Sol, a los espíritus del fuego, a todas las hadas que hacen crecer las flores.

En tanto el pueblo se regocijaba, fiel a las prescripciones exotéricas de los santuarios, en sus áditos secretos, en sus criptas de iniciación, tenían lugar las ceremonias mágicas. En ellas, se ponían en juego, a través de las prescripciones astrológicas, las fuerzas de los elementos y toda la gama de las vibraciones planetarias y el inmenso potencial lunisolar.

Tres meses más tarde, celebraba el pueblo griego el solsticio de verano en el brazo de Cáncer de la cruz zodiacal. Era la festividad del agua. Toda purificación, además del ayuno y las demás formas descritas, se cerraban con las inmersiones totales de rigor, abluciones que tenían lugar en lagunas artificiales saladas, en el mar o en el agua corriente de los ríos. Como divinidad, se honraba a la Gran Madre, la Engendradora, la Deméter divina, madre del mundo, que hace dorar el trigo y granar la espiga. Por ello se la representaba con un haz dé esa gramínea y coronada de espigas.

Pitágoras reunía entonces en el Templo de las Musas a sus más avanzados discípulos, después del cumplimiento integral de las catarsis y de la meditación conducida, y les explicaba el significado trascendente de los mitos sagrados relacionados con el solsticio de verano.

En la escuela, como en otros lugares místicos de Grecia, organizaban los pitagóricos, por el Golfo de Tarento, procesiones nocturnas en barcas engalanadas.

En la neomenia se celebraba así especialmente el místico desposorio con el mar, ya que el signo zodiacal honrado era el agua, y su diosa la Luna o Hécate. Se echaban flores al mar en tanto se recitaban los himnos órficos alusivos a la festividad, especialmente bellos en esas tibias fiestas solsticiales.

Entre los pitagóricos, la norma de la escuela era entonces, honrar especialmente a la mujer. Se practicaba hacia ella la más fina cortesía. La madre era santificada y se le rendían honores parecidos a los de Artemisa, la diosa lunar. Asimismo se festejaba a la compañera, la novia, la mujer próxima. La castidad era el distintivo de esa celebración de inicios del estío.

Las fiestas del otoño del mes de Boedromion se consagraban, al brazo de la cruz que presidía el signo zodiacal de Libra, la balanza celeste, que gobernaba Afrodita o Venus, la diosa del amor, de la belleza, del arte, y que preside todos los encantos de la vida. Es, también la diosa de la armonía y por ella, entre los pitagóricos, tenía una excepcional importancia, el equinoccio de otoño.

Siendo ese signo de Libra el opuesto y complementario del de Aries, que inicia el año astrológico y concentraban en los misterios, las grandes representaciones llamadas menores, el de otoño presidía especialmente, en todos los centro iniciáticos, y en el instituto pitagórico, el ritual esotérico de los misterios mayores. En esta época, se

efectuaban en Eleusis las grandes pruebas y las consagraciones de los *epoptos* o iniciados.

Toda la vida griega, por su lema de belleza —dado a la civilización a través de las prescripciones de Orfeo, de las astrológicas desde el seno de los misterios—, giraba en torno a esa festividad, que representaba el culto de la hermosura, la exquisitez, la elegancia y la armonía en todas las cosas.

Merced a esa tónica impresa en la vida helena, ha podido llegar aquella esplendente civilización a los siglos futuros, un arte al par que una filosofía que lo complementa, que no han sido todavía superados.

Coincidían con esas celebraciones selectivas, las fiestas populares de la vendimia. Pan y las ninfas, los sátiros y los silenos y todas las divinidades elementales de la naturaleza, eran celebradas con danzas, libaciones y generales holgorios.

Después, se invocaba a los espíritus aéreos, ya que ese elemento era la tónica del signo de Libra, de característica mental. Los estudios esotéricos eran incrementados y en esa fecha, el maestro realizaba sus más profundas revelaciones a sus discípulos más avanzados. Era, en suma, la meditación cíclica de otoño la más importante y profunda entre las cuatro anuales.

El último brazo de la gran cruz cardinal del zodiaco era el del solsticio de invierno, que presidía el signo, da Capricornio de tierra. Este brazo poseía una gran importancia devocional y mística, porque en él se celebraba el nacimiento del sol en su curva diurna ascendente.

Al pulsar el gran astro la cuerda zodiacal de ese signo saturniano, el día comienza a crecer. De ahí el significado mítico estelar del nacimiento solar que celebran, a su modo, todas las religiones como un reflejo de los antiguos misterios.

En esa fecha crucial se inicia la oleada de vida a través de los gérmenes depositados en el seno de la madre tierra. De lo alto desciende silenciosamente, imperceptiblemente, la gran oleada de vida resurrectora que hará luego verdear y florecer los campos en primavera, granar las cosechas en verano, y rendir los frutos en otoño.

El místico nacimiento del Sol, no sólo recobra la savia adormecida en el seno de la tierra, sino que inicia una vida nueva. En el seno de la comunidad pitagórica, en una forma casi reclusa y hogareña, porque el solsticio invernal invita a la concentración, al esfuerzo callado, a la labor interna, era una celebración mística que la tradición ha recogido intacta.

El simbólico nacimiento del Sol —y su marcha hacia el norte— tenía antaño su idóneo reflejo en la renovación, la germinación, y el renacimiento del alma. Los ofertorios, las purificaciones, las meditaciones conducidas y los astrológicos rituales elementarios, tenían en esas fechas una divisa de renunciación. La catarsis, una finalidad de desapego de las cosas terrenas y se otorgaba al vínculo establecido con la divinidad, una táctica promesa de despojarse de todo lo viejo, cristalizado, triste y caduco. Todo meditador se esforzaba entonces en desterrar de sí toda rutina, toda forma tóxica interna y externa, desechando lo inservible.

Merced al ligamen sideral establecido, crecía el ámbito de las recónditas aspiraciones. En el silencio se hacían las más nobles promesas, se afirmaban los deberes y se estructuraba todo trabajo interno. Entonces, como una respuesta propicia, de lo alto descendía, como un resorte mágico pulsado, la guía del yo superior en forma de inspiración y de clara visión.

Cada una de esas celebraciones rituales representaba, para los pitagóricos, la oportunidad de acumular riqueza interior, equilibrio, salud y belleza. Por ello, consideraban tales ceremonias astrológicas como el cuaternario divino, como brazos auténticos del padre del universo, el Sol, el padre manifestado, tendidos amorosamente a la anhelante humanidad.

Todo aquel que tenía el privilegio de participar en estos actos rituales, y confraternales, salía de cada celebración integralmente renovado en lo físico, en lo emotivo, en lo mental y con el espíritu enriquecido. Todo su ser ganaba en salud, en vitalidad, en irradiación, en lucidez. La armonía conseguida se reflejaba en todo y aumentaba en él la capacidad del amor y la dádiva, tanto en forma visible como invisible.

El fin último de las catarsis, según Pitágoras, —casi siempre el ayuno se prolonga hasta la siguiente neomenia. —, era la sobriedad, la limpieza del cuerpo y de la mente, el cultivo de la dulzura, forma la más amable de la armonía, la igualdad de humor (*ataraxia),* la eliminación de toda forma de causticidad o sea, no herir en pensamiento, en palabra ni en obra. Y transmutar los instintos en poderes, las ideas en intuiciones, el saber aprendido en percepciones directas.

E1 valor de las laxaciones, así físicas como mentales, cultivaban la correlación armónica entre las funciones corporales y los átomos que integran el organismo. Por ello, por efecto de las purificaciones y la meditación tetráctica rítmica, se hacían excepcionalmente plasmables y receptivos al influjo astrológico modelador.

En cuanto a la inspiración o intuición directa que precede a la conciencia divina *(epinoia)* se deriva de la experiencia proseguida de tales actos.

El estado de contemplación simultaneado con el de audición, despertaba a menudo, como hemos insinuado, la capacidad de adivinamiento. A través de él, por traspasadura, se llegaba al conocimiento directo de las cosas, al fundamento mismo de las ideas, a la intuición directa *(dianoia)* de las verdades eternas. Entonces se derrumba la valla de la mente concreta (las formas mentales corporizadas).

Antes de llegar a este estado, toda forma, aun la más sutil, de fanatismo, debe ser barrida, ya que el aflujo de la mente creadora exige un vehículo sin obstáculos, una permeabilidad de los sentidos, una limpidez de facultades capaces de servir a la transmisión de los dictados celestes.

Sólo entonces ocurre ese fenómeno de euforia, de sazón, estimulado cada vez por la aportación y el influjo colectivo de la rueda meditativa: la percepción del señor sin tiempo, del *pleno sensible.* Todo resplandece, entonces. El que tal estado alcanza, despierta a la conciencia cósmica. Todo su ser se halla compenetrado y traspasado por la substancia primordial (la *hylé* de los griegos), estado que definió Aristóteles diciendo: "todo se hallaba lleno de dioses", es decir, de substancia divinizable o divina.

Un doble mundo compenetra a cada meditador, irradiando el aura del círculo. En tal estado, la plegaria del *Retorno* puede alcanzar aquella significación que le diera Plotino, el filósofo del éxtasis:

"El que solicita la divina influencia por medio de la plegaria, no es extraño al universo."

VIII
Pedagogía de la belleza

La belleza, en su definición humana, la concebían los pitagóricos como exaltación del individuo a su propia perfección a través de dos medios complementarios: el desenvolvimiento integral de sus facultades físicas, morales e intelectuales, y como una progresiva incorporación del propio arquetipo o modelo divino.

Pitágoras, como todos los iniciados griegos, creía que todo hombre y toda mujer poseen la semilla de esa divina belleza recóndita y que, mediante un sabio método pedagógico, puede llegar a actualizarla, ya que esa simiente perfectible, radica en el mismo átomo permanente físico.

Todo el ideal del internado Crotonio pretendió, de acuerdo con ese principio básico, crear un medio propicio a su desenvolvimiento.

Sabía el filósofo de Samos que sólo mediante el cultivo armónico de todas las facultades del individuo, y comenzando, como atestigua Platón, por la belleza del cuerpo, podía cumplirse la misión que parecía encomendada a la raza helena, y así el sistema pedagógico basado en la belleza, tal como lo concibió Pitágoras, puede sintetizarse en este incomparable párrafo de Plotino, el filósofo alejandrino de comienzos de nuestra era:

"Retírate en tí mismo y contempla. Y si no te encuentras todavía hermoso, imita al creador de una estatua, que la esculpe para que sea bella. Aquí despoja, allí pule; suaviza una línea, completa aquella otra y no cesa hasta evocar del mármol, la perfecta imagen. Como él, despréndete de lo inútil, endereza lo torcido, ilumina lo sombrío y no dejes de cincelar tu estatua hasta que sobre tí brille el divino esplendor de la virtud, hasta que contemples a la deidad presente en su propio santuario.".

O sea que, si hacemos un análisis de sintonización de esa finalidad básica de la pedagogía integral de la belleza, con la finalidad esencial de la meditación pitagórica conducida, echaremos de ver su absoluta concordancia.

1. Retirarse en uno mismo, estableciendo la perfecta introversión.
2. Realizar el vacío mental seguido de la autocontemplación.
3. Ajuste de nuestro ser íntegro al arquitecto divino.
4. Inmersión en el espíritu puro, meta última de perfección.

Cuando el maestro decidió fundar en la Magna Grecia su ejemplar escuela, basada en tan altos fines, el pueblo griego se hallaba desorientado, atemorizado, en el inicio del caos intercíclico de fines de la Era Aria, caos similar al de nuestra época.

Anheloso de establecer la síntesis pedagógica y filosófica capaz de definir y afirmar la misión de Grecia y su proyección en la historia de Occidente, concibió el plan de crear en su soñada escuela, un plantel de selecciones humanas capaz de llevarla a cabo. Sería a manera de un modelo de estructura de la vida que serviría para todos los tiempos. Sería el puente tendido en alto para salvar las verdades eternas y una contribución a la armonía en esos caóticos intersticios cíclicos de traspaso, en los que priva el materialismo y la desarmonía en los individuos y en los estamentos sociales.

Consideraba Pitágoras que se acercaba el momento en que era necesario el cultivo de un injerto humano capaz de realzar a la sociedad de su época. A tal fin ideó la fundación del famoso instituto Pitagórico de Crotona.

Seleccionó el maestro, entre los jóvenes mejor dotados, mediante una sabia dosificación de las mismas pruebas de los misterios, y los educó a base de un sistema de enseñanza propio en el que la belleza era, a la vez, el método y la finalidad.[1]

Sólo la filosofía, enraizada con los más altos dictados cósmicos, puede convertirse en mentora y estructuradora de un tan elevado ideal práctico de la vida y ofrecer las bases de un concepto tan revolucionario y de dilatados ecos como el que puso en acción, en su época, el primer filósofo y pedagogo de occidente.

La didáctica armónica, como filosofía de la vida, operaba entonces dentro del vasto y abonado campo de las posibilidades humanas, estimuladas por un impulso cósmico y acelerado de renacimiento espiritual correspondía a su hora histórica.

No hubiera podido Pitágoras planear tal empresa, sin un conocimiento previo y completo de las posibilidades del individuo como realidad y como potencialidad. Poseía el maestro la visión certera del momento, y conocía los resortes secretos del alma humana. Podía abrir sus oscuras reconditeces, alumbrar las zonas claras, prestar alas a sus facultades creadoras, desenvolver las volitivas y hacer de los acontecimientos mismos, deletreados a la luz de sus enseñanzas, una alta norma de sabiduría experimental y de aprovechamiento.

Por ello el pitagorismo pudo ofrecer al mundo los mejores ejemplares de humanidad, los más bellos y elegantes ciudadanos, los más inteligentes y bondadosos y los de mayor capacidad rectora. La escuela dio a Grecia y al mundo antiguo, los mejores pedagogos, legisladores, filósofos, mentores y jefes de la sociedad, los que desempeñaban con absoluta garantía los puestos de responsabilidad y especialmente, los llamados a plasmar las jóvenes almas, depositando en ellas la simiente pitagórica de la vida integral y armónica.

Como hemos mencionado ya en otro lugar y pregonan las antiguas crónicas, todo el mundo antiguo conocía a los pitagóricos a primera vista por su elegancia. Ellos supieron dar al concepto de la elegancia una extensión y una profundidad que nosotros, hombres y mujeres modernos, hemos, por desgracia, olvidado. Esa elegancia no es la que estamos acostumbrados a considerar, porque tenía su fundamento en leyes eternas y se basaba, por tanto, en una actitud ante la vida. Era para ellos una síntesis de cualidades, logradas a través de una educación estética integral del individuo. Por ello pudo crear Pitágoras una aristocracia del cuerpo y del alma que significó en su tiempo una transfusión viviente de la doctrina pitagórica, un injerto de selección para la sociedad de su época.

La elegancia, como cualidad máxima de la escuela, era el distintivo, visible e invisible, de su filiación. Era, por así decir, su título nobiliario que no necesitaba de otras heráldicas y que pregonaba a la vista de todos, la excelencia del que lo sustentaba.

Si bien es verdad que la elegancia de los pitagóricos consistía en la soltura graciosa del porte, en la armonía mesurada de los movimientos, en la majestad de la figura, en la belleza del cuerpo y de los atavíos, no lo **es** menos que ella se debía a la aportación de una alta pedagogía de lo bello y a una estética que abarcaba lo moral y lo espiritual.

La elegancia moral se hacía patente en forma de corrección, de equilibrio en la conducta, de exquisita cortesía, de prudencia, de delicadeza, de todo cuanto constituye la

---

1 Véase la obra de la misma autora: *La vida serena de Pitágoras.* Editorial Orion, México.

música de la expresión en la existencia. No quiere decir que los pitagóricos se hallaran en una constante actitud de vigilancia consigo mismos, lo que hubiera podido torcer, en algunos casos, la finalidad primordial de la labor del maestro. Ese don de gentes fluía de ellos como el perfume de la flor, se desplegaba con la naturalidad de sus pétalos y se mecía en el ambiente que los circundaba como los tallos enhiestos al soplo de la brisa. Tenían ellos por fundamento el más vivo interés hacia los demás. Una actitud de extraversión admirativa, completaba la riqueza de su mundo interior, que la meditación incrementaba y estructuraba. Sentían, por tanto, un viviente interés por todo, un reconocimiento de la grandeza y divinidad manifiestas en los seres y en las cosas. La contemplación frecuente de uno de los más bellos panoramas de la naturaleza les ayudaba a almacenar ese germen de beatitud sin el cual no puede formular la plegaria espontánea y viva, todo aquel que trata de identificarse con la obra divina de la maravillosa naturaleza que nos cobija.

La elegancia pitagórica tenía, pues, sus bases no sólo en una estética de las formas, sino de una filosofía ética y de pureza. Ella les infundía el sentido de la medida en todo, y ese don sutil de la generosidad que no es sólo una capacidad de dádiva externa, sino una actitud de amor y de comprensión.

Esa disposición la cultivaba el filósofo de Samos en sus discípulos como una planta selectísima que había de dar sus frutos en la convivencia y sobre todo, en la amistad.

Esas disciplinas de matiz no podían encerrarse en un molde pedagógico, porque su consecuencia se derivaba de unas sugerencias ambientales en gran medida, que reaccionaban de manera distinta en cada individuo. Era el maestro un sutil sicólogo. A menudo actuaba sobre sus discípulos sin que sus enseñanzas pasaran por la mente, sin ser razonadas. Esa pedagogía de la sugestión y del ejemplo, se aplicaba a través de los medios armoniosos especialmente, y su asimilación se efectuaba por el superconsciente.

En ningún instituto del mundo se cultivó, como en aquella escuela modélica de Crotona, la voz. La palabra era, para los griegos, el *logos;* o sea, voz humana y verbo divino a la vez. Esa doble acepción imbuía al maestro a aproximar la expresión vocal a la voz arquetípica. Y esa superior pedagogía de la palabra no podía excluir el otro sentido iniciático del poder del verbo.

La voz del pitagórico, hombre o mujer, era cultivada, pues, como una música. Era un puro deleite de los oídos escuchar a un pitagórico.

"Hablar sólo cuando la palabra valga más que el silencio" decía Pitágoras a sus discípulos. ¿Podemos acaso columbrar el valor de estas palabras si consideramos que se llamaba al filósofo, en su forma más admirativa, "Hijo del Silencio"?

No era sólo el conocimiento y dominio de las leyes de la oratoria que en el instituto se cultivaban predominantemente. La voz de Pitágoras era la mejor escuela del lenguaje perfecto. Poseía, según sus biógrafos, una sugestión sin par, una fuerza, una precisión un convencimiento y una dulzura que captaban a todo aquel que tenía el privilegio de oírla. Jamás hubo un instrumento humano mejor templado. Modulaba el maestro su voz como nadie, porque su oído interno estaba acostumbrado a percibir la música de las esferas.

Otros elementos contribuían a la excelencia del timbre y la modulación de la voz de los pitagóricos: el puro régimen de vida, los ayunos, la frecuencia del aire libre, la estancia entre los pinares y la proximidad del mar, el cultivo de la respiración, los

ejercicios diversos y especialmente, las prácticas de purificación rítmica, integral, de los cuatro periodos de la cruz cardinal zodiacal del año.

Desde sus orígenes y dentro del método pedagógico del maestro, los pitagóricos debían la peculiar y tradicional armonía de la lengua griega, ya de sí armoniosa y perfecta, al sometimiento a un largo periodo de silencio, observado en el primer grado de la escuela. No menos contribuía el sonido de las liras heptacordes que acompañaban, en el instituto de Crotona, los himnos dedicados al nacimiento y a la puesta del Sol, cada jornada. La eufonía perdurada de tales himnos llegaba a afinar, a armonizar por el procedimiento mimético y sugestivo, la emisión de la voz y su propia música. Así el habla, entre los pitagóricos, era como un canto pleno de sugestiones y de armonías.

Cuando, después del dilatado silencio de asimilación, el pitagórico pasaba al segundo grado de la enseñanza, renacía, purificado, a la palabra, que le era concedida como un don. Así, poseía ésta unas calidades, unos matices y una prestancia material, moral e intelectual, difícilmente igualables.

Por lo que respecta a la hermosura corporal, famosa entre los pitagóricos, sabía de antemano el maestro el secreto de su plasmación lenta pero segura, a través, no sólo del régimen y de los ejercicios practicados, sino mediante la eficaz y silente acción de la pedagogía estética que ejerce un medio ambiente de belleza. A tal fin, rodeaba a sus discípulos de hermosas estatuas, de pinturas de dioses y de héroes, de objetos de artesanía seleccionados, de prendas de alto valor estético.

No sólo contribuían a ello las bellezas plásticas que campeaban en el hogar comunal de los pitagóricos. En medio de los bosques y los jardines, realzando la hermosura y frondosidad de los árboles y la prodigalidad de las flores, el encanto de las fuentes y de los surtidores, la contemplación del mar y de los fenómenos naturales se sumaban a ese estado de beatitud propicio al moldeamiento, desde el gozo interior de las formas sensibles, a la belleza de la tierra. El átomo arquetípico o eterno afloraba al elemento corpóreo a través de esas renovadas dádivas, e imprimía en el pitagórico, la excelencia de lo admirado, querido y adorado.

Había aprendido Pitágoras en Persia y en Babilonia a templar como liras los chorros del agua. Sabía armonizar las fuentes, graduar la voz delicada de la brisa en los jardines, cultivar el canto de los pájaros amaestrados, y tañer una serie de instrumentos de Asia, de África y de Europa, propicios a la armonización de los gestos a través de la danza. La danza era, en el instituto Pitagórico, como una suma del don de las artes todas que confluían en el instrumento perfecto del cuerpo humano, rendido a la melodía plural que lo requería, como una magia sutil, en torno.

El pitagórico y en especial las pitagóricas, eran excepcionalmente sensibles a ese requerimiento, y danzaban a los ritmos del mar Egeo, al rumor del viento que pulsaba con sus dedos invisibles, las arpas eólicas diseminadas en los bosques; a los cantos, a los tañidos esporádicos de los instrumentos de todas las bellezas atesoradas. Era un espectáculo inefable ver aquellos o aquellas danzantes, revestidos de ligeras y aladas túnicas, de noche, a la luz de la luna o ante los más bellos escenarios que ofrecía la belleza del día.

En el renacer actual de la Nueva Era, este aspecto de la danza espontánea y de la danza canónica, o sea, a base de canon medido de las leyes de proporción matemática enseñados por Pitágoras en su sistema integral de pedagogía estética, comienza a retoñar. Es una confirmación, una esperanza y un ejemplo, que en todo el mundo renazca

actualmente el pitagorismo en sus formas más óptimas y no sólo en lo filosófico, en lo artístico y en lo metafísico, no sólo en lo moral y en lo pedagógico, sino en lo astrológico que formaba parte, como hemos explicado, del básico plan de la escuela pitagórica.

Cita en su obra *Le Nombre d'Or* Matila Ghika —documentado y entusiasta pitagórico de nuestros días que tanto contribuye al desvelamiento de las primitivas enseñanzas del maestro de Samos—, que Rudolf von Laban, director de un famoso instituto de coreografía rítmica en Alemania, enseña la estética dinámica, el canon eurítmico tradicional y perdido, o sea, la ley que regula la perfecta armonía de los movimientos, a base del redescubrimiento del módulo pitagórico de la proporción llamado "sección dorada", "corte de oro", o simplemente, "la divina proporción".

Se fundamenta ese antiguo sistema en que los desplazamientos angulares extremos del cuerpo en tales danzas rítmicas, son de 72 grados y se basan en el ángulo que forma, inscrita en el círculo, la pentalfa o pentagrama estrellado, la prolongación de cuyos diez radios —la década pitagórica— señala el módulo de perfección de la danza, la estética y la gracia perfecta de los movimientos relacionándolos matemáticamente, con la suprema armonía de los cuerpos.

Esa forma canónica, rítmica de la danza, era practicada a conciencia en el instituto pitagórico, ajustada a los hexámetros órficos o himnos sagrados griegos. De su práctica se derivaban incalculables beneficios en lo pedagógico, en lo higiénico, en lo artístico, en lo moral en lo síquico y en lo espiritual.

En la dilatada proyección del pitagorismo en la vida de occidente, desde sus orígenes hasta nuestros días, superando los periodos de oscuridad y amortiguamiento, campea unánimemente, su contribución al armónico desenvolvimiento y a la perfección.

En esta hora de resurgimientos, bajo el influjo del espíritu de la Era Acuaria que comienza, vuelven los cánones de la sabiduría pitagórica a señalar, de acuerdo con los nuevos requerimientos, las formas inmortales de conducción del hombre a su propia divinidad y al cumplimiento de lo que de nosotros reclama la ley evolutiva.

ESTA EDICIÓN DE 3 000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 15 DE JUNIO DE 1979
EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL D I A N A, S. A. ROBERTO GAYOL 1219, ESQUINA
TLACOQUEMÉCATL; MÉXICO 12, D. F.